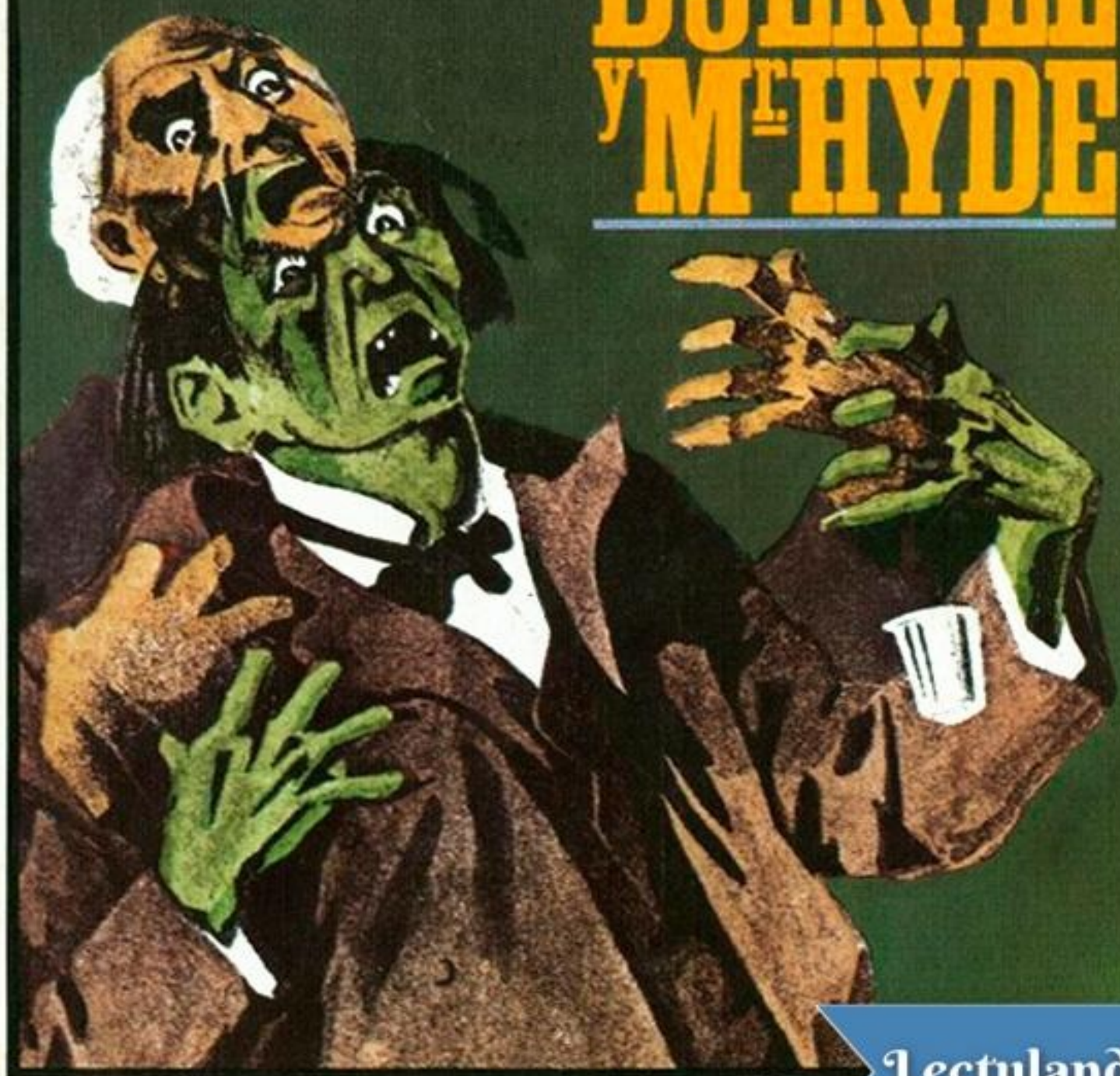


TUS
LIBROS



ROBERT L. STEVENSON
EL EXTRAÑO CASO DEL
**DR. JEKYLL
Y MR. HYDE**



Lectulandia



Frente a los espacios abiertos del mar y la aventura, el caso del doctor Jekyll transcurre de noche, en las calles frías y desapacibles de Londres. El problema de la oposición o disociación del bien y el mal se plantea aquí en una novela donde el terror y la intriga fluyen en dosis paralelas.

Olalla es un relato de amor imposible, ambientado en un escenario de novela gótica, con toques de terror subrayados por una profecía de fuego y destrucción.

Markheim nos ofrecerá el mal ya personalizado: el demonio como forma depurada de su presencia en el mundo y censor escrupuloso de los actos realizados por el hombre.

Robert Louis Stevenson

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Tus libros - 4

ePub r1.0

Karras 16-11-2019

Título original: *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*

Robert Louis Stevenson, 1886

Traducción, Apéndice y Notas: Luis Sánchez Bardón

Ilustraciones: S. G. Hulme Beaman

Editor digital: Karras

ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

La historia de la puerta

En busca de Mr. Hyde

La tranquilidad del doctor Jekyll

El caso del asesinato de Carew

El incidente de la carta

La extraña aventura del doctor Lanyon

El episodio de la ventana

La última noche

El relato del doctor Lanyon

La confesión de Henry Jekyll

Olalla

Markheim

Apéndice

Bibliografía

Sobre el autor

Notas

A Katharine de Mattos

Está mal aflojar los lazos que Dios estableció para unir;
Seguiremos siendo los hijos del brezo y del viento;
Lejos de casa, ¡oh!, todavía sigue soplando para ti y para mí
la hiniesta en el país del norte.



ROBERT LOUIS STEVENSON (1850-1894)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición, The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde, publicada en Nueva York, Scribner, 1886.

Markheim y Olalla, aparecidos en The Merry Men and other Tales and Fables, publicada en Nueva York, Scribner, 1887.

Las ilustraciones, originales de S. G. Hulme Beaman, que aparecen en esta edición acompañaron el texto de la edición inglesa publicada por John Lane The Bodley Head LTD, Londres, 1930.

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde





La historia de la puerta

El abogado señor Utterson era hombre de semblante adusto al que nunca se le iluminaba la sonrisa; frío, parco y algo turbado en las conversaciones; retraído en sus sentimientos, enjuto, largo, flaco y melancólico, despertaba, con todo, simpatía. En las reuniones de amigos, y cuando el vino era de su gusto, sus ojos traslucían algo hondamente humano; algo que no hallaba cabida en sus palabras, pero que se expresaba no sólo en los significativos silencios de su rostro en la sobremesa, sino también, y con más frecuencia y claridad, en su conducta diaria. Era austero consigo mismo; bebía ginebra cuando estaba solo para atemperar su afición a los buenos vinos y, aunque le gustaba el teatro, no había puesto los pies en ninguno desde hacía veinte años.

Para con los demás usaba de gran tolerancia, no dejando, en ocasiones, de admirar, casi con envidia, la gran presencia de ánimo que se requiere en la ejecución de los actos delictivos y, en cualquier caso, tendiendo más a la ayuda que a la condena. «Respeto la herejía de Caín —solía decir con agudeza—, dejo que mi prójimo se vaya al diablo por su propio pie».

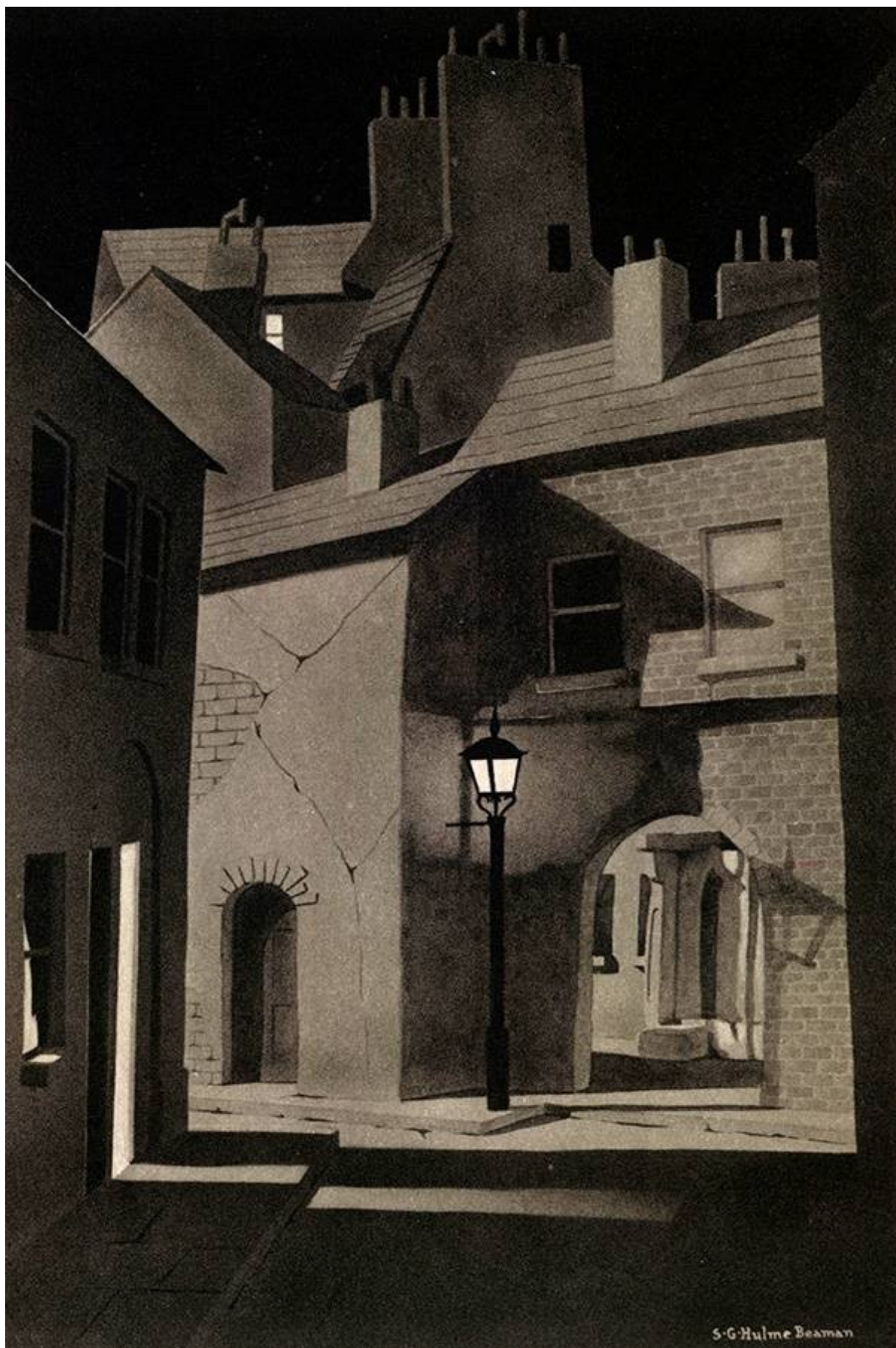
Este talante personal propiciaba que, frecuentemente, fuera él la última relación honorable y el último buen amigo en la vida de muchos descarriados, respecto a los que, mientras continuaran el trato, jamás cambiaba su proceder.

Sin duda, al señor Utterson le resultaba fácil comportarse así, siendo él la discreción personificada, que tenía por base de su amistad, también en grado sumo, una bondad natural que no hacía distinguos entre personas.

Es prueba de modestia en el hombre la aceptación del círculo de amistades que marcó y dejó señalada la fortuna; conforme a ello, se conducía el abogado. Sus amistades eran o gente de su parentela o personas conocidas desde antiguo. Su afecto, como la hiedra, crecía al compás del tiempo, y no

necesitaba de contrapartidas. Tales eran, sin duda, los lazos que le unían al señor Richard Enfield, un pariente lejano y persona muy conocida en la ciudad. Qué veían el uno en el otro y qué podrían tener en común, había llegado a ser un enigma para muchos; quienes se tropezaban con ellos en sus paseos dominicales contaban que uno y otro nada se decían y que daban la impresión de aburrirse y de que habrían recibido con los brazos abiertos la llegada de algún amigo. A pesar de esos rumores, ambos daban mucha importancia a estas salidas, las tenían como los momentos más preciosos de cada semana y no sólo daban de lado oportunidades de diversión, sino incluso imperativos de trabajo, por poderlas disfrutar regularmente.

Un día, en uno de estos paseos, sus pasos les llevaron hasta una callejuela de un barrio comercial de Londres. Era una calle secundaria, tranquila en aquel momento, pero animada por el ajetreo comercial en los días laborables. Parecía que los negocios del vecindario marchaban por buenos derroteros y que en un afán competitivo" esperaban aún ir a más, empleando una parte de sus beneficios en lujos ostentosos; así, se alineaban a lo largo de las aceras los escaparates de las tiendas como hileras de vendedoras solícitas y sonrientes. Incluso el domingo, cuando se velaban sus más frescos encantos y casi se vaciaba de transeúntes, la calle lucía en contraste con sus alrededores deslucidos como el fuego en la espesura de un bosque, y, en sus contraventanas recién pintadas, sus bronces relucientes, un todo limpio y alegre, conjuntado, prendía y regalaba los ojos del paseante. Pasadas dos puertas de una esquina, yendo por la acera de la izquierda en la dirección este, la línea de casas se quebraba en un callejón cerrado y allí mismo tendía su alero sobre la calle la mole de un edificio siniestro. De dos plantas, sin ventana alguna, con sólo la puerta de la planta baja, encima de la que aparecía un muro liso y de color gastado, semejava el caserón el rostro de un ciego, mostrando, además, en cada detalle, las marcas de un sórdido y antiguo abandono. Sin campanilla ni aldabón, picada y descolorida su pintura, servía de refugio a vagabundos que raspaban sobre las hojas los fósforos, a chiquillos que hacían trueque de sus chucherías en los escalones, o al colegial que comprobaba el filo de su navaja en las molduras; nadie, durante una generación por lo menos, se había presentado allí para ahuyentar a estos visitantes errabundos o para reparar sus estragos.



Caminaban el señor Enfield y el abogado por la acera opuesta cuando, al llegar frente al callejón, el primero alzó su bastón señalando:

—¿Te has fijado alguna vez en esa puerta? —preguntó. Y cuando su acompañante le contestó afirmativamente, añadió—: Esa puerta ha quedado asociada en mi mente a una historia muy extraña.

—¿De veras? —dijo Utterson con una leve alteración en la voz—. ¿De qué se trata?

—Bien —continuó Enfield—, fue lo siguiente. Volvía yo a casa de Dios sabe dónde hacia las tres de una noche cerrada de invierno, y debía pasar por una zona de la ciudad en la que no se veía literalmente nada, a no ser las farolas del alumbrado. Recorría una calle tras otra y todo el mundo dormía (calle tras calle, todas iluminadas como para una procesión, y todas vacías, como basílicas nocturnas) hasta que, finalmente, me vi poseído por ese estado de ánimo en que un hombre pone sus cinco sentidos en poder descubrir un policía en alguna parte. De pronto vi dos figuras: una, la de un hombre pequeño que marchaba renqueante en dirección este a buen paso; la otra era una niña de unos ocho o diez años que salía corriendo a más no poder de una bocacalle. Pues bien, señor, los dos fueron a darse de bruces al llegar a la esquina; sin inmutarse, aquí viene lo horrible del caso, el hombre pasó arrollando el cuerpo de la niña y la dejó gritando en el suelo. Contado no es nada, pero fue terrible verlo; un acto diabólico. Aquel hombre no parecía humano; semejaba un «juggernaut»^[1] infame. Yo le grité, corrí tras él, lo cogí por el cuello y le traje de vuelta al lugar donde se había formado ya un grupo rodeando a la niña. Él mostraba una total indiferencia y no ofreció resistencia, pero me dirigió una mirada de tan mal cariz, que sentí un sudor frío sobre el que me había provocado la carrera. La gente que había acudido eran familiares de la niña y no se hizo esperar la llegada del médico, en busca de quien ella había salido de su casa. Bien, nada le había ocurrido a la chiquilla salvo el susto, dictaminó aquel galeno. Y podrías pensar que ahí se acaba todo, pero se daba una coincidencia extraña. Yo había sentido una fuerte repugnancia por nuestro hombre con sólo verlo. Otro tanto habían sentido, cosa explicable, los familiares de la niña. Pero lo que me sorprendía era que el médico (un tipo de matasanos común, de edad y color de tez indefinidos, con un fuerte acento de Edimburgo y tan emotivo como pueda ser la tripa de una gaita), pues bien, el médico se sentía como nosotros; cada vez que miraba a mi prisionero, veía yo que el matasanos palidecía y se revolvía interiormente con el deseo de matarlo. Yo leía sus pensamientos tanto como él los míos, pero, como no podíamos llevar a cabo un asesinato, hicimos lo mejor que

restaba hacer. Dijimos a aquel hombre que podíamos y estábamos dispuestos a hacer de este suceso tal escándalo, que su nombre correría como la peste por todo Londres de una punta a la otra, y que, si tenía amigos de algún crédito, los perdería. Durante todo este tiempo, mientras hostigábamos, rojos de ira, debíamos protegerle como mejor podíamos de las mujeres enfurecidas como arpías en derredor. Nunca vi un círculo semejante de rostros tan encendidos por el odio, y aquel hombre allí, en el centro, con una expresión de desprecio sombrío y distante (también asustado, lo pude ver), pero aguantando la marea como un auténtico Satanás.

»—Si habéis decidido hacer rentable este accidente —dijo—, naturalmente estoy indefenso. Un caballero hace cuanto puede por evitar un escándalo. ¿Cuánto es?

»Y, ¡vaya!, le forzamos hasta las 100 libras para la familia de la criatura. Está claro que él hubiera querido escapar, pero había en la mayoría de nosotros cierta actitud amenazante y, finalmente, cedió.

»El paso siguiente fue conseguir el dinero, y ¿a dónde crees que nos condujo sino a esa misma puerta? De pronto sacó una llave, entró, y, al momento, volvía con diez libras en oro y un cheque al portador por el resto de la suma del banco de Coutts con la firma de un nombre que no puedo decir, aunque sea este punto uno de los más sorprendentes de esta historia; un nombre, sin duda, muy conocido y que, a menudo, aparece en los periódicos. La suma era alta, pero la firma, caso de ser auténtica, era de sobrada garantía. Me tomé la libertad de advertir a nuestro hombre mis sospechas por el desarrollo de toda la operación y que no es corriente meterse por la puerta de un caserón a las cuatro de la madrugada y salir con un cheque de casi cien libras firmado por otra persona. Continuaba frío y despectivo. “No se inquiete. Permaneceré con ustedes hasta que los bancos abran y yo mismo haré efectivo el cheque”. Así, pues, nos pusimos todos en marcha, el médico, el padre de la niña, nuestro hombre y yo a esperar por el resto de la noche en mi casa; y al día siguiente, tras desayunar, como un solo hombre, fuimos al banco.

»Yo mismo entregué el cheque y advertí que tenía sobradas razones para pensar que se trataba de una falsificación. Nada de eso. El cheque era válido.

—Vaya, vaya... —murmuró Utterson.

—Veo que opinas como yo. Sí, un caso sucio. ¿Quién puede tener algo en común con un individuo así? Un hombre verdaderamente detestable. Mientras quien firmaba el cheque es el puro ejemplo de la honorabilidad, una persona de renombre y (lo que aún pone más feo el asunto) alguien con fama de

benefactor. Un chantaje, supongo: el hombre honrado a quien le cuesta un ojo de la cara un desliz de juventud. Por eso llamo a ese caserón de la puerta la casa del chantaje. Aunque con eso, ya sé, estamos muy lejos de dar una explicación al caso —añadió Enfield.

Dicho esto, se sumió en sus cavilaciones.

Utterson le sacó de ellas con una pregunta un tanto brusca:

—¿Y no sabes si el que firmó el cheque vive ahí?

—Bonito lugar, ¿no? Pero, precisamente, me enteré de su dirección y vive en no sé qué plaza.

—¿Nunca preguntaste por... el caserón de la puerta? —dijo Utterson.

—Pues no. Tuve mis miramientos —fue la contestación—. Me resulta muy violento hacer preguntas; son parte de una escena que pertenece al Día del Juicio. Se comienza con una pregunta y es como echar a rodar una piedra. Uno está sentado tranquilamente en lo alto de la colina y la piedra rueda hacia abajo y empuja a otras. Y en un momento le da en la cabeza a un pobre diablo (el que menos podía haber uno imaginado) que estaba en su propio jardín, y la familia se tiene que buscar otro padre. No, señor, lo tengo por norma: cuanto más sospechoso sea el asunto, menos preguntas.

—Una buena norma —dijo el abogado.

—Pero he estudiado el lugar por mi cuenta —continuó Enfield— y apenas parece una casa. No existe otra puerta y nadie entra o sale por la que hay. Sólo el hombre de mi historia. En el primer piso hay tres ventanas que dan al patio; la planta baja no tiene ninguna; esas ventanas siempre están cerradas pero limpias. Hay, además, una chimenea casi siempre humeando, así que alguien debe vivir dentro. Pero ni eso es seguro, pues los edificios están tan apiñados por la puerta del patio que resulta difícil decir dónde acaba uno y empieza otro.

Los dos hombres siguieron caminando durante un tiempo en silencio hasta que Utterson dijo:

—Enfield, es buena norma la tuya.

—Sí, creo que sí —contestó Enfield.

—Y a pesar de ello —siguió el abogado— hay un punto que quería preguntar. Me gustaría saber cómo se llama el hombre que atropelló a la niña.

—Bien —dijo Enfield—, no creo que eso vaya a hacer mal a nadie. Su nombre era Hyde.

—Y —dijo Utterson— ¿qué aspecto tiene?

—No es fácil hacer su descripción. Hay algo anormal en su aspecto, algo desagradable, sinceramente detestable. Nunca vi un hombre que me provocara

tal aversión, y no logro saber por qué. Debe tener algo defectuoso; provoca una fuerte sensación de deformidad, pero no sabría determinar exactamente qué. Es de un aspecto singular y, con todo, creo que el lenguaje no tiene una palabra que apunte directamente a ese algo que escapa de lo común. No, no sé decirlo; no lo puedo describir y no es porque no lo recuerde, pues me parece estar viéndolo ahora mismo.

De nuevo, Utterson dio unos pasos en silencio y, obviamente preocupado, dijo al fin.

—¿Estás seguro de que utilizó una llave?

—Mi querido Utterson... —comenzó Enfield, sorprendido.

—Sí, ya sé —dijo Utterson—, te sorprende mi pregunta. Pero si no te he preguntado el nombre de la persona que firmó el cheque es porque ya lo conozco. Como ves, Richard, tu historia llovió sobre mojado. Si no has sido exacto en algún punto debieras rectificar.

—Creo que podías haberme advertido —contestó el otro con cierto tono molesto—. Pero, como tú mismo dices, mi exactitud fue casi pedante. El individuo tenía una llave; es más, la tiene aún. Le vi usarla no hace una semana.

Suspiró profundamente Utterson, pero no pronunció palabra, y el joven continuó sentenciosamente.

—Debería haber aprendido, ya que por la boca muere el pez. Siento haber sido tan locuaz. Hagamos un trato y no toquemos más este asunto.

—Con muchísimo gusto —dijo el abogado—. Trato hecho, Richard.



En busca de Mr. Hyde

Aquella noche Utterson llegó a su casa, hogar de hombre soltero, con ánimo preocupado y se sentó a cenar sin apetito. Los domingos, tras la cena, tenía el hábito de arrellanarse junto al fuego con algún mamotreto de seca escolástica en el atril, hasta que el reloj de una iglesia vecina daba en la noche sus doce campanadas y él subía a acostarse satisfecho y edificado. Esta noche, sin embargo, después de cambiarse de ropa, tomó una vela y se dirigió a su despacho. Abrió su caja fuerte, extrajo de un rincón del fondo unos documentos con un sobre donde se leía «Testamento del doctor Jekyll» y se sentó con el ceño fruncido a estudiar aquellos papeles. Era un testamento ológrafo, pues, aunque Utterson se hizo cargo de él una vez terminado, había rehusado absolutamente participar en su redacción; el testamento disponía no sólo que en caso de muerte de Henry Jekyll, M. D., D. C. L., Ll. D., F. R. S., etc.^[2], todas sus posesiones pasaran a manos de su «amigo y benefactor Edward Hyde», sino que, en el caso de «desaparición o ausencia inexplicada» del doctor Jekyll «por período mayor de tres meses», el ya citado Edward Hyde pasaría a disfrutar con carácter inmediato de todos los bienes del ya citado Henry Jekyll, libre de cargas u obligaciones, a excepción del pago de ciertas pequeñas sumas que se legaba a la servidumbre. Este documento había sido durante mucho tiempo una pesadilla para el abogado. Le parecía una ofensa en su doble condición de abogado y de hombre amante de los valores comunes y tradicionales de la vida; consideraba la extravagancia como

pretenciosa ostentación. Si hasta entonces había provocado su indignación la ignorancia de quién podía ser el señor Hyde, ahora, por un capricho del azar, lo que conocía de él era precisamente la causa de su indignación. Si mal estaban las cosas cuando no era más que un nombre en sus papeles, ahora estaban peor cuando ese nombre se revestía de atributos detestables. En la tenue bruma incorpórea que tanto tiempo había permanecido como un velo ante sus ojos se destacaba ahora, volcado de golpe a la escena, el perfil concreto de un malvado.

«Creí que era locura», se dijo mientras tornaba los odiosos papeles a la caja fuerte, «y empiezo a temer que sea infamia». Apagó de un soplo la vela, se echó encima un gabán y salió de la casa en dirección a Cavendish Square, reducto de la medicina, donde tenía su casa y despachaba una abultada clientela su amigo, el famoso doctor Lanyon. «Si alguien sabe algo, ése es Lanyon», pensaba.

El solemne mayordomo, que le conocía, le saludó y le condujo directamente desde la puerta al comedor, donde estaba Lanyon solo, sentado aún a la mesa y tomando una copa de vino. Era un hombre cordial, sano y enérgico, de rostro encendido, con un mechón de pelo prematuramente blanco y, además, exuberante y resuelto. Al ver a Utterson se levantó bruscamente y se adelantó a recibirle tendiéndole las manos. Su cordialidad resultaba un poco teatral a primera vista, pero nacía de un afecto sincero. Eran viejos amigos, antiguos compañeros de colegio y de universidad; eran hombres que se respetaban a sí mismos y mutuamente. Además, y lo uno no se deriva necesariamente de lo otro, ambos disfrutaban estando juntos.

Tras unas frases de encuentro, el abogado fue directamente al ingrato asunto que tan desagradablemente le preocupaba.

—Supongo, Lanyon —dijo—, que somos los amigos más antiguos que tiene Henry Jekyll.

—Ojalá fuéramos amigos menos viejos —dijo Lanyon riendo—, pero creo que sí. Y ¿qué es de él? No lo veo últimamente.

—¿De veras? Pensé que teníais intereses comunes.

—Teníamos, pero hace ya más de diez años que Henry Jekyll se volvió un hombre demasiado complicado para mí. Comenzó a desvariar con ideas descabelladas y, aunque naturalmente sigo interesado por él en consideración a los viejos tiempos, como suele decirse, no lo veo mucho; lo veía muy poco últimamente. Esos galimatías cientifistas —continuó el doctor enrojando de pronto— habrían puesto de uñas a los mismos Daimon y Pitias^[3].

Este arranque de cólera vino a tranquilizar a Utterson. «Sus enfrentamientos se reducen a algún aspecto de carácter científico», pensaba, y como no era hombre que se apasionase por temas de la ciencia (con excepción de lo que se relacionaba con las escrituras de traspaso) siguió pensando: «Si eso es todo, nada grave». Dio a su amigo algún tiempo para recuperar su humor tras el enfado y luego tocó el punto que había venido a tratar.

—¿Te encontraste en alguna ocasión con un protegido suyo, un tal Hyde?

—¿Hyde? —repitió Lanyon—. No, no he oído hablar nunca de él. No debía conocerle mientras nos frecuentábamos.

Esta fue toda la información que el abogado se pudo traer a la cama, grande y oscura, en que se revolvió de un lado a otro la noche entera hasta quedar sumido en un profundo amodorramiento, cuando ya apuntaba el día. No sirvió la noche de alivio a su mente ajetreada, afanándose en la oscuridad vacía, asediado por las dudas.

Dieron las seis en el campanario de la iglesia cercana y seguía dándole vueltas al asunto. Si hasta entonces le había afectado en el puro aspecto intelectual, ahora su fantasía animaba con imágenes el curso de sus pensamientos y era arrastrada por ellos, y mientras yacía agitado en la oscuridad de la noche velada por las cortinas del dormitorio, el relato de Enfield se le venía a la mente en una sucesión de vívidas escenas. Podía ver la sucesión de las farolas en la ciudad por la noche; después, el contorno de un hombre caminando a prisa; una niña que vuelve a la carrera de avisar a un médico; cómo se tropezaban ambos y aquel «juggernaut» humano arrollaba a la niña y pasaba sobre ella sin hacer caso de los gritos. Otras veces veía el dormitorio de una rica mansión donde su amigo dormía, confiado, un sueño placentero, y, de pronto, se abría la puerta, se descorrían las cortinas de la cama, se despertaba al hombre dormido, y ¡ahí!, a su lado, aparecía la figura a quien Jekyll vendió la voluntad y por quien, incluso a estas horas de la noche, debía levantarse a servir. La figura aparecida en estas dos secuencias obsesionó al abogado toda la noche, y, si alguna vez se adormecía, volvía a verla deslizándose furtiva entre hogares dormidos o moviéndose cada vez con más rapidez, hasta el vértigo, por vastos laberintos de una ciudad alumbrada por las farolas, atropellando a una niña en todos los cruces y abandonándola a su llanto. Además, la figura no tenía rostro para reconocerla; en sus sueños tampoco tenía rostro, y, si lo tenía, era una mueca que se burlaba y se disolvía ante sus ojos. Así nació de golpe y se hizo desmesurada en la mente del abogado una intensa curiosidad, casi delirante, por ver el rostro del verdadero Hyde. Si pudiera verlo sólo una vez, pensaba, el misterio se aclararía, o hasta

podía dejar de serlo, como les suele ocurrir a las cuestiones misteriosas cuando se las examina concienzudamente. Podría arrojar alguna luz sobre la extraña predilección o servidumbre (llámesele como se quiera) de su amigo e incluso sobre las sorprendentes cláusulas del testamento. O, al menos, sería un rostro digno de verse: el rostro humano de unas entrañas sin piedad, un rostro a quien bastó mostrarse para provocar en el estoicismo de Enfield un odio tan vivo.



Desde aquella noche Utterson comenzó a rondar la puerta de la calle de los escaparates. Por la mañana, antes de acudir a la oficina; a mediodía, cuando el trabajo era mucho y el tiempo escaso; de noche, bajo la luz de una luna velada en la ciudad brumosa; a todas las horas, de sol o luna, solitarias o ajetreadas, se podía hallar al abogado apostado en su observatorio.

—Si él es señor Hyde —se había dicho—; yo seré señor Seek^[4].

Y, por fin, fue recompensada su paciencia. Era una hermosa noche serena y fría. Las calles brillaban como el suelo de una sala de baile. Las farolas inmóviles, sin viento, proyectaban haces parejos de claridad y de sombra. A las diez, cuando las tiendas habían cerrado, la calleja quedaba desierta y silenciosa, aunque permanecía el sordo rumor de Londres a lo lejos. Se percibía, aún lejano, cualquier sonido. Los ruidos familiares del interior de las casas eran claramente audibles desde cualquier acera de la calle, y el rumor de alguien que se acercaba se oía antes de que apareciera. Utterson llevaba pocos minutos en su puesto, cuando prestó atención a unas pisadas peculiares que se acercaban con paso corto y ligero. A lo largo de sus guardias nocturnas se había acostumbrado a ese curioso efecto de los pasos de una sola persona que, aún distante, se desprenden de pronto con nitidez del vasto zumbido rumoroso de la ciudad. Pero nunca antes su atención se había detenido con tanta precisión y seguridad, y, así, con un irracional pero firme presentimiento de triunfo, fue a ocultarse a la entrada del callejón. Los pasos se acercaban rápidamente, y su sonido creció de pronto al doblar la esquina al final de la calle. El abogado, asomándose desde su escondite, pudo enseguida ver la clase de hombre con quien tendría que habérselas. Era pequeño y vestía con sencillez; su aspecto, aun desde allí, provocó un rechazo fuerte e informe en el ánimo del que le observaba. Se encaminó derecho a la puerta cruzando la calle para ganar tiempo y, mientras se marchaba, sacó una llave del bolsillo como quien se aproxima a su casa.

Utterson se adelantó entonces y le tocó en el hombro.

—El señor Hyde, supongo.

Hyde se echó hacia atrás con una brusca inspiración siseante. Pero su temor fue momentáneo y, aunque no miraba directamente al rostro del abogado, respondió con frialdad:

—Ese es mi nombre. ¿Qué desea?

—Veo que va a entrar. Soy un viejo amigo del doctor Jekyll: Utterson, de la calle Gaunt; quizás le suene mi nombre. He pensado que ya que nos encontramos tan oportunamente, podría permitirme entrar.

—No podrá ver al doctor Jekyll; ha salido —contestó Hyde dando un soplo a la llave. Luego preguntó bruscamente sin levantar la cabeza—: ¿Cómo me ha reconocido?

—A cambio me hará un favor —dijo Utterson.

—Naturalmente —replicó el otro—. ¿De qué se trata?

—¿Me permite que le vea el rostro?

Hyde pareció dudar, y, a continuación, como si hubiera concluido una reflexión precipitada, le miró de frente con gesto de desafío. Durante unos segundos los dos se miraron fijamente.

—Ahora ya podré reconocerle —dijo Utterson—. Puede resultar útil.

—Sí —replicó Hyde—. Es mejor que nos hayamos conocido. Y, a propósito, quiero dejarle mi dirección. Y le dio el número de una calle de Soho.

«¡Demonios! —pensaba Utterson—. ¿Habrá estado también pensando él en el testamento?».

Pero guardó este pensamiento para sí, y le dio las gracias por la dirección.

—Y ahora —dijo el otro—, ¿cómo me ha reconocido?

—Por una descripción.

—¿Quién se la hizo?

—Tenemos amigos comunes —replicó Utterson.

—¡Amigos comunes...! —repitió Hyde con voz ronca—. ¿Quiénes?

—Jekyll, por ejemplo —dijo el abogado.

—Él nunca le ha dicho nada —saltó Hyde en un acceso de ira—. Creí que no tendría la desfachatez de mentirme.

—Vamos —dijo Utterson—, esas no son formas de hablar.

El otro soltó una bronca risotada salvaje y un momento después había desaparecido tras abrir la puerta, en el interior de la casa.

El abogado permaneció allí de pie durante unos instantes después que Hyde se marchara, convertido en la imagen viva del desconcierto. Luego echó pesadamente a andar calle arriba, parándose cada dos pasos y llevándose la mano a la frente, como un hombre sumido en la perplejidad. La clase de problema en que se debatía mientras caminaba era de aquellos que no suelen tener solución.

El señor Hyde era pálido y diminuto; daba la impresión de una deformidad que no residía en nada concreto, desagradaba su sonrisa; se había conducido con el abogado con el talante del rufián, que alterna timidez y osadía; hablaba bajo, con voz gutural y algo quebrada, y ni todo ello junto bastaba para explicar aquella aversión, repugnancia y miedo singulares que

permanecían impresos en la mente de Utterson. «Debe haber algo más —se decía el perplejo caballero—. No sé qué, pero hay algo más. ¡Dios me valga! Ese hombre apenas parecía humano. Casi estoy por decir que es un hombre de las cavernas; acaso la historia rediviva del doctor Fell^[5], o es la simple irradiación de un alma caída que transpira su aliento y transfigura su envoltura de barro. Y si es esto último, ¡por qué mi pobre amigo Henry Jekyll! Si alguna vez he podido leer la firma de Satanás en un rostro, ha sido en el de su nuevo amigo».

Doblando la esquina al salir de la calle formaban una hermosa plaza unos antiguos edificios, la mayoría de los cuales no abrigaban ya sino los recuerdos de su vieja alcurnia y se alquilaban ahora, por pisos o cuartos, a gente de toda clase y condición: grabadores de mapas, arquitectos, abogados de causas dudosas y agentes de oscuros negocios. Un edificio, el segundo a partir de la esquina, seguía ocupado íntegramente por su dueño, y fue ante esta puerta, que se veía de casa rica y lujosa, donde Utterson se detuvo y llamó en una oscuridad casi total, si no fuese por la luz del montante.

Un sirviente ya mayor y bien vestido abrió la puerta.

—¿Está en casa el doctor Jekyll, Poole?

—Voy a ver, señor Utterson —dijo Poole, mientras hacía pasar al visitante a un amplio y confortable salón de techo bajo, pavimentado de baldosas y caldeado (como era costumbre en las casas de campo) por un alegre fuego de chimenea y amueblado con lujosos armarios de roble.

—¿Quiere esperar aquí, junto al fuego, señor? ¿O le enciendo una lámpara en el comedor?

—Esperaré aquí, gracias —dijo el abogado. Y acercándose al fuego, se apoyó en la alta rejilla de la chimenea. Este salón, en donde ahora se encontraba solo, era el orgullo de su amigo, el doctor, y el mismo Utterson solía calificarlo como el más acogedor de todo Londres. Pero esta noche sentía un escalofrío en su cuerpo; el rostro de Hyde obsesionaba su memoria; experimentaba (extraño en él) una náusea y un tedio mortal y, en su profundo abatimiento, le parecía leer una amenaza en el aleteo de las luces del fuego sobre los armarios pulidos y la inquietante danza de la sombra en el techo. Se avergonzó de su alivio cuando Poole volvió tras unos instantes para anunciarle que el doctor Jekyll había salido.

—He visto entrar a Hyde por la puerta de la vieja sala de disección, Poole —dijo—. ¿Es normal cuando el doctor Jekyll está fuera de casa?

—Perfectamente normal, señor —contestó el sirviente—. El señor Hyde tiene una llave.

—Tu amo parece que deposita un alto grado de confianza en ese joven, Poole —dijo Utterson pensativo.

—Sí, señor; así es. A todos nosotros se nos ha mandado obedecerle.

—No creo haber encontrado nunca al señor Hyde en la casa.

—Oh, claro que no, señor. Nunca *cena* aquí. En realidad, le vemos muy poco en esta parte de la casa. La mayor parte de las veces viene y sale por el laboratorio.

—Bien, buenas noches, Poole.

—Buenas noches, señor Utterson.

El abogado se echó a la calle con el corazón en un puño. «¡Pobre Jekyll! —pensaba—. Tengo la corazonada de que anda por malos caminos. Era turbulento en su juventud; ciertamente hace ya mucho tiempo, pero en la ley de Dios no cabe saldar a cero cada etapa de la vida. Sí, eso debe ser el fantasma de algún viejo pecado, el cáncer de alguna vergüenza oculta; el castigo que llega renqueante, años después que la memoria y la propia indulgencia hubieran olvidado y remitido su falta». Y el abogado, alterado por este pensamiento, caviló durante unos instantes en su propio pasado, buscando a tientas todos los rincones de la memoria, por si algún viejo pecado oculto, como una caja de sorpresas, saltaba a la luz.

Su pasado era, a todas luces, intachable. Pocos hombres podían leer en el libro de su vida con menos reparo, y aun así, se anonadaba por sus muchas maldades, confortándose de nuevo en una temerosa gratitud por tantas otras que tan a punto estuvo de cometer y fueron evitadas. Y volviendo a sus pensamientos anteriores, concibió un destello de esperanza.

«Este señor Hyde, si se indagara en su vida —pensó—, debe tener sus propios secretos: unos secretos negros, según su aspecto; secretos, al lado de los cuales los peores del pobre Jekyll brillarían como la luz del sol. Las cosas no pueden seguir como están. Me da escalofríos imaginar a esa figura semihumana que se desliza hasta el lecho de Henry como un ladrón; pobre Henry, ¡qué despertar! Pues si ese Hyde sospecha la existencia del testamento puede impacientarse por heredar. Se impone que actúe; si Jekyll me deja —añadió—, si, por lo menos, no me lo impide...». Porque, una vez más, aparecían en su mente, claras hasta la transparencia, las desconcertantes cláusulas del testamento.





La tranquilidad del doctor Jekyll

Un par de semanas después, en una feliz jugada de la suerte, ofrecía el doctor una de sus agradables veladas a cinco o seis de sus mejores amigos, todos ellos de alta reputación, cultos y magistrales catadores de buen vino, y Utterson halló la forma de demorarse en la casa tras la salida del resto de los invitados. Lo que no resultaba extraño, pues lo solía hacer en otras ocasiones. Donde apreciaban a Utterson, el aprecio era auténtico. Los anfitriones procuraban retener al adusto abogado cuando los efusivos y los habladores iban traspasando el umbral; les agradaba permanecer en su discreta compañía, saborear el sosiego y relajarse en el rico silencio de aquel hombre, después del agotador ejercicio de una cortesía profusa y tensa. El doctor Jekyll no era una excepción a esa regla; y ahora, sentado frente a Utterson junto al fuego —cincuentón, alto, apuesto, de rostro proporcionado, con cierto aire de reserva, pero con todos los signos de la inteligencia y la bondad—, podía adivinarse en su mirada que sentía por su amigo un afecto sincero y cálido.

—Deseaba hablar contigo, Jekyll —empezó diciendo el abogado—. ¿Recuerdas tu testamento?

Un observador atento habría notado que el asunto resultaba fastidioso; pero el doctor lo trató con humor.

—Mi pobre Utterson, tienes mala suerte con un cliente así. Nunca vi a un hombre que se preocupase tanto como tú a raíz de mi testamento, como no sea ese pedante timorato, Lanyon, cuando se preocupa por lo que él llama mis herejías científicas. Vaya, no pongas esa cara; ya sé que es un buen tipo, una gran persona, y me gustaría verle más, pero, con todo, un pedante corto de miras, un pedante necio y aparatoso. Nunca me decepcionó tanto un hombre como me decepcionó Lanyon.

—Sabes que nunca lo aprobé —insistió Utterson, encaminando la conversación de nuevo a su tema.

—¿Mi testamento? Sí, realmente ya lo sé —dijo el doctor con cierta sequedad—. Ya me lo has dicho.

—Bien, y te lo digo de nuevo —continuó el abogado—. He sabido algo del joven Hyde.

La palidez fue alterando el rostro del doctor Jekyll hasta concentrarse en sus labios, y sus ojos se ensombrecieron.

—No necesito escuchar más —dijo—. Creo que habíamos quedado en no tocar más este asunto.

—Lo que oí fue bastante abominable —respondió Utterson.

—Eso no va a cambiar nada. Tú no puedes comprender mi situación —repuso Jekyll perdiendo parte de su control—. Me encuentro en una situación desagradable, Utterson. Mi situación no es..., no es nada común. Se trata de esa clase de problemas que no se solucionan con palabras.

—Jekyll, tú me conoces. Soy alguien en quien se puede confiar. Cuéntamelo todo confidencialmente. Y no dudes que te sacaré de esto.

—Mi querido Utterson, no dudo de tu afecto; me das pruebas de un corazón de oro y no puedo hallar palabras para agradecértelo. Te creo sinceramente y confiaría en ti antes que en ningún otro hombre; antes, ¡ay!, que en mí mismo, si eso fuera posible. Pero es que no se trata de lo que imaginas, no es una cosa tan mala, y, para que tu buen corazón descanse, te diré una cosa: puedo deshacerme de Hyde en el momento que quiera. Te lo prometo y te agradezco todo infinitamente. Y ahora, ya sólo decirte algo que no tomarás a mal: es un asunto personal y te ruego que lo dejemos así.

Utterson reflexionó unos instantes contemplando el fuego.

—Creo que tienes razón —dijo finalmente, poniéndose en pie.

—Bien, pero ya que hemos hablado de este asunto, y espero, por última vez —continuó el doctor—, hay un punto que me gustaría dejar claro. Realmente siento mucho interés por el pobre Hyde. Sé que lo has visto, me lo contó él y temo que se comportara groseramente. Pero, créeme, siento mucho, muchísimo interés por ese joven, y si yo desaparezo, Utterson, ojalá me prometieras ser indulgente con él y hacer valer sus derechos. Estoy seguro de que lo harías si lo supieras todo. Se me quitaría un peso de encima, si me lo prometieras.

—No voy a hacerte creer que vaya a ser de mi agrado alguna vez.

—No te pido eso —suplicó Jekyll, tomando el brazo de su amigo—. Pido sólo justicia. Sólo que le ayudes en mi nombre, cuando yo ya no esté.

Utterson dejó escapar un suspiro.
—Bien —dijo—. Te lo prometo.





El caso del asesinato de Carew

Casi un año después, en octubre de 18..., Londres fue conmovido por un crimen singularmente atroz y que tuvo aun más eco por el alto nivel social de la víctima. Sólo se dieron a la luz algunos detalles sorprendentes. Una sirvienta, que habitaba sola en una casa próxima al río, había subido a dormir a eso de las once. Aunque la niebla cubrió después la ciudad en la madrugada, a primeras horas de la noche había un cielo despejado y la luna llena iluminaba con nítida claridad la calleja a donde daba el balcón de la sirvienta. Parece que la muchacha era de naturaleza romántica, y así, sentada en un baúl que tenía al pie de la ventana, se entregó al devaneo de sus sueños fantásticos. Nunca (solía luego repetir cuando contaba lo sucedido entre abundantes lágrimas), nunca se había sentido más en paz con todo el mundo. Y estando así, vio llegar a un caballero ya maduro, apuesto, de pelo blanco, que se acercaba por la calleja, y, avanzando en sentido contrario a otro caballero muy pequeño, a quien en aquel momento apenas prestó atención. Cuando los dos hombres se cruzaron, cambiaron algunas palabras (esto ocurría precisamente bajo la ventana de la sirvienta), y el hombre más anciano había hecho una inclinación y se había dirigido al otro con gran cortesía. No parecía que trataran de algo importante, en realidad; según se desprendía de alguno de sus gestos, daba la impresión de que el caballero de más edad hacía preguntas sobre una dirección; pero la luna iluminaba su rostro mientras hablaba y la muchacha no quitaba ojo debido a la sencillez y a aquella afable caballerosidad de viejo estilo que no desdecía de cierta distinción, esa distinción que nace de la justa valoración de sí mismo. De pronto se le ocurrió mirar al otro caballero y sintió sorpresa al reconocer en él a un tal Hyde, que había visitado una vez a su amo y por quien sintió entonces una profunda antipatía. Tenía en su mano un pesado bastón con el que jugueteaba; no había

dicho una sola palabra y parecía escuchar con malcontenta impaciencia. Y luego, repentinamente, estalló en un acceso de cólera, dando patadas al suelo, blandiendo el bastón y comportándose (así lo describió la sirvienta) como un hombre enloquecido. El anciano caballero, con una expresión indignada y muy sorprendido, dio un paso atrás, lo que acabó de sacar al señor Hyde de sus casillas, dando bastonazos al anciano hasta tirarlo al suelo. Después, con la furia de un simio, estuvo pisoteando a su víctima en el suelo y se precipitó sobre él en una tormenta de golpes bajo los cuales se pudo oír el quebrar de los huesos y las sordas caídas del cuerpo hasta quedar en medio de la calle. A la vista de este horror y escuchando esos golpes, la muchacha se desvaneció. Eran las dos cuando recobró el sentido y fue a llamar a la policía. El asesino se había marchado hacía tiempo, pero allí estaba su víctima tendida en medio de la calle e increíblemente destrozada. El bastón con el que se había cometido el crimen, aun siendo de una rara madera muy sólida y pesado, se había roto por medio bajo la violencia de aquella insensata crueldad, y una de las mitades había rodado astillada hasta el bordillo de la acera de enfrente; la otra, sin duda, se la había llevado el asesino. Le encontraron a la víctima un monedero y un reloj de oro, pero ni tarjeta ni papeles, excepto un sobre franqueado y lacrado que seguramente llevaba la víctima al correo y en el que estaban escritos el nombre y la dirección de Utterson.

Este sobre se lo entregaron al abogado a la mañana siguiente, cuando aún no se había levantado; apenas escuchadas las circunstancias del caso, se dibujó un gesto de dureza en sus labios y dijo:

—No diré nada hasta haber visto el cuerpo; esto puede ser muy grave. Tengan la amabilidad de esperar mientras me visto.

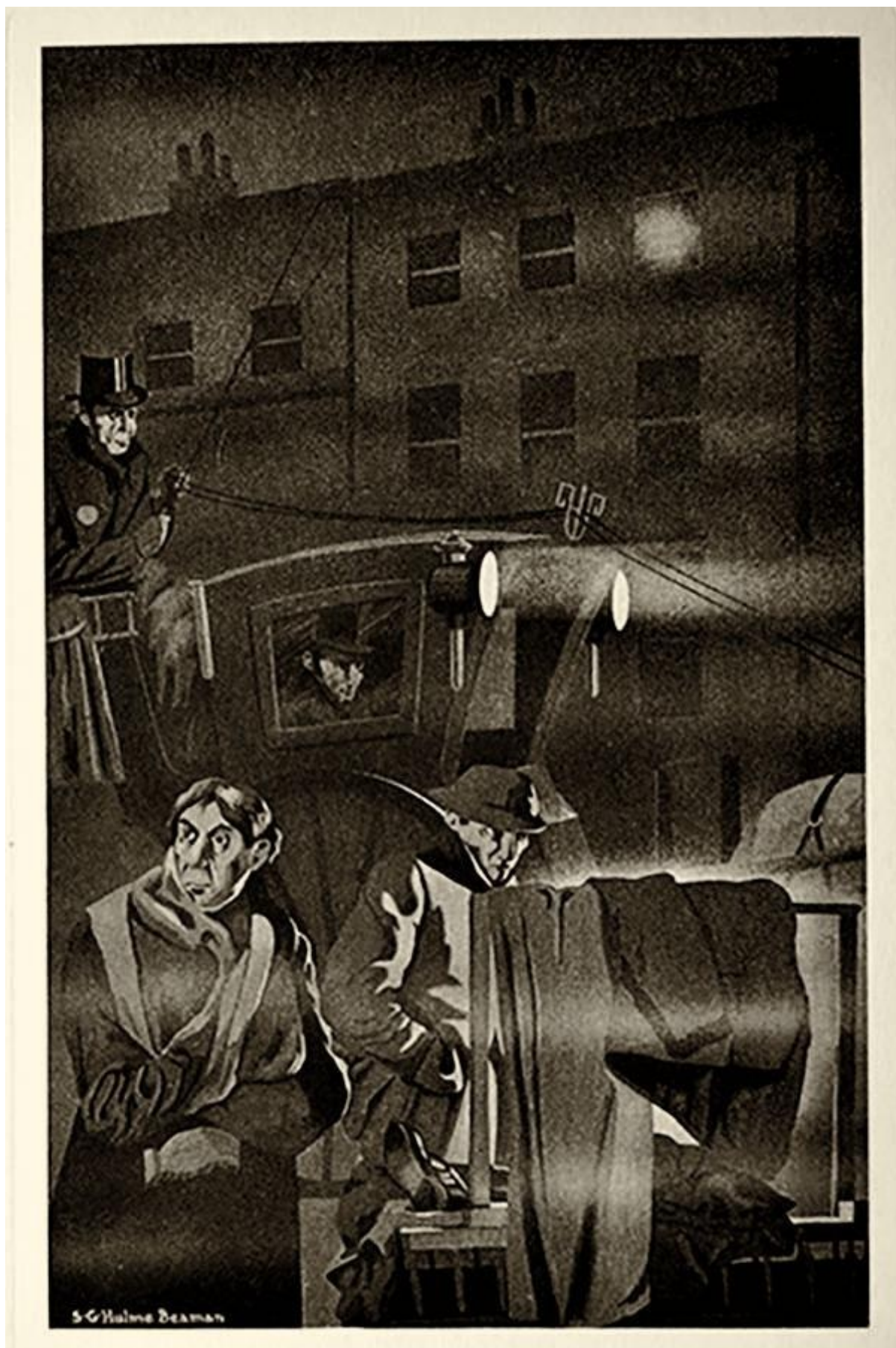
Y, sin cambiar la gravedad de su talante, hizo un rápido desayuno y se fue en coche a la comisaría donde había sido depositado el cadáver. Tan pronto como entró en el depósito afirmó con la cabeza:

—Sí, lo reconozco. Siento decir que es sir Danvers Carew.

—¡Santo Dios! —exclamó el oficial—. ¿Será posible? —Y a continuación su mirada se iluminó con la ambición del logro profesional—. Esto va a hacer mucho ruido —dijo— y quizás usted pueda ayudarnos a buscar a ese hombre.

Y en cuatro palabras le contó lo que había visto la sirvienta y le enseñó el bastón roto. Utterson se había estremecido ya antes al oír nombrar a Hyde, pero, cuando le pusieron el bastón delante, ya no dudó. Roto y cascado como estaba, lo reconoció como uno que él mismo había regalado a Henry Jekyll muchos años atrás.

—¿Ese señor Hyde es un hombre de baja estatura?
—Es pequeño y muy mal encarado —según dijo la muchacha.
Utterson pensó un momento, y luego, levantando la cabeza, dijo:
—Si quiere acompañarme en mi coche, creo que puedo llevarle a la casa
del hombre que busca.



Eran las nueve de la mañana y aparecían las nieblas propias de la estación. Un enorme manto de color chocolate descendía de un cielo bajo, en un frente de vapores que el viento continuamente batía y dispersaba en jirones, de modo que, mientras el coche rodaba por entre las calles, Utterson podía contemplar la infinita gradación de matices en el crepúsculo, hallando aquí y allá la cerrada oscuridad de la noche o el resplandor exuberante, como el de un repentino incendio, con luces cárdenas y teñidas de espesos humos; en otros lugares, la niebla parecía desgajarse en su interior y un esquivo rayo de luz desviaba su filo por entre los jirones de niebla agitados en remolino. El miserable barrio de Soho, visto bajo estas luces cambiantes, con sus calles fangosas y sus dispersos habitantes, y sus farolas que nadie había apagado o que habían sido encendidas nuevamente para combatir esta continua invasión lúgubre de oscuridad, se le aparecía al abogado como los arrabales de alguna ciudad de pesadilla. Sus pensamientos, en tanto, tenían los tintes más sombríos, y, cuando ponía los ojos en su compañero de viaje, notaba dentro de sí el contacto frío de ese miedo que la ley y sus representantes suelen provocar incluso en los más honrados. Cuando el coche se paró frente a la dirección que señalaba Utterson, la niebla se había levantado un poco y le permitía ver una calle negruzca, una taberna, una casa de comidas francesa, de baja estofa, una tienducha de míseras y variadas mercaderías, grupos de mozalbetes andrajosos arrimados a los portales y muchas mujeres de distintas nacionalidades que salían a la calle, llave en mano, a tomar su primer vaso. Pero poco después volvía la niebla a asentarse sobre esta parte de la ciudad ocre y parduzca, aislándola de aquellos alrededores de picaresca. Este era el hogar del favorito de Henry Jekyll, del presunto heredero de un cuarto de millón de libras esterlinas. Una vieja de tez marfileña y pelo canoso abrió la puerta. Tenía una torva expresión, suavizada por la hipocresía, pero con muy buenos modales. Sí, dijo, era la casa del señor Hyde, pero había salido. Él había estado allí a altas horas de la madrugada, pero había salido nuevamente una hora más tarde, en lo que no había nada de extraño; sus costumbres eran muy irregulares y estaba ausente muy a menudo; sin ir más lejos, la pasada noche lo había visto después de una ausencia de casi dos meses.

—Muy bien —dijo el abogado—, en ese caso desearíamos ver sus habitaciones.

Y, cuando la mujer iba a decir que no sería posible, añadió:

—Será mejor que le presente a este caballero. Es el inspector Newcomen, de Scotland Yard.

Un relámpago de rencorosa alegría cruzó por la cara de la mujer.

—¡Ah! —dijo—, se ha metido en un lío. ¿Qué hizo?

Utterson y el inspector intercambiaron una mirada.

—Parece que no goza de muchas simpatías —comentó el último.

—Y ahora, buena mujer, permítanos a este caballero y a mí echar un vistazo a todo esto.

De toda la casa, habitada solamente por la vieja, el señor Hyde había utilizado un par de habitaciones, las dos amuebladas con lujo y buen gusto. Había una despensa repleta de vinos, una cubertería de plata y un juego de ricos manteles; colgaba de una de las paredes una pintura de calidad, regalo —supuso Utterson— de Henry Jekyll, buen conocedor de la materia, y alfombras mullidas de colores agradables. En este momento, sin embargo, por todos los rincones aparecían señales de un registro reciente y precipitado; ropas por el suelo con los bolsillos hacia fuera, cajones de corredera abiertos y un montón de grises cenizas en la chimenea como si se hubieran quemado muchos papeles. El inspector desenterró de entre los rescoldos la matriz de una libreta verde de cheques que había soportado la acción del fuego; tras la puerta encontraron la otra mitad del bastón y, como esto confirmaba sus sospechas, el oficial se mostró muy satisfecho. Y completó su satisfacción una visita al banco donde se habían realizado imposiciones por valor de varios miles de libras en la cuenta del asesino.

—Puede estar tranquilo, señor —le dijo a Utterson—, le tengo cogido. Debe haber perdido la cabeza, nunca habría olvidado el bastón, ni, sobre todo, quemado el talonario de cheques. Sin dinero es hombre muerto. Ahora sólo nos queda esperar que venga al banco y publicar la orden de captura.

Pero esto último no eran tan fácil; muy pocas personas conocían al señor Hyde; el mismo amo de la sirvienta sólo le había visto dos veces; nadie pudo dar señales de su familia, nunca había sido fotografiado y los pocos que podían describirlo ofrecían versiones contradictorias, como es común en los testigos espontáneos. Concordaban todos sólo en un punto: la intensa, inexpresable sensación de deformidad que el fugitivo dejaba en todo el que lo veía.





El incidente de la carta

Ya anochecía cuando Utterson llegó a casa del doctor Jekyll, donde Poole le recibió de inmediato y le condujo a través de las dependencias de servicio y luego por el patio que en otro tiempo fue jardín, hasta el edificio que se conocía indistintamente como el laboratorio o como la sala de disección. El doctor había comprado esta casa a los herederos de un famoso cirujano y, apuntando sus inclinaciones más a la química que a la anatomía, había cambiado el destino de la construcción que se alzaba al fondo del jardín. Era la primera vez que el abogado entraba en aquella parte de la vivienda de su amigo, mirando con curiosidad los sobrios muros sin ventanas y paseando la vista en derredor con una desagradable sensación de desconcierto al atravesar aquella sala de disección un día alborotada con inquietos estudiantes y ahora silenciosa en su amplitud solitaria, las mesas cargadas de aparatos de química, el suelo cubierto de paja esparcida alrededor de los cestones de embalaje, y la luz que descendía débilmente a través de una cúpula nebulosa. Al fondo, una escalera en arco subía hasta una puerta tapizada en rojo, que, por fin, traspasó Utterson para entrar al gabinete del doctor. Era ésta una amplia habitación con armarios de puertas de cristal adosados en derredor, con un espejo de cuerpo entero y una mesa escritorio destacando entre los otros muebles, y que se abría al patio por tres polvorientas ventanas protegidas por barrotes de hierro. El fuego ardía en la chimenea, y sobre la repisa, pues la niebla comenzaba a espesarse en el interior de las casas, había encendida una lámpara. Allí,

arrimado al calor del fuego, estaba el doctor Jekyll con el aspecto de un enfermo cercado por la muerte. No se levantó a recibir a su visitante, pero alzó una mano fría y le dirigió unas palabras de saludo con voz alterada.

—Bien —comenzó Utterson en cuanto Poole los dejó a solas—, sabrás la noticia.

El doctor se estremeció.

—Lo gritaron por la calle y lo pude oír desde el comedor.

—Sólo quiero decirte una cosa —dijo el abogado—, Carew era cliente mío, pero también lo eres tú. Y necesito saber qué voy a hacer. ¿No habrás sido tan loco como para ocultar aquí a ese individuo?

—Utterson, te juro, por Dios —gritó el doctor—, te juro que nunca volveré a ponerle los ojos encima. Tienes mi palabra de honor de que para mí es como si hubiera muerto. Todo esto ha tocado a su fin. Te aseguro, además, que él no tiene necesidad de mi ayuda; no lo conoces como yo. Está a salvo, totalmente a salvo. Recuerda mis palabras; no se sabrá de él nunca más.

El abogado escuchaba afectado; le disgustaba el tono febril de su amigo.

—Pareces confiar mucho en él —dijo—, y, por tu bien, espero que no te equivoques. Si se inicia un proceso, tu nombre se vería mezclado en este asunto.

—Confío plenamente en él —replicó Jekyll—. Tengo sobradas razones para ello, aunque no puedo compartirlas con nadie. Pero hay algo en lo que necesito que me aconsejes. He..., he recibido una carta, y no sé si debo o no mostrársela a la policía. Me gustaría dejarla en tus manos, Utterson. Tú juzgarás con más prudencia, estoy seguro. Tengo plena confianza en ti.

—¿Temes quizá que esta carta pueda conducir a su detención?

—No —dijo Jekyll—, no puedo decir que me preocupe lo que sea de Hyde. He terminado con él. Más bien pensaba en mi propia reputación, que puede ser puesta en entredicho por todo este odioso asunto.

Utterson rumió un momento las palabras del doctor y se sorprendió ante el egoísmo de su amigo, aunque ello le aliviaba.

Por fin, dijo:

—Bien, déjame ver la carta.

La carta estaba escrita con una extraña caligrafía picuda y firmada por «Edward Hyde», y venía a decir, en resumen, que el benefactor del firmante, el doctor Jekyll, a quien tan ingratamente se habían pagado tantas muestras de generosidad, no tenía que preocuparse por si él se encontraba a salvo, pues disponía de medios para escapar en los que tenía plena confianza. Al abogado le gustó el contenido de esta carta, que dejaba ver con mejores ojos aquellas

relaciones sobre las que había abrigado tantas dudas, y se reprochó por algunas de sus anteriores sospechas.

—¿Tienes el sobre? —preguntó.

—Lo quemé —contestó Jekyll— sin darme cuenta. Pero no tenía matasellos. Fue entregada en mano.

—¿Puedo quedarme con ella y leerla más despacio? —preguntó Utterson.

—Quiero que decidas por mí —fue la respuesta—. He perdido la confianza en mí.

—Bien, lo tendré en cuenta —dijo el abogado—. Y sólo una pregunta más: ¿Fue Hyde quien dictó los términos del testamento que hacían referencia a tu desaparición?

El doctor pareció sacudido por un amago de desfallecimiento, apretó los labios e hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Lo sabía —dijo Utterson—. Tenía intención de asesinarte; has tenido suerte de escapar.

—He tenido algo mucho más que eso —contestó el doctor marcando las palabras—. He tenido una lección. ¡Dios mío, Utterson, qué lección he recibido! —y se cubrió unos momentos el rostro con las manos.

A la salida, el abogado se detuvo a cambiar con Poole unas palabras.

—Por cierto —le dijo—, ¿qué aspecto tema el que vino a entregar en mano esa carta que llegó hoy?

Pero Poole no tenía noticias de ninguna carta que no hubiera llegado por correo.

—Y sólo fueron circulares —añadió.

Tales nuevas volvieron al visitante a sus temores. Era evidente que la carta debía haber llegado por la puerta del laboratorio; hasta, posiblemente, fue escrita en el gabinete; y de ser así, aparecían sobre el tablero nuevos interrogantes y la jugada debía ser pensada dos veces. En la calle los vendedores de periódicos pregonaban a gritos por las aceras: «¡Edición especial! ¡El espantoso asesinato de un miembro del Parlamento!».

Aquella era la oración fúnebre por su amigo y cliente; Utterson no pudo desechar el temor de que la reputación del otro amigo se viera envuelta en el remolino del escándalo. Se encontraba ante una decisión muy delicada y, aunque era por temperamento un hombre seguro de sí, comenzó a entrever la oportunidad de oír el consejo de alguien de forma que pudiera, sin dejar ver el asunto, obtener una nueva perspectiva.

Poco después se encontraba en su casa junto al fuego en compañía de Guest, su pasante, sentados uno frente a otro a cada lado de la chimenea y una

selecta marca de vino añejo, cuidadosamente distanciada del calor, entre ambos, que había permanecido guardada en la oscuridad del sótano de la casa por largo tiempo. La ciudad, sumergida en la niebla, dormía un sueño suspendido, en el que las farolas brillaban como carbúnculos; y por entre las nubes densas, que parecían poder ensordecerla y ahogarla, la vida de la ciudad se vertía por las grandes arterias como una procesión que rodara con el rumor de un viento poderoso. Pero la luz del fuego alegraba la habitación, los ácidos de la fermentación se habían descompuesto durante años en la botella de vino; con el tiempo, el color dominante se había suavizado como se enriquece el color tamizado en las vidrieras; y pronto, el resplandor de las cálidas tardes sobre laderas de viñedos sería descorchado y dispersaría las nieblas de Londres. Insensiblemente, el abogado se fue ablandando. Para nadie tenía menos secretos que para Guest, y no estaba muy seguro de tener tantos como pretendía. Guest había ido a menudo a casa del doctor por razones de oficio; conocía a Poole; era muy poco probable que no estuviera enterado de las familiaridades de Hyde en la casa y podría haber sacado sus propias conclusiones. ¿No iba a ser, pues, correcto mostrarle una carta que podría encarrilar el misterio hacia su solución? Y, sobre todo, siendo Guest un notable aficionado y crítico de la grafología, ¿no se iba a considerar natural y obligado este paso? Además, el secretario, hombre propenso a las apostillas, no resistiría la lectura de tan extraño documento sin dejar caer alguna observación que Utterson podría aprovechar en sus futuras determinaciones.

—Es muy lamentable el caso de sir Danvers —dijo.

—Así es, señor. Ha provocado una consternación general —contestó Guest—. Desde luego, ese hombre debe estar loco.

—Me gustaría conocer sus puntos de vista precisamente sobre algo relacionado con eso. Tengo aquí un documento escrito de su puño y letra; es algo que debe quedar entre nosotros, pues no he tomado aún una determinación al respecto. En el mejor de los casos se trata de un feo asunto. Aquí tiene. Algo que le viene a usted como anillo al dedo: el autógrafo de un asesino.

Los ojos de Guest se iluminaron al tomar la carta, e inmediatamente volvió a sentarse y la estudió con pasión.

—No, señor —dijo tras un momento—, no es un loco. Aunque sí es una letra extraña.

—Se mire por donde se mire —observó el abogado— no es menos extraño quien la escribió.

En este momento entró un criado con una nota.

—¿Es del doctor Jekyll, señor? —preguntó interesado Guest—. Me ha parecido reconocer su letra. ¿Es algo privado, Utterson?

—Sólo una invitación a cenar. ¿Por qué? ¿Quiere verla?

—Sólo un momento. Gracias, señor —y el pasante, tras colocar el escrito anterior y la nota juntos, se puso a compararlos detenidamente—. Gracias, señor —dijo al fin, devolviéndolos al abogado—. Es un autógrafo muy interesante.

Hubo una pausa durante la cual Utterson se debatió con sus pensamientos.

—¿Por qué los has comparado, Guest? —preguntó de pronto.

—Verá, señor —respondió el pasante—. Hay entre ellas un parecido bastante extraño, las dos caligrafías son en muchos rasgos idénticas; solamente difieren en su distinta inclinación.

—¡Qué extraño! —añadió Utterson.

—Usted lo ha dicho, señor. Resulta muy extraño.

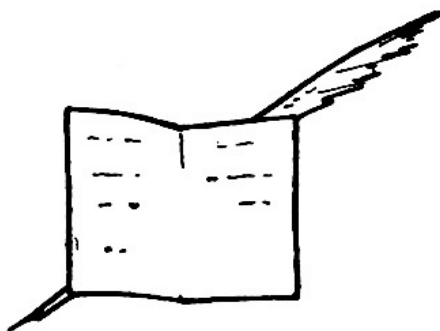
—No convendría que se hablara de esta nota, ¿me entiende?

—Por supuesto, señor, que le entiendo.

Aquella noche apenas se quedó a solas, Utterson guardó la nota en su caja fuerte y bajo llave, en donde ya permaneció en lo sucesivo.

«Es increíble —pensaba—. ¡Henry Jekyll falsificando cartas en favor de un asesino!».

Y sintió la sangre helársele en las venas.





La extraña aventura del doctor Lanyon

Pasó el tiempo. La muerte de sir Danvers fue sentida como una afrenta pública y se ofrecieron miles de libras de recompensa por la captura del asesino; pero el señor Hyde parecía haberse evaporado ante las pesquisas policiales como si jamás hubiera existido. Ciertamente se sacó a la luz una buena parte de su pasado, cubierto de ignominia; corrieron los relatos de la crueldad de aquel hombre insensible y, a la vez, tan violento; de su existencia envilecida, de sus extraños compañeros, de las huellas de odio dejadas tras sus pasos; pero nada se supo de su paradero. Desde el día en que abandonara Soho, tras la noche del crimen, se había evaporado sin más; gradualmente, según pasaba el tiempo, Utterson volvía a ser el de siempre, calmada la agitación de sus sospechas y recuperada la calma. La muerte de sir Danvers, pensaba, se paga con creces en la desaparición del señor Hyde. Ahora, alejado de aquella diabólica influencia, iniciaba su nueva vida el doctor Jekyll. Salió de su retiro, reanudó los lazos con sus amistades y se hizo de nuevo familiar como huésped y como anfitrión. Y, si bien siempre se le había conocido como hombre de generosa caridad, ahora, no menos, se distinguía por su devoción. Se entregaba a su trabajo, daba largos paseos al aire libre, practicaba el bien. Su rostro se hizo más espontáneo y parecía sereno, como si la conciencia de

estar siendo útil le confortara interiormente; y, por más de dos meses, el doctor vivió en paz.

El 8 de enero Utterson cenó con un reducido número de amigos en casa del doctor. También estaba presente Lanyon. La mirada del anfitrión había pasado continuamente del uno al otro como en los días tan lejanos en que eran un trío de amigos inseparables. El día 12 el abogado halló la puerta cerrada. Y lo mismo el día 14. El doctor quería permanecer solo, había dicho Poole, y no deseaba ver a nadie. De nuevo intentó visitarle el día 15 y de nuevo recibió la misma respuesta; y como se había acostumbrado a lo largo de aquellos dos meses a ver a su amigo casi todos los días, sintió pesarle en el alma este reencuentro con su soledad. A la quinta noche fue Guest a cenar y a la sexta se fue a ver a Lanyon. Al menos allí no le cerrarían las puertas; mas cuando entró y vio el cambio ocurrido en el semblante del doctor, Utterson se sintió desconcertado. Llevaba escrita su propia sentencia de muerte en la cara. Su tez roja se había vuelto pálida, su corpulencia estaba derrumbada; estaba visiblemente más calvo y más viejo; y no eran tanto estos síntomas de acelerada decrepitud los que provocaban la alarma del abogado, sino cierta mirada en los ojos y una tal forma de comportarse, que se dirían efectos de algún temor aferrado en lo profundo de su mente.

Era poco probable que el doctor temiera a la muerte. Y, sin embargo, Utterson quería creerlo así. «Es médico —pensaba— y debe conocer su propia situación, saber que tiene sus días contados; y la conciencia de este hecho es algo superior a sus fuerzas». Cuando Utterson hizo alusión a su mal aspecto, Lanyon dio la impresión de gran firmeza declarando que se tenía por un hombre desahuciado.

—He sufrido un golpe —dijo— del que ya no me recuperaré. Es cuestión de semanas. Bueno, la vida ha sido agradable. Saboreé la vida verdaderamente y pude disfrutarla. Pienso a veces que, si lo supiéramos todo, estaríamos más dispuestos a abandonarla.

—También Jekyll está enfermo —observó Utterson—. ¿Lo has visto?

Lanyon lanzó una mano temblorosa con el rostro demudado.

—No quiero ver ni oír nada en absoluto sobre el doctor Jekyll —dijo en voz alta y vacilante—. He terminado con esa persona y te ruego que no vuelvas a aludir a alguien que para mí ha muerto.

—¡Vaya...! —dijo Utterson. Luego, tras un largo silencio, preguntó—: ¿Puedo hacer algo? Los tres somos viejos amigos, Lanyon, y, en lo que nos queda de vida, ya no vamos a hacer otros nuevos.

—No se puede hacer nada —respondió Lanyon—. Pregúntale a él.

—No desea verme —dijo el abogado.

—Eso no me sorprende —replicó—. Un día, Utterson, después de mi muerte, quizá llegues a saber las razones de todo esto. Ahora no puedo decírtelo. Hasta que eso llegue, si puedes sentarte y charlar conmigo de otras cosas, por Dios bendito, quédate y hazlo, pero, si no puedes librarte de ese maldito asunto, entonces, Dios mío, vete, porque no lo puedo soportar.

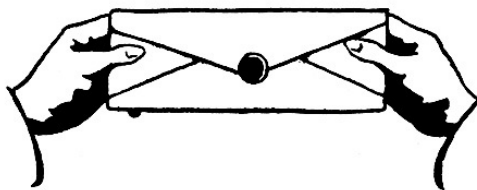
Tan pronto como estuvo en casa, Utterson se sentó y escribió a Jekyll una nota en la que se quejaba por no ser recibido en la casa y preguntaba la razón de tan lamentable ruptura en las relaciones con Lanyon; el día siguiente le trajo una larga contestación, a trozos patética y sembrada de esquivas expresiones misteriosas. La desavenencia con Lanyon era definitiva: «No culpo a nuestro viejo amigo —escribía Jekyll—, pero comparto su decisión de que no nos veamos más. Por mi parte he decidido llevar una vida de total reclusión; por lo que no debe sorprenderte ni hacerte dudar de mi amistad, si hallas a menudo cerradas, incluso para ti, las puertas de mi casa. Debes soportar que ande solo mi sombrío camino. He atraído sobre mí un duro castigo y un riesgo que ni siquiera puedo nombrar. Pero si soy el primero entre los pecadores, también seré el primero en la penitencia. Nunca pude imaginar que pudiera haber en la tierra un lugar de sufrimientos y temores tan devastadores, y no puedes hacer más que una cosa, Utterson, para aligerar el peso de mi destino: respetar mi silencio».

Utterson se quedó asombrado; alejada la tenebrosa influencia de Hyde, el doctor había vuelto a sus antiguos quehaceres y a sus amistades. Hacía sólo una semana el futuro le sonreía con una vejez placentera y honorable; y ahora, en un momento, la amistad y la paz de espíritu naufragaban. Un cambio tan súbito y general tenía visos de locura, pero, si se consideraban la actitud y las palabras de Lanyon, las verdaderas razones latían veladas en algo mucho más profundo.

Una semana después el doctor yacía en cama y, en algo menos de quince días, murió. La noche del día del funeral, en el que se había sentido dolorosamente afectado, Utterson se encerró en su despacho y, sentado a la luz de una melancólica bujía, sacó y puso ante él un sobre escrito y sellado por su difunto amigo: «*Reservado*. Para entregar solamente a G. J. Utterson *en persona*, y en caso de su desaparición, para que *se destruya sin ser leído*». Tan solemnes términos le hicieron presentir un contenido que le daba miedo. «He enterrado hoy a un amigo», pensaba, «¿me costará otro leer esto?». Pero juzgó su temor deslealtad y rompió el sello. Dentro había otro sobre, también sellado, sobre el que estaba escrito: «No abrir hasta la muerte o desaparición

del doctor Henry Jekyll». Utterson no podía dar crédito a sus ojos. De nuevo la palabra desaparición, como en aquel testamento de locos que hacía ya tiempo devolviera a su autor, de nuevo ahora aparecían unidos la idea de una desaparición y el nombre de Henry Jekyll. Mas en el testamento esa idea se introdujo por la siniestra sugestión de Hyde, y ello con un propósito manifiesto y horrible. Cuando quien utilizaba el término era Lanyon, ¿qué podía significar? Sintió el abogado que una enorme curiosidad le acuciaba a desoír la prohibición y a penetrar de una vez por todas hasta el fondo de estos misterios, pero su ética y la fidelidad al amigo muerto eran deberes inviolables y el paquete fue depositado en el más recóndito rincón de la caja fuerte. Una cosa es mortificar la curiosidad y otra vencerla, por lo que es dudoso que de aquel día en adelante Utterson deseara la compañía de su amigo con la impaciencia de otras veces. Pensaba en él con afecto, pero sus pensamientos estaban cruzados por sobresaltos y temores. Y aunque intentó visitarle, quizá lo hizo confiando en que no le dejarían pasar; quizá, en su corazón, prefería hablar con Poole en los umbrales de la puerta, al aire libre y rodeado del ruido de la ciudad, a ser admitido al interior de aquella clausura voluntaria, y hablar con su inescrutable recluso.

Por cierto, que Poole no solía tener muy buenas noticias que dar. El doctor, por lo visto, confinaba cada vez más su retiro al gabinete de la planta del laboratorio, donde ahora incluso dormía en ocasiones. Estaba deprimido, no leía y apenas hablaba, daba la impresión de estar obsesionado por algo. Utterson se acostumbró tanto a esta suerte invariable de noticias que, paulatinamente, fue espaciando sus visitas.





El episodio de la ventana

Sucedió que un domingo, cuando Utterson daba uno de sus habituales paseos en compañía de Enfield, fueron, una vez más, a aquella calle. Cuando pasaban frente a la puerta, ambos se detuvieron a mirarla.

—Bien —dijo Enfield—, al menos se cerró aquella historia. Ya no volveremos a ver a Hyde.

—Espero que no —dijo Utterson—. No te conté que una vez lo vi y que tuve tus mismos sentimientos de repulsión.

—Lo uno iba con lo otro —contestó Enfield—. Y por cierto, no te debiste llevar una buena impresión de mi agudeza no dándome cuenta de que esta puerta es una trasera de la casa del doctor Jekyll. En buena parte llegué a descubrirlo por culpa tuya.

—¿Así que lo descubriste? —dijo Utterson—. Siendo así, podríamos entrar hasta el patio y echar un vistazo a las ventanas. Si te digo la verdad, me tiene preocupado el pobre Jekyll, y aun desde aquí fuera creo que le haría bien ver a un amigo.

El patio estaba muy frío, un poco húmedo, invadido por luces del ocaso, aunque el sol no se había puesto, y, sobre sus cabezas, podía aún ver un cielo brillante. De las tres ventanas del edificio estaba entreabierta la del medio y, cerca de ella, sentado, tomando el aire con el aspecto infinitamente triste de un prisionero sin esperanza, Utterson vio al doctor Jekyll.

—Eh, Jekyll —gritó—. Espero que te encuentres mejor.

—Estoy muy abatido, Utterson —contestó tristemente el doctor—. Muy abatido. Esto no durará mucho, gracias a Dios.

—Estás demasiado enclaustrado —dijo el abogado—. Deberías salir, despreciar el cuerpo, como Enfield y yo. (Mi primo Enfield, el doctor Jekyll). Vamos, coge tu sombrero y ven a dar una vuelta con nosotros.

—Eres muy amable —dijo el doctor suspirando—. Iría con mucho, muchísimo gusto. Pero no, no, es completamente imposible. No me atrevo.

Mas, sinceramente, Utterson, me alegra mucho verte; es un gran placer. Os pediría a ti y a Enfield que subierais, pero no es un lugar apropiado.

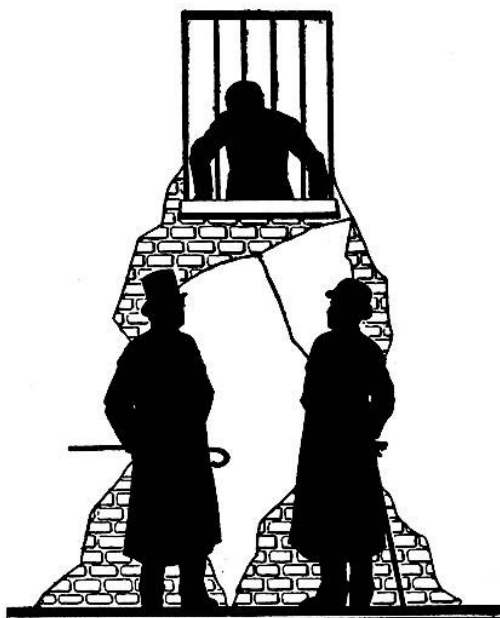
—En ese caso —dijo condescendiente el abogado— lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí y hablar contigo desde donde estamos.

—Es precisamente lo que me iba a atrever a proponeros —contestó el doctor con una sonrisa.

Pero no había terminado de pronunciar las palabras, cuando la sonrisa se le hizo una mueca en el rostro y marcándolo de tal expresión de desesperación y miedo, que, en el patio, los dos hombres sintieron que se les helaba la sangre. Fue una visión instantánea, pues la ventana había sido cerrada inmediatamente; mas fue más que suficiente. Se dieron la vuelta y abandonaron el patio sin una palabra. Y, en silencio, atravesaron la calle, y hasta que no llegaron a otra calleja vecina, en donde aún los domingos pululaba cierta vida, Utterson no pudo volverse y mirar a su compañero. Los dos estaban pálidos, y el horror en sus ojos fue la pregunta y la respuesta de sus miradas.

—Que Dios nos asista —dijo Utterson.

Pero Enfield sólo bajó su cabeza con gran seriedad y siguió caminando en silencio.





La última noche

Una noche Utterson, que estaba sentado junto al fuego, se vio sorprendido después de la cena por la visita de Poole.

—¡Caramba, Poole! ¿Qué te trae por aquí? —exclamó, y después de mirarle un momento, añadió—: ¿Qué te ocurre? ¿Está el doctor enfermo?

—Señor Utterson —dijo el mayordomo—, allí pasa algo malo.

—Coja una silla y tome un vaso de vino —dijo el abogado—. Ahora tómese el tiempo que quiera y cuénteme sin tapujos lo que desea.

—Usted ya conoce cómo es el doctor, señor —replicó Poole—, y cómo a veces se aísla completamente. Pues se ha vuelto a encerrar en su gabinete y ahora no me gusta, señor. Que Dios me perdone, pero no me gusta. Tengo miedo, señor.

—Vamos, buen hombre —dijo el abogado—, sea explícito. ¿De qué tiene miedo?

—Tengo miedo desde hace casi una semana —contestó Poole, evitando tercamente el asunto— y ya no puedo aguantar más.

El aspecto del hombre corroboraba de sobra lo que decía. Había perdido totalmente su prestancia de mayordomo y, salvo el momento en que expresó su miedo, no había vuelto a mirar de frente al abogado. Incluso ahora, sentado con el vaso de vino sobre las rodillas y con los ojos puestos en un rincón de la habitación, sólo repetía:

—No puedo aguantar más.

—Vamos —decía el abogado—. Veo que debe tener sus buenas razones, Poole. Imagino que se trata de algo muy delicado. Trate de decirme lo que es.

—Creo que allí ha pasado algo sucio —dijo con la voz enronquecida.

—Algo sucio —exclamó el abogado, que se irritó sacudido por el miedo—. ¿Qué es ese algo sucio? ¿Qué quiere decir?

—No me atrevo a decirlo, señor —fue la respuesta—, pero ¿quiere venir conmigo y verlo con sus propios ojos?

Utterson se levantó por toda respuesta, tomó su sombrero y se echó el gabán por encima. Mientras, observó asombrado la expresión de enorme alivio que había inundado el rostro del mayordomo y, con no menor asombro, que, cuando dejó el vaso de vino para seguirlo, éste estaba intacto.

Era una noche borrascosa y fría, propia del mes de marzo, con una luna pálida que yacía de espaldas, como si el viento la hubiera volcado y flotase entre el leve vuelo transparente de las nubes. El viento casi impedía hablar y azotaba los rostros enrojecidos. Parecía haber barrido las calles raramente desnudas de transeúntes. Y Utterson pensó que nunca había visto un barrio de Londres tan desierto. Hubiera deseado que no fuera así. Nunca en su vida recordaba haber sentido una necesidad tan intensa de ver y tocar a sus semejantes, pues, por más que luchaba por sacudirlo de sí, pesaba en su mente un opresivo presentimiento de desgracia. La plaza, cuando llegaron, estaba ganada por el viento y el polvo, y los delgados árboles del jardín se azotaban, sacudidos, a todo lo largo de la verja. Poole, que se había mantenido durante todo el camino un paso o dos por delante, se detuvo ahora en la acera y, en medio de aquel tiempo infernal, se quitó el sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo rojo. A pesar del andar apresurado no se secaba el sudor del esfuerzo sino el helado sudor de una angustia asfixiante; su rostro aparecía blanco y su voz, cuando hablaba, desmadejada y rota.

—Bien, señor —dijo—, hemos llegado. Quiera Dios que no haya pasado nada.

—Que así sea, Poole —dijo el abogado.

Con esto, el criado llamó con unos golpes cautelosos; la puerta se abrió cuanto permitía la cadena de seguridad, y una voz preguntó desde dentro:

—¿Eres tú, Poole?

—Sí, soy yo. Abran la puerta.

Cuando pasaron al salón, brillantemente iluminado, el fuego de la chimenea ardía con altas llamaradas y toda la servidumbre, hombres y mujeres, estaba alrededor, apiñados como un rebaño de ovejas. Cuando vio a Utterson, la doncella rompió en un lloriqueo histérico y la cocinera corrió hacia él con los brazos abiertos gritando:

—¡Gracias a Dios! Es el señor Utterson.

—¿Qué es esto? ¿Qué hacen ustedes aquí? —dijo el abogado con brusquedad—. Esto no es adecuado. A su amo no le va a gustar este comportamiento.

—Todos tienen miedo —dijo Poole.

Siguió un total silencio, sin protestas; sólo la doncella dijo algo antes de anegarse en un ruidoso llanto.

—¡Cállate! —le dijo Poole en un tono feroz, que delataba la tensión de sus nervios.

Lo cierto es que al elevar la muchacha el tono de su lamentación, todos echaron a correr de golpe hacia la puerta del fondo con rostros llenos de temor.

—Y ahora —continuó el mayordomo, dirigiéndose al pinche de cocina—, trae una vela y acabemos de una vez con este asunto.

Luego pidió a Utterson que le siguiera y le llevó al jardín de atrás.

—Ahora, señor —dijo—, venga paso a paso. Quiero que escuche sin que se le pueda oír a usted. Y mire, señor, si por casualidad le pide que entre, no lo haga.

Los nervios de Utterson dieron una sacudida que casi le hizo perder el equilibrio, ante esta inesperada conclusión. Pero se armó de coraje y siguió al mayordomo, que entraba al edificio del laboratorio, a través de la sala de disección con su montón de botellas y cestos, hasta el pie de la escalera. Aquí Poole le hizo señas de que se detuviese a un lado y escuchara mientras él, dejando la palmatoria en el suelo y haciendo un visible acopio de valor, subió los peldaños y golpeó con el puño vacilante sobre el tapizado rojo de la puerta del gabinete.

—Utterson solicita verle, señor —dijo, y mientras tanto hizo aún señas más enérgicas al abogado para que prestara oídos.

Una voz respondió desde dentro con tono quejumbroso.

—Dígale que no puedo ver a nadie.

—Gracias, señor —dijo Poole con cierto acento de triunfo en su voz.

Y tomando su vela condujo de vuelta a Utterson por el patio hasta la cocina, donde había un fuego apagado y un montón de cucarachas correteando por el piso.

—Señor —dijo, mirando a los ojos de Utterson—, ¿era ésa la voz de mi amo?

—Parece muy cambiada —contestó el abogado, muy pálido, pero manteniendo la mirada.

—¿Cambiada? Bien, sí, ya lo creo —dijo el mayordomo—. ¿Cree que he vivido veinte años en esta casa para que ahora pueda confundir su voz? No, señor; al amo lo han matado. Lo mataron hace ocho días, cuando oímos las voces invocando el nombre de Dios; y *quién* está ahí en su lugar y *por qué* está ahí es algo que clama al cielo, señor.

—Tu relato es muy extraño, Poole. O más bien resulta una historia disparatada —dijo Utterson mordisqueándose un dedo—. Suponiendo que todo fuera como dices, suponiendo que el doctor Jekyll hubiera sido..., bien, asesinado, ¿qué podría haber inducido al asesino a quedarse? No es razonable.

—Bien, señor Utterson, no es usted un hombre fácil de convencer, pero se convencerá ahora —dijo Poole—. Durante toda esta semana (quiero que lo sepa), él, o eso, o lo que vive en ese gabinete, se ha pasado gritando día y noche por una cierta medicina que no conseguimos encontrar en la forma que él desea. Él (el amo, me refiero) tenía a veces costumbre de escribir sus órdenes en una hoja de papel que dejaba en la escalera. No hemos tenido otra cosa toda la semana: sólo papeles, esa puerta siempre cerrada y tener que dejar allí la comida para que la pueda retirar a escondidas cuando nadie lo vea. Bueno, señor, cada día, ¡ah!, y dos o tres veces en el mismo día, órdenes y lamentos, y yo corriendo Londres de punta a punta por todas las boticas de la ciudad. Una y otra vez venía con la droga y siempre había otro papel diciéndome que la devolviera, porque no era pura, y la orden de ir a otra botica diferente. Necesita esa droga urgentemente, señor, ¡Dios sabrá para qué!

—¿Tiene usted alguno de esos papeles? —preguntó Utterson.

Poole palpó en el bolsillo y sacó en su mano una arrugada nota que el abogado, alumbrándose con la vela, examinó cuidadosamente. Su contenido decía: «El doctor Jekyll saluda a los señores Maw. Les asegura que la última remesa es impura y de ninguna utilidad para sus presentes fines. En el año 18..., el doctor J. compró a los señores M. una cantidad importante y les ruega ahora que busquen con la mayor atención, por si quedara algo de aquella misma remesa. Y en caso de ser así, envíenla a la mayor brevedad posible, sin reparar en el precio. Difícilmente podría exagerarse la importancia que esto reviste para el doctor Jekyll». Hasta aquí la redacción de la misiva era correcta, pero a continuación se habían desatado las emociones de su autor con bruscos garabatos de la pluma. «¡Por el amor de Dios, hálleme algo de la antigua remesa!», había añadido.

—Es una extraña nota —dijo Utterson, y añadió inquisitivo—: ¿cómo es que usted la tenía abierta?

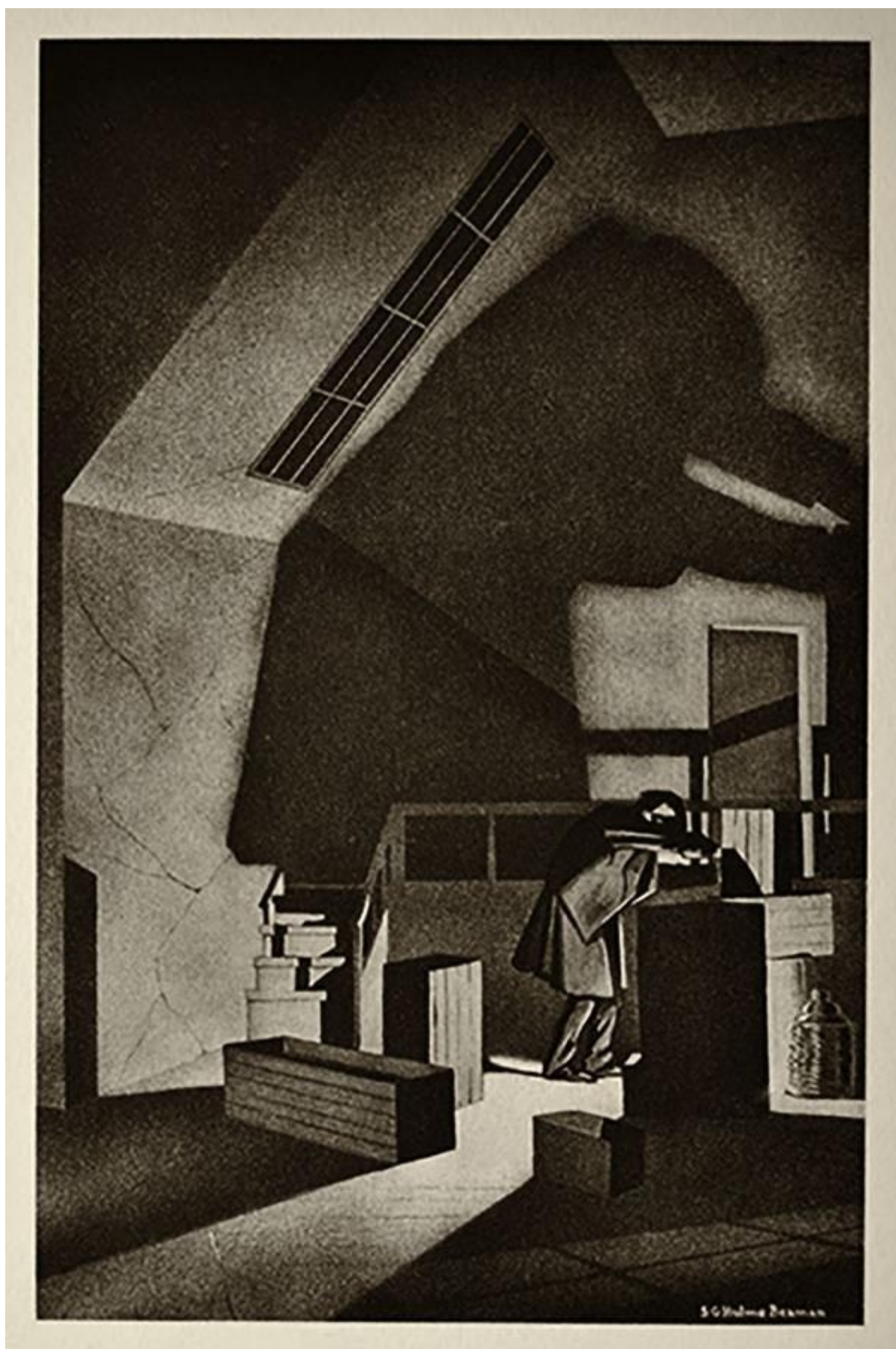
—El dependiente de Maw se lo tomó muy a mal, señor, y me tiró la nota a la cara como si fuera basura.

—No cabe duda de que es la letra del doctor, ¿no cree?

—Se le parece mucho, eso ya lo vi —dijo el criado bastante enfurruñado, y añadió con otra voz—: pero ¿qué me importa la letra? ¡Lo he visto!

—¿Que le ha visto? —repitió Utterson—. ¿Y bien?

—Sí, señor —dijo Poole—. Verá lo que pasó. Yo había entrado de improviso al edificio del laboratorio desde el jardín. Parece que había salido ocultándose a buscar esa droga o lo que fuese, pues la puerta del gabinete estaba abierta y él estaba allí al fondo de la sala hurgando entre los cestos. Se alzó a mirarme; cuando entré, le escuché algo semejante a un grito, y se precipitó huyendo por las escaleras al gabinete. Apenas lo vi un minuto, pero se me erizaron los pelos en la cabeza. Señor, si ése era mi amo, ¿por qué tenía una máscara sobre el rostro? Si aquello era mi amo, ¿por qué gritó como una rata huyendo de mí? Le he servido tantos años para que... —el mayordomo se interrumpió aquí y se pasó la mano por el rostro.



—Todo esto es verdaderamente extraño —dijo Utterson—, pero me parece que empiezo a ver claro. Su amo, Poole, evidentemente es víctima de una de esas enfermedades que a la vez torturan y deforman al que las sufre. De ahí, imagino, la alteración de su voz, de ahí que necesitara una máscara y apartarse de sus amigos, de ahí esa avidez por hallar la droga bajo cuyos efectos espera como último recurso recobrar su pobre espíritu. Dios quiera que no se engañe. Esta es mi explicación, Poole; es penoso y horrible aceptarla, pero se ajusta a los hechos, los hace coherentes y nos previene de toda alarma excesiva.

—Señor —dijo el mayordomo, mientras una nueva palidez teñía su rostro—, aquello no era mi amo, y ésa es la verdad. Mi amo —y tras mirar alrededor bajó su tono— es un tipo alto y apuesto, y éste era casi un enano.

Utterson intentó intervenir, pero Poole alzó la voz:

—Pero, señor, ¿cree que no conozco a mi amo después de veinte años? ¿Cree que no sé dónde le llega la cabeza en la puerta del gabinete, en el cual lo he visto cada mañana durante toda mi vida? No, señor, esa cosa de la máscara no fue nunca el doctor Jekyll. Dios sabrá lo que es, pero nunca fue el doctor Jekyll; y yo tengo la corazonada de que ahí se ha cometido un crimen.

—Poole —contestó el abogado—, si usted dice eso, mi deber es asegurarme. Y por más que quiera respetar los sentimientos de su amo, por más que me sienta desconcertado por esa nota que parece probar que vive, considero que mi deber es echar al suelo esa puerta.

—Ah, señor Utterson, así se habla —exclamó el mayordomo.

—Y ahora —concluyó el abogado— viene la segunda parte. ¿Quién lo va a hacer?

—¿Cómo? Usted y yo, señor —contestó sin acobardarse el criado.

—Muy bien dicho, y, pase lo que pase, le garantizo que usted no se hará culpable de nada.

—Hay un hacha en la sala de disección —dijo Poole—. Usted podría coger el atizador del fuego.

El abogado tomó en sus manos aquel rudo y pesado instrumento balanceándolo.

—¿Sabe, Poole —dijo, mientras le miraba de frente—, que usted y yo nos vamos a poner en una situación de cierto riesgo?

—Eso es seguro, señor —contestó el mayordomo.

—No estaría de más, entonces, que habláramos con franqueza. Los dos pensamos más de lo que hemos dicho. Pongamos las cartas sobre la mesa. La figura enmascarada que usted vio, ¿no se parecía a nadie?

—Bien, señor, fue todo tan rápido y aquella criatura estaba tan doblada sobre sí misma, que no lo puedo asegurar. Pero, si lo que quiere decirme es si se trataba del señor Hyde, pues bien, sí, yo creo que era él. Mire usted, su tamaño venía a ser el mismo y aquella forma tan suya de moverse como si se deslizara rápidamente, y además ¿qué otro podría haber entrado por la puerta del laboratorio? ¿No recuerda, señor, que, cuando sucedió el crimen, él tenía aún la llave? Y eso no es todo. No sé, señor Utterson, si vio alguna vez a ese señor Hyde.

—Sí —dijo el abogado—, hablé una vez con él.

—En ese caso sabrá tan bien como todos nosotros que había algo raro en ese caballero, algo que le hacía a uno sobresaltarse. No sé decirlo a derechas, señor. Pero sí puedo asegurar que se sentía como el corte de un punzón helado por toda la médula.

—Algo semejante a eso experimenté yo mismo —dijo el abogado.

—Así es, señor —continuó Poole—. Bien, cuando ese ser enmascarado corrió a saltos como un mono por entre los aparatos de química y se metió en el gabinete, sentí un escalofrío por todas las vértebras. Ya me doy cuenta de que lo que vi no constituye una evidencia concluyente; hasta aquí llegan mis luces, señor Utterson. Pero un hombre tiene sus sentimientos y le juro por la Biblia que era el señor Hyde.

—Sí, mis temores —dijo el abogado— me inclinan a lo mismo. El mal, me temo, el mal y la desgracia un día originaron aquellas relaciones. Sí, te creo sinceramente. Creo que han matado al pobre Harry, y que su asesino (sólo Dios sabrá por qué razones) ronda aún la habitación de la víctima. Bien, seamos sus vengadores. Llama a Bradshaw.

El criado acudió a la llamada pálido y nervioso.

—Tranquílcese, Bradshaw —le dijo el abogado—. Sé que esta tensión está afectando mucho a todos, pero hemos decidido poner fin a todo esto. Poole y yo vamos a entrar por la fuerza en el gabinete. Si resulta que no había motivos para esto, yo me haré responsable. Entretanto y por si algo va mal o alguien trata de escapar por la trasera, usted y el pinche van a apostarse a la vuelta de la esquina con dos garrotes. Les damos diez minutos para llegar allí.

Cuando partía Bradshaw, el abogado miró su reloj.

—Ahora, Poole, vamos a lo nuestro —dijo; y, colgando el atizador del brazo, abrió la marcha hacia el patio. Las nubes habían cubierto la luna y la oscuridad era completa; el viento que penetraba a ráfagas dentro de aquel ancho pozo que formaban los muros del edificio, sacudía la luz de la vela al paso de los dos hombres hasta que entraron a cubierto en el laboratorio donde

silenciosamente se sentaron a esperar. Solemnemente se agitaba en su torno todo el rumor de Londres, pero, en el ámbito reducido que ellos formaban, la calma sólo quedaba rota por el sonido de unos pasos que recorrían una y otra vez el suelo del gabinete.

—Así se pasa caminando todo el día, señor —murmuró Poole—, y la mayor parte de la noche. Sólo se detiene cuando llega una nueva muestra de la botica. Es su negra conciencia que no le deja reposo. Cada paso marca su huella de sangre vertida. Pero escuche otra vez, más cerca, escuche con toda el alma y dígame si éstos son los pasos del doctor.

Los pasos destacaban ligeros y extraños, marcados con cierto ímpetu aun siendo lentos. Eran, en efecto, distintos de la resuelta y firme pisada de Henry Jekyll. Utterson suspiró.

—¿Nunca ha pasado nada más? —preguntó Utterson.

—Una vez —dijo—. Una vez le oí llorar —afirmó Poole.

—¿Llorar? ¿Cómo? —dijo el abogado sintiendo una súbita sacudida de terror.

—Llorar como una mujer o como un alma en pena —dijo el mayordomo—. Me fui de allí con el corazón encogido, a punto de llorar yo mismo.

Se cumplían los diez minutos. Poole sacó el hacha de debajo de un montón de paja. Puso la palmatoria sobre la mesa más cercana, para que les alumbrara en su ataque, y los dos se acercaron con la respiración contenida al lugar donde aún seguían caminando de arriba a abajo, de abajo a arriba, en la calma de la noche, aquellos pasos pertinaces.

—¡Jekyll! —gritó Utterson con fuerza—, déjame verte.

Se detuvo a escuchar, pero no contestó nadie.

—Te hago una advertencia leal. Tenemos sospechas. Necesito verte y te veré —concluyó—, si no por las buenas, por las malas; con tu consentimiento o por la fuerza.

—Utterson —dijo la voz—, por Dios santo, ¡ten compasión!

—¡Ah! —gritó Utterson—, ésa no es la voz de Jekyll, es la de Hyde. ¡Abajo con la puerta, Poole!

Poole blandió el hacha sobre sus espaldas; el golpe estremeció el edificio y la puerta tapizada de rojo brincó sobre sus goznes. Un alarido desnudo, como de puro terror animal, se escuchó al fondo del gabinete. Volvió a alzarse el hacha y otra vez cayeron deshechos los entrepaños y saltaron astillas de los marcos. Cuatro veces golpeó el hacha, pero la madera era resistente y los herrajes de buena fragua; y no fue sino hasta un quinto golpe

cuando la puerta se partió en dos, yendo a caer una de las partes astilladas al interior sobre una alfombra.

Los sitiadores, asustados por su propio estrépito y por la quietud posterior, se echaron un poco atrás y atisbaron el interior. Allí, ante sus ojos, estaba el gabinete en la sosegada claridad de una lámpara. Un buen fuego ardía crepitando en la chimenea y la tetera cantaba con suave acorde. Había un cajón o dos abiertos, paquetes cuidadosamente ordenados sobre la mesa de estudio y, más cerca del fuego, se había dispuesto todo lo necesario para el té. Cualquiera habría dicho que, hecha excepción de aquella vitrina atestada de productos químicos, era el lugar más tranquilo y normal de todo Londres.

En el centro del gabinete yacía el cuerpo de un hombre dolorosamente contraído y todavía sacudido por espasmos. Se acercaron de puntillas, lo volvieron sobre su espalda y contemplaron el rostro de Edward Hyde. Vestía ropas demasiado grandes para él, ropas a la medida del doctor; los músculos de su cara todavía se agitaban con la apariencia de vida, pero eran los despojos de la vida ausente; y por la ampolla que aferraba en su mano y el fuerte olor a almendras que pendía del aire, Utterson supo que estaban ante el cuerpo de un suicida.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo gravemente— para salvar o para castigar. Hyde ha ido a rendir sus cuentas; sólo nos resta hallar el cuerpo de su amo, Poole.

La mayor parte del edificio estaba ocupada por la sala de disección, que llenaba casi la totalidad de la planta baja y recibía luz del techo y por el gabinete, que, al fondo, formaba una segunda planta y tenía vista al patio. La sala de disección comunicaba con la puerta del callejón por medio de un pasillo al que también tenía acceso el gabinete, merced a un segundo tramo de escalera. Había, además, unos pocos cuartos oscuros y un amplio sótano. Todo fue registrado. Bastó una simple ojeada para examinar los cuartos; todos ellos vacíos, pues el polvo acumulado en las puertas mostraba que habían permanecido cerrados desde hacía mucho tiempo. No así el sótano, que se hallaba atestado de trastos viejos, la mayor parte de la época del cirujano predecesor de Jekyll; pero aquí también una gran telaraña, que les cayó al lado tras abrir la puerta, y que quizá había sellado esa entrada durante años, les persuadió de lo inútil que sería seguir la búsqueda. En ninguna parte había señales de Henry Jekyll, ni muerto ni vivo.

Poole golpeó con el pie las losas del pasillo.

—Debe estar enterrado aquí —dijo escuchando atento.

—O puede haber escapado —dijo Utterson, y se volvió a examinar la puerta del callejón. Tenía la cerradura echada, y, cerca de las losas, encontraron la llave ya oxidada.

—No parece que pueda usarse —observó el abogado—. ¿No ve que está rota? Como si alguien la hubiera pateado.

—Ah —continuó Utterson—, y los bordes de la rotura también están oxidados. —Los dos hombres se miraron con un sobresalto—. No alcanzo a entenderlo, Poole —dijo el abogado—. Volvamos al gabinete.

Subieron los escalones y con una mirada todavía medrosa al cuerpo tendido se empeñaron en una búsqueda aún más minuciosa del gabinete. En una mesa había restos de manipulaciones químicas, varios montoncitos de una sal blanca aparecían en platillos de cristal, como si el experimento en que trabajaba el desgraciado doctor hubiera debido interrumpirse.

—Esta es la droga que le traía continuamente —decía Poole, mientras el agua que hervía en la tetera se desbordó con un ruido alarmante. Esto les llevó a la chimenea, donde el butacón estaba arrimado al fuego y el servicio de té listo con el azúcar echado en la taza. Había varios libros en la estantería y uno, abierto, junto al servicio de té, que Utterson reconoció como el ejemplar de una obra piadosa por la que Jekyll en varias ocasiones había mostrado gran estima y que ahora, ante los asombrados ojos del abogado, aparecía cuajada de horribles blasfemias anotadas por la mano de Jekyll.

Cuando en aquella concienzuda inspección llegaron ante el espejo de cuerpo entero, los dos hombres miraron al fondo con involuntario horror. Estaba inclinado de tal forma, que sólo mostraba el rosado resplandor que jugueteaba en el techo, el reflejo de las llamas en cientos de imágenes idénticas recorriendo las cristalerías y sus rostros allí asomados, pálidos de miedo.

—Este espejo ha visto cosas muy extrañas, señor —susurró Poole.

—Y seguramente ninguna más extraña que él mismo —dijo el abogado en el mismo tono—. ¿Para qué Jekyll...? —y se detuvo estremecido ante este nombre; después, sobreponiéndose, continuó—: ¿Para qué podría necesitarlo?

—Tiene usted razón —dijo Poole.

Volvieron después a la mesa de trabajo. Sobre el pupitre, junto a nuevos papeles ordenados con esmero, estaba, en primer término, un sobre grande en el que se leía, con letra de Jekyll, el nombre de Utterson. El abogado lo abrió y varios pliegos cayeron al suelo. El primero era un documento redactado en los mismos términos excéntricos de aquel que Utterson había devuelto seis meses antes, que debía servir como testamento en caso de muerte y como acta

de donación en caso de desaparición; pero, en lugar del nombre de Edward Hyde, el abogado, con indescriptible asombro, leyó el nombre de Gabriel John Utterson. Miró a Poole, luego los papeles y finalmente al malhechor muerto tendido sobre la alfombra.

—No me cabe en la cabeza —dijo—. Él ha estado aquí todos estos días como dueño y señor; tenía motivos para odiarme; ha debido sentirse despechado, al verse desplazado en este documento y, sin embargo, no lo ha destruido.

Cogió el papel siguiente, una breve nota escrita por el doctor y con la fecha apuntada al comienzo.

—¡Poole! —gritó el abogado—, hoy estaba aquí, ¡vivo! No pueden haber hecho desaparecer su cuerpo en tan pocas horas. ¡Aún debe estar vivo! Debe haber huido. Y ¿por qué huido?, y ¿cómo? Y, en ese caso, ¿se puede asegurar que esto sea un suicidio? Ah, debemos andar con pies de plomo. Temo que podamos aún mezclar a su amo en algo horrible.

—¿Por qué no la lee, señor?

—Porque tengo miedo —contestó el abogado con gravedad—. Dios quiera que sea injustificado.

Luego acercó el papel y leyó lo que sigue:

Mi querido Utterson:

Cuando tengas esta nota en tus manos, yo habré desaparecido, sin que me sea dado prever en qué circunstancias; pero mis presentimientos y todo lo que rodea mi indecible situación me señalan un final cierto y puede que temprano. Lee primero el escrito que Lanyon me advirtió que pusiera en tus manos y, si quieres saber más, aquí tienes la confesión de tu indigno y desgraciado amigo,

Henry Jekyll.

—¿Hay un tercer documento? —preguntó Utterson.

—Aquí tiene, señor —dijo Poole, poniéndole en las manos un buen legajo lacrado en varios lugares.

El abogado se lo metió en el bolsillo.

—No conviene que se hable de estos papeles. Si su amo huyó o ha muerto, podemos al menos preservar su buen nombre. Son las diez. Debo ir a casa y leer estos documentos con calma, pero estaré de vuelta antes de la medianoche, y avisaremos entonces a la policía.

Salieron ambos, dejando tras ellos cerrada con llave la puerta de la sala de disección y Utterson, en tanto que la servidumbre quedaba de nuevo reunida en torno a la chimenea, caminó penosamente de vuelta a la oficina para leer

los dos escritos en los que se guardaba ahora la luz que debía alumbrar aquel misterio.





El relato del doctor Lanyon

El nueve de enero, hoy hace cuatro días, recibí en el correo de la mañana un sobre certificado con letra de mi colega y antiguo compañero de estudios, Henry Jekyll. Constituyó una sorpresa para mí, pues no teníamos por costumbre escribirnos. Yo le había visto y hasta había cenado en su compañía la noche anterior, por lo que no acertaba a imaginar qué podría haber pasado de entonces acá que justificase el certificado. Mi sorpresa aumentó a la vista del contenido. Decía así:

10 de diciembre de 18...

Querido Lanyon:

Eres uno de mis amigos más antiguos, y, aunque a veces hemos mantenido diferencias respecto a cuestiones científicas, no puedo recordar, al menos por lo que a mí respecta, quiebra alguna en nuestro afecto.

No ha habido día en que, si me hubieras dicho: «Jekyll, mi vida, mi honor, mi razón están en tus manos», no hubiera yo sacrificado mi fortuna o mi brazo derecho por ayudarte. Lanyon, mi vida, mi honor, mi razón están hoy a tu merced; si no me ayudas esta noche, estoy perdido. No quiero que imagines, tras esta introducción, que voy a pedirte algo vergonzoso. Juzga por ti mismo.

Necesito que aplaces cualquier otro compromiso para esta noche, incluso si te llamaran a la cabecera de un emperador; que subas a un coche, a no ser que tengas el tuyo a la puerta, y que, con esta carta en tus manos para orientarte, vayas derecho a mi casa. Poole, mi mayordomo, tiene ya órdenes; le encontrarás esperando tu llegada en compañía de un cerrajero. Hay que forzar la puerta de mi gabinete; después entra solo, abre la vitrina de la izquierda, letra E, o fuerza la cerradura, si está cerrada, y *saca todo su contenido tal y como lo encuentres*: el cuarto cajón empezando por arriba o, lo que es lo mismo, el tercero si cuentas desde abajo. En mi angustiosa turbación temo obsesivamente equivocarme en las instrucciones que te doy. Pero, aunque te haga caer en algún error, podrás conocer el cajón por su contenido: unos polvos, una ampolla y un cuaderno. Te ruego que te lleves ese cajón a la plaza de Cavendish, tal y como te lo hayas encontrado.

Esta es la primera parte del favor. Paso ahora a la segunda. Si saliste sin demora tras recibir esta carta, estarás de vuelta en tu casa mucho antes de la medianoche. Pero te daré un amplio margen de tiempo, no sólo porque puedan surgir dificultades que nunca es posible evitar o prever, sino porque es preferible

que lleves a cabo este cometido en las horas en que tus criados duermen. Tengo que pedirte, pues, que estés a solas en tu despacho a medianoche, que abras personalmente la puerta de tu casa a un hombre que irá de mi parte y que le confíes el cajón que sacaste de mi gabinete. Hasta aquí habrás cumplido tu parte y ganado mi eterna gratitud. Pero, si te sientes interesado en conocer más, bastarán cinco minutos para que comprendas que no en balde daba capital importancia a lo que te pedía hacer, y que el olvido de un detalle, por caprichoso que hubiera parecido, podría haber hecho gravar tu conciencia con el peso de mi muerte o la pérdida de mi razón.

Aunque confío que no tomarás a broma este ruego, se me apesadumbra el corazón y me tiembla la mano sólo de pensar que tal cosa fuera posible. Piensa que sufro en este momento en lugar extraño una desgracia sombría sobre todo lo imaginable; pero también sé que, si cumples puntualmente lo que te pido, harás que mis desgracias se transformen en páginas vueltas de una historia leída. Atiende mi petición, querido Lanyon, y ayúdame.

Tu amigo,

H. J.

Posdata: Ya había cerrado el sobre cuando un nuevo terror ha venido a angustiarme. Es posible que el correo se retrase y que esta carta no llegue a tus manos hasta mañana por la mañana. En tal caso, querido Lanyon, haz mi encargo cuando te sea más conveniente a lo largo del día y vuelve a esperar a mi mensajero a medianoche. Puede que entonces sea demasiado tarde, por lo que, si en esa noche nadie llega a tu casa, sabrás que ya no volverás a ver a Henry Jekyll.

Después de leer esta carta, me convencí de que mi colega se había vuelto loco, pero hasta que eso se probara con toda evidencia me sentí en el deber de realizar lo que solicitaba. Cuanto menos entendía de tal fárrago, menos capaz me creía de juzgar sobre su importancia, pero una llamada hecha en tales términos no podía echarse a un lado sin gran responsabilidad. En consecuencia, me levanté de la mesa, subí a un coche y fuimos directamente a casa de Jekyll. El mayordomo me estaba esperando; él también había recibido en el mismo reparto de correo una carta certificada con instrucciones y, de inmediato, había mandado buscar a un cerrajero y a un carpintero. Ambos llegaron mientras hablábamos y todos nos encaminamos al quirófano que utilizaba el viejo doctor Denman, desde el cual se llega, como tú sabes, al gabinete privado de Jekyll. La puerta era muy sólida y su cerradura excelente; el carpintero aseguró que le iba a ser muy difícil y que había que hacer un gran destrozo, si se empleaba la fuerza. El cerrajero, tras no saber qué hacer en un principio, se aplicó luego (y era hombre mañoso) a su trabajo, y en dos horas quedaba la puerta abierta. El armario marcado con la E no estaba cerrado, saqué el cajón, lo rellené con paja, lo envolví en un paño y volví con él a la plaza de Cavendish.

Ya aquí, me dispuse a examinar el contenido. Los polvos estaban envueltos cuidadosamente, pero sin las dobleces perfectas de los boticarios, por lo que era patente que Jekyll mismo había hecho los sobrecitos. Cuando abrí uno, vi lo que me pareció una simple sal cristalina de tono blancuzco. La ampolla, que examiné luego, estaba a medio llenar de un líquido color rojo sangre, de olor acre y fuerte como un compuesto de fósforo y un éter volátil. No pude averiguar si tenía otros ingredientes. El libro era un cuaderno corriente y sólo contenía unas fechas. Éstas cubrían un largo período de tiempo, pero observé que habían dejado de anotarse hacía casi un año y de forma brusca. Aquí y allá había breves anotaciones junto a las fechas y a menudo una sola palabra: «¡Doble!», que se repetía unas seis veces en un total de varios cientos de notas. Había otra nota, casi al comienzo de las anotaciones, que decía: «¡¡¡Fracaso total!!!», entre varios signos de exclamación. Todo esto, aunque azuzaba mi interés, me decía poco en concreto. Aquí sólo había una ampolla con un líquido, un sobrecito con sal y anotaciones sobre una serie de experimentos que no conducían (como en la mayor parte de las investigaciones de Jekyll) a ningún fin de utilidad práctica. ¿Cómo podría la presencia de estos objetos en mi casa afectar al honor, la cordura, o a la vida de mi calenturiento colega? Si su mensajero podía venir a un lugar, ¿por qué no podía ir a otro? E incluso, suponiendo algún impedimento, ¿por qué tenía yo que recibir a este mensajero en secreto? Cuanto más reflexionaba más me convencía de que estaba metido en un caso de enfermedad mental, y, aunque mandé a mis sirvientes que se retiraran a sus habitaciones, cargué un viejo revólver para tenerlo a mano si el caso se presentaba.

Apenas se había perdido el eco de las doce campanadas sobre Londres, cuando sonó suavemente el aldabón en la puerta. Acudí a abrir y me encontré a un hombre pequeño agazapado entre las columnas del pórtico.

—¿Viene de parte del doctor Jekyll? —pregunté.

—Sí, me dijo con un encogimiento —y, cuando le pedí que entrara, no me obedeció sin antes echar una mirada por la plaza en sombras.

Venía a poca distancia un policía que caminaba alumbrándose con su linterna y tuve la sensación de que mi visitante, al verlo, se azaró y entró precipitadamente. Confieso que me sorprendieron esas rarezas desagradablemente, y mientras lo conducía a la sala de consultas, ya totalmente iluminada, apreté con firmeza el arma en mi mano. Aquí, por fin, pude verlo claramente a la luz. No lo conocía, de eso estaba seguro. Era pequeño, como dije; me impresionaba la expresión desconcertante de su

rostro, con una marcada mezcla de dinamismo muscular y una aparente debilidad de constitución además de (lo que no me impresionaba menos) un raro desasosiego interior causado por su sola presencia. Provocaba algo semejante a un escalofrío, al que se unía una rápida bajada del pulso. En aquel momento lo achaqué a la aversión que en ocasiones provocan en uno ciertas personas dispares y que se trataba aquí de una simple acentuación de ese sentimiento; mas tuve después motivos para pensar que la causa tocaba niveles más hondos de la naturaleza humana y que mis sentimientos nacían de pulsaciones más nobles que el simple odio.

Esta persona (que desde el primer momento me había provocado lo que sólo podré describir como un interés lleno de disgusto) vestía de forma que, si hubiera sido otra persona, habría provocado risa; sus ropas, aun siendo de buena tela y hechura clásica, le venían desmesuradamente grandes: los pantalones pendían sobre sus piernas enrollados en la cintura, para no arrastrarlos por el suelo, la cintura de la chaqueta quedaba por debajo de las caderas y las solapas le llegaban hasta los hombros. Por estrafalario que así dicho parezca este raro atavío, no me provocaba risa en absoluto. Más bien, con ese algo deforme y fuera de lo normal que irradiaba este ser que ahora me miraba (provocándome algo sobrecogedor, desconcertante y repulsivo), esa incongruencia parecía complementaria con el conjunto absurdamente acorde de su personalidad. Hasta el punto que a mi curiosidad por la naturaleza y el carácter de este hombre se unió un interés por sus orígenes, su vida, su fortuna y su posición en el mundo.

Estas observaciones, que tanto tiempo lleva escribir, duraron apenas unos segundos. Mi visitante estaba en ascuas con una excitación tenebrosa.

—¿Lo tiene? —gritó—. ¿Lo tiene?

Y tan viva era su impaciencia, que me llegó a coger del brazo e intentó zarandearme. Le rechacé, notando en su contacto una punzada de hielo en la sangre.

—Por favor, caballero —dije—, olvida que no tengo el gusto de conocerle. Siéntese, por favor.

Yo le di ejemplo y me senté en mi sillón habitual tratando de recuperar la actitud que muestro ante mis clientes, en la medida que era capaz a aquella hora, lleno de temores y frente a aquel visitante.

—Le ruego que me disculpe, doctor Lanyon —contestó con cierta cortesía—. Tiene razón en lo que dice, y mi impaciencia se ha impuesto a mi educación. Vengo, a instancias de su colega el doctor Jekyll, a un asunto de cierta importancia y según tengo entendido... —aquí se detuvo, se llevó la

mano a la garganta y pude ver cómo, a pesar de su aparente calma, luchaba contra los síntomas de la histeria—, tengo entendido..., un cajón...

En este momento sentí compasión por la angustia del visitante y, acaso también, de mi creciente curiosidad.

—Ahí lo tiene, caballero —dije, señalando el cajón sobre el suelo, tras la mesa y aún cubierto con el paño.

Él se abalanzó, luego se detuvo, puesta la mano sobre el corazón; podía oír castañetear sus dientes en la convulsión de sus mandíbulas y apareció tal lividez en su rostro, que me sentí alarmado tanto por su vida como por su razón.

—Tranquilícese —dije.

Volvió la cabeza con una sonrisa quebrada de congoja y, con la decisión de un desesperado, apartó el paño. A la vista del contenido, brotó de su pecho un sollozo de tan inmenso alivio, que me senté petrificado. A continuación, con voz ya totalmente tranquila, preguntó:

—¿Tiene un vaso graduado?

Me incorporé y fui a darle lo que me pedía.

Me dio las gracias sonriente con una inclinación de cabeza. Midió unas gotas de la tintura rojiza y añadió una mínima cantidad de los polvos. La tintura, que tenía al principio un cariz rojizo, comenzó a abrillantar su color según se iban disolviendo los cristales, a burbujear audiblemente y a echar nubecillas de vapor. De pronto, en ese instante, la ebullición cesó y el líquido cambió a un púrpura oscuro, que se transformó poco a poco en un acuoso color verde. Mi visitante, que había observado todas las metamorfosis sin pestañear, sonrió, puso sobre la mesa el vaso y después se volvió y me miró con ojos escrutadores.

—Y ahora —dijo— veamos qué final desea. ¿Quiere elegir o que le guíen? ¿Podrá aceptar que yo tome este vaso y me vaya de su casa sin una palabra más? ¿O le tienta la curiosidad demasiado? Piense antes de responder, porque se hará según lo que usted decida. Si decide que me vaya, quedará usted como estaba, ni más rico ni más sabio (como no sea en el sentido de que la ayuda a un hombre en desgracia puede contarse entre las riquezas del espíritu); pero si elige la otra opción, se abrirá para usted en este momento un nuevo ámbito de conocimiento y nuevos caminos hacia la fama y el poder, y deslumbrará sus ojos un prodigio capaz de hacer vacilar hasta al incrédulo Satán.

—Caballero —dije afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir—, no entiendo de enigmas y quizás no se sorprenda de que le escuche

sin grandes muestras de credulidad. Pero hemos ido demasiado lejos en esta historia para que la interrumpamos antes de su final.

—Muy bien —replicó mi visitante—, Lanyon, no olvides tu promesa; lo que vas a ver queda bajo el secreto de nuestra profesión y, ahora, tú que has estado tanto tiempo constreñido a los puntos de vista más estrechos y ramplones, tú que has negado el valor a la medicina trascendental, tú que te has burlado de los que son superiores a ti, ¡mira!

Puso en sus labios el vaso y se lo bebió de un golpe. Siguió un grito; giró sobre sí, vaciló, se aferró a la mesa y, con los ojos inyectados en sangre y respirando entrecortadamente con la boca abierta, y mientras lo miraba, ocurrió, creo que fue entonces, un cambio: parecía que se dilataba, su cara se ennegreció de pronto y sus rasgos parecieron disolverse y transformarse, y entonces yo me levanté y retrocedí de un salto hasta la pared con el brazo alzado como un escudo frente a aquel prodigio, anegado en terror.



—¡Dios mío! —grité—. ¡Dios mío! —Y lo repetí una vez y otra viendo frente a mí, pálido y tembloroso, medio desvanecido, tanteando el aire con las manos, como un hombre vuelto de la muerte, a Henry Jekyll.

Lo que él me dijo durante la hora siguiente no me siento ya con fuerzas para ponerlo en este escrito. Vi lo que vi y oí lo que oí, y mi espíritu quedó conmocionado; y aun ahora, cuando ya aquellas imágenes se han borrado en mis ojos, me pregunto si creo en ello, y no sé responder. Mi vida ha vacilado en sus fundamentos, el sueño me abandona, un temor mortal está conmigo todas las horas del día y de la noche. Siento que mis días están contados y que debo morir y aún moriré incrédulo, pues la degradación moral que aquel hombre desveló ante mis ojos, aunque fuera con lágrimas de penitencia, no puedo sentirla ni siquiera en la memoria, sin un estremecimiento de horror. Diré sólo una cosa más, Utterson, que (si es que puedes creerlo) será más que suficiente. La extraña criatura que penetró en mi casa aquella noche era, según la propia confesión de Jekyll, conocida por el nombre de Hyde y está perseguido por todos los rincones de la tierra como el asesino de Carew.

Hastie Lanyon



La confesión de Henry Jekyll

Nací en el año 18..., heredero de una gran fortuna, favorecido con excelentes dotes, inclinado por naturaleza al trabajo, sensible al respeto de los más sabios y honrados de mis semejantes y, por tanto, habría sido razonable pensar, con todos los augurios, un porvenir honrado y brillante. Y, ciertamente, la peor de mis faltas fue una disposición inquieta y alegre, la misma que dio la felicidad a muchos, pero que en mí resultó muy difícil conciliar con un deseo imperioso por sobresalir y arrojarme con la gravedad que distingue del común de la gente.

Por esto di en ocultar mis placeres, y cuando alcancé los años desde los que el hombre, reflexionando, vuelve sus pensamientos a su entorno y a sí mismo, buscando evaluar sus progresos y su posición en el mundo, yo estaba ya comprometido en dos cursos dispares de mi vida. Muchos hombres se habrían vanagloriado tanto de los desarreglos de mi conducta, como yo me sentía culpable por cometerlos; desde las altas miras que me había trazado me volvía a mirarlos y los ocultaba con un sentido de la vergüenza casi morboso. Fue, así, la rígida naturaleza de mis aspiraciones más que una particular depravación en mis faltas lo que me hizo ser lo que fui, por cuanto la misma frontera (más marcada en mí que en la mayoría de los hombres), que separaba en mí esos dos dominios del bien y el mal, era la misma que divide y conjunta la doble naturaleza humana. Mi caso me llevaba a reflexionar profunda e insistentemente sobre la dura ley de vida que se hunde en las raíces de lo religioso y que constituye uno de los manantiales más abundantes de sufrimiento.

A pesar de tan profunda dualidad, yo no me sentía hipócrita, mis dos partes eran totalmente espontáneas; no era menos yo cuando, apartados los frenos, me precipitaba en la vergüenza, que cuando trabajaba a la luz del día en los progresos del conocimiento o para aliviar a los infortunados y a los que

sufren; y ocurrió que la dirección de mis estudios, encaminados enteramente hacia lo místico y lo trascendental, vinieron a echar ahora luz sobre esta conciencia de una lucha indeclinable entre mis dos partes.

Día a día, desde ambos frentes de mi inteligencia, el moral y el intelectual, avanzaba con firmeza hacia esa verdad, cuyo parcial descubrimiento me sentenciaba a tan terrible naufragio: que el hombre no es verdaderamente uno, sino dos. Digo dos, porque mis conocimientos no han ido más allá de ese punto.

Otros seguirán, otros sobrepasarán estos conocimientos y me atrevo a predecir que el hombre finalmente será concebido como una sola comunidad de ciudadanos varios, discrepantes e independientes. Por mi parte, y porque así fraguó mi existencia, avancé infaliblemente en una dirección y sólo en una. Fue en el ámbito moral y en mi propia persona donde aprendí a conocer la cabal y primitiva dualidad humana; y vi que las dos naturalezas que contendían en el campo de mi conciencia podrían por separado ser yo, solamente porque yo era radicalmente ambas; y desde fecha muy temprana, antes incluso de que mis descubrimientos científicos me hicieran entrever la pura posibilidad de tal milagro, aprendí a cobijar con placer, como quien acaricia un sueño, la idea de separar estos elementos. Si cada uno, me decía, pudiera alojarse en una identidad distinta, la vida se aliviaría de todo lo insoportable; el inicuo hacia su camino degradado de las aspiraciones y los remordimientos de su intachable hermano; y el justo podría caminar recto y seguro por su senda complaciéndose en las buenas obras y no llevado a desgracias y penitencias por la mano de su otra ignorada maldad. La maldición sobre la humanidad era que estos haces incongruentes serían atados juntos (que en el seno atormentado de la conciencia contenderían sin descanso estos polos gemelos). ¿Cómo, pues, separarlos?

Aquí me tenían mis reflexiones, cuando una luz que llegaba de la mesa del laboratorio vino a remover el límite de mis ideas. Comencé a darme cuenta con más profundidad que nunca de la temblorosa inmaterialidad, la vaporosa inconsistencia de este cuerpo, en apariencia tan sólido, que nos reviste. Hallé ciertos agentes que tenían poder para sacudir y desasir esa vestidura de carne tal como el viento echa al aire las cortinas de los ventanales.

No entraré en honduras en este apartado científico de mi confesión por dos buenas razones. Primero, porque he aprendido que el destino y la carga de nuestra vida pesan siempre sobre las espaldas de los hombres y que, cuando se intenta sacudirlos, vuelven con peso más extraño y agobiante. Segundo,

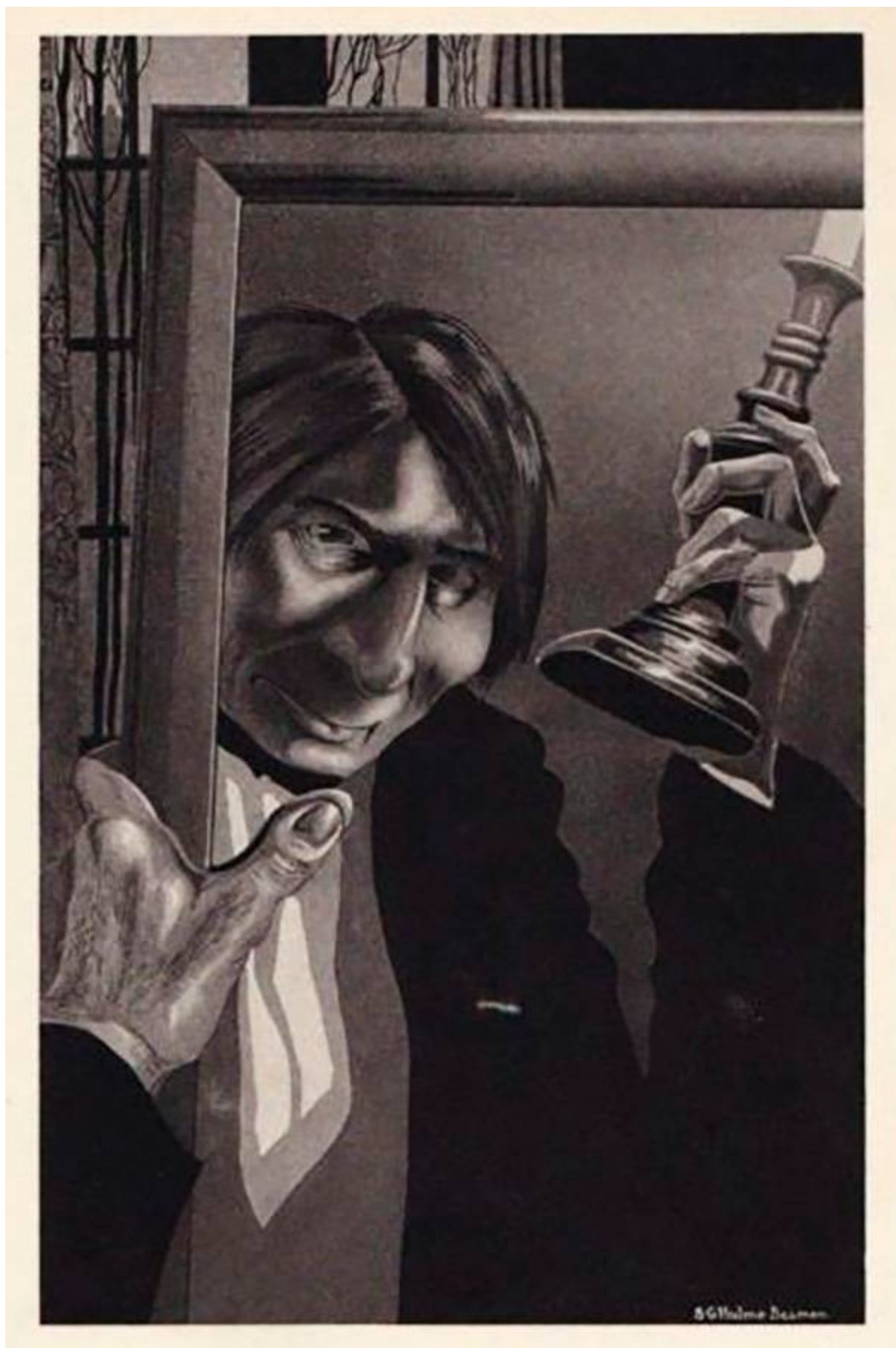
porque como resultará evidente en mi escrito, mis descubrimientos fueron incompletos. Baste decir que pude llegar no sólo a reconocer distintamente mi cuerpo natural como simple hálito o emanación de ciertos poderes de un espíritu, sino que logré fabricarme una pócima bajo cuyos efectos estos poderes serían destronados de su preeminencia y sustituidos por una nueva forma de organización aparejada de su nueva apariencia, que no me eran menos propias, pues constituían la expresión y se habían acuñado en los bajos fondos de mi alma. Dudé por mucho tiempo antes de llevar esta teoría a su práctica. Tenía conciencia de que arriesgaba la vida, pues una fuerza tal que sacudía y controlaba el formidable reducto de la misma identidad podría, por un mínimo cambio en la dosis o por una mala elección del momento adecuado, borrar de la existencia ese tabernáculo de puras formas, cuya alteración pretendía. Pero la tentación de un descubrimiento tan recóndito y único acalló por fin mis alarmas. Tenía mi tintura preparada desde hacía largo tiempo. Reuní enseguida, de una botica que vendía al por mayor, gran cantidad de una sal que, por mis experimentos, sabía que era el último ingrediente requerido, y, a altas horas de una noche maldita, mezclé los elementos, los miré bullir y humear juntos en la probeta, y, cuando la ebullición cesó, me armé de coraje y bebí la pócima.

Sentí la más desgarradora congoja: un rechinar de huesos, náuseas agónicas, y todo el horror que cabe al espíritu en las horas del nacimiento y de la muerte. Cuando estas angustias se aquietaron y volví en mí como si saliera de una grave enfermedad, sentí algo extraño en mis sensaciones, algo indescriptiblemente nuevo, de una novedad fragante. Me sentía más joven, ligero y gozando de plenitud física. Me vi lleno de una impetuosa osadía, de imágenes que se desordenaban en una corriente sensual como las atropelladas aguas del saetín de un molino, desatado de ataduras y deberes, y una desconocida, pero no inocente, libertad del alma. Me di cuenta, al primer aliento de mi nueva vida, de ser más perverso, mucho más, vendido como esclavo a mi propia maldad original; y recibí este pensamiento, entonces, como un vino tonificante y delicioso. Estiré mis brazos exultante de nuevas sensaciones y entonces me di cuenta de que había perdido mi estatura.

No había espejo entonces en mi habitación. El que cuelga tras de mí, mientras escribo, lo traje más tarde, destinado a esas transformaciones. La noche en tanto se había convertido en una madrugada (una madrugada preñada de negrura a punto ya de dar a luz el día) y los criados de mi casa estaban sumidos en su sueño, y determiné, embriagado como iba entre la esperanza y el triunfo, aventurarme hasta mi dormitorio con mi nueva forma.

Crucé el patio, con aquella constelación de estrellas, pensaba, mirándome pasar, asombradas de ver la primera criatura de una nueva mutación, que su permanente vigilia aún no les había revelado. Me deslizaba por los pasillos extraño en mi propia casa y, tras llegar a mi dormitorio, pude ver, por vez primera, la imagen de Edward Hyde.

Voy a expresarme ahora a nivel teórico, diciendo no sólo lo que pensé, sino también lo que supongo como más probable. La parte maligna de mi naturaleza, a la que ahora confiaba la ejecución de actos, era menos robusta y menos desarrollada que la parte buena que yo había depuesto. En el curso de mi vida, que ha sido, después de todo, en sus nueve décimas partes, una vida de esfuerzo, virtud y autocontrol, la parte del mal había sido menos ejercitada y menos sometida a desgaste. De ahí que yo me convertía en Edward Hyde más pequeño, más ágil y más joven que Henry Jekyll. Ese mal, además (que aún hoy creo que es la parte del hombre condenada a la muerte), había dejado en el cuerpo una impronta de deformidad y ruina. Y sin embargo, ante aquella fea imagen del espejo no sentía repugnancia, sino, más bien, un calor de bienvenida. Yo era también ése. Era algo humano y natural. Tenía ante mis ojos una imagen real del espíritu, más directa y simple que mi cotidiana apariencia, más imperfecta y dividida, que, por costumbre, llamaba mía. Y en eso no me equivocaba. He observado que cuando revestía la apariencia de Edward Hyde nadie podía acercárseme sin experimentar un patente recelo físico, y esto era así, llegué a pensar, porque los seres humanos, tal como los vemos, son un compuesto del bien y del mal, siendo Edward Hyde el único de los hombres que era mal puro. Yo había permanecido apenas un instante al espejo; ahora debía arrostrar el segundo y decisivo experimento. Aún no sabía si había perdido mi personalidad definitivamente y debería huir antes de amanecer de una casa que ya no sería la mía; retorné apresurado al gabinete y de nuevo dispuse y bebí la copa, de nuevo sufrí las angustias de la transformación y recuperé el sentido con la personalidad, la estatura y el rostro de Henry Jekyll.



Aquella noche llegué a la fatídica cruz que formaban los dos caminos. Si hubiera llevado a cabo mi experimento con ánimo más noble, si me hubieran empujado al riesgo del experimento aspiraciones generosas y buenas, los resultados hubieran sido distintos y, de aquellas angustias de muerte, yo habría nacido un ángel y no un demonio. La acción de la pócima no era discriminante, no era ni diabólica ni divina; sólo rompía las puertas de una prisión ante la disposición que yo presentaba, como los cautivos de Philippi^[6], que podían huir si estaban preparados junto a la puerta en aquel momento. Solía ocurrir que mi virtud dormitaba; mi mal en ambiciosa vigilia se mantenía alerta y presto a la oportunidad; y así aparecía Edward Hyde. En lo sucesivo, aunque teniendo dos personalidades y sus dos apariencias, una era exclusivamente mal y la otra un compuesto incongruente, aquel envejecido Henry Jekyll, de cuyo arreglo y mejora yo ya había desistido.

La balanza se había inclinado del lado de mi parte peor.

Por entonces no había superado aún mi aversión por la avidez del trabajo intelectual. Continuaba siendo un hombre jovial y, como mis placeres eran (por lo menos) indignos, y yo ya entraba, bien conocido y considerado socialmente, en la madurez, esta incoherencia de mi vida se hacía cada vez más irritante. Aquí incidió la tentación de mi nuevo poder hasta que me hizo su esclavo. No tenía más que beber la copa para despojarme en instantes del cuerpo del conocido profesor y vestir, como un grueso gabán, el de Edward Hyde. Sonreía a la idea que tenía, pensé entonces, su lado humorístico, y me entregué concienzudamente a disponerlo todo.

Alquilé y amueblé aquella casa de Soho adonde llegó la policía siguiendo la pista de Hyde. Contraté como ama de llaves a una persona que conocía bien como callada y sin escrúpulos. Por otra parte, hice saber a mis criados que un tal señor Hyde (a quien describí) gozaría de plenos poderes y libertad en mi casa. Para evitar percances frecuenté la casa con la apariencia de Hyde hasta convertirlo en una presencia familiar. A continuación redacté aquel testamento que tantas objeciones te provocara, para que, si algo me sucedía en la persona del doctor Jekyll, pudiera entrar en la de Edward Hyde sin pérdidas. Así me hice una muralla, eso creí, a mi alrededor, y comencé a disfrutar los singulares privilegios de mi situación.

Los hombres han asalariado con frecuencia a rufianes para cometer sus crímenes, manteniendo a cubierto su propia seguridad y reputación. Pero yo era el primero que hacía eso mismo por placer. El primero que podía permitirse pasear públicamente con aires de condescendiente distinción y luego, un momento después, echarse al mar de la libertad como el chiquillo de

escuela que desnudándose de ropa y deberes se arroja de cabeza al agua. Un impenetrable anonimato me daba una seguridad completa. Imagínate. Ni siquiera existía.

Déjame llegar a la puerta de mi laboratorio, dame unos segundos para mezclar y beber la poción, siempre lista y, no importa qué haya hecho, el señor Hyde se desvanecerá como un vaho de aliento en el espejo. Y allí, en su lugar, graduando en el sosiego de su casa la lámpara de su estudio, estaría un hombre que podía permitirse ignorar las sospechas, estaría Henry Jekyll.

Los placeres procurados bajo mi disfraz eran, como dije, indignos. Ciertamente ése era su justo término. Pero en las manos de Edward Hyde pronto las riendas fueron sacudidas y tornadas hacia la aberración. Volviendo de estas excursiones, me asombraba a menudo de la degradación de mi asociado. Este ser afín, que yo había llamado del seno de mi propia alma y a quien concedí toda la anchura que pedían sus excesivos placeres, era un ser inherentemente maligno y villano, en quien cada acto y pensamiento tenía por único centro a sí mismo, bebiendo ávido su placer bestial en la tortura de otros, implacable como un hombre de piedra. Henry Jekyll se horrorizaba a veces ante los actos de Edward Hyde, pero esta situación estaba tan al margen de las leyes ordinarias, que insidiosamente excusaba la acción de la conciencia. Después de todo, era Hyde y sólo Hyde el culpable. Jekyll no se había hecho peor; cuando se levantaba de nuevo, sus buenas cualidades estaban aparentemente intactas; hubiera deseado incluso correr a remediar, como pudiera, el daño hecho por Hyde. Así se fue adormeciendo su conciencia.

No tengo intención de entrar en detalles de las infamias en las que resultaba cómplice (pues ni siquiera hoy puedo confesar que fueron mías). Sólo trato de señalar los pasos y los sucesivos avisos con que mi castigo venía acercándose. Tuve un accidente que como no me trajo graves consecuencias sólo voy a mencionar. El acto de crueldad hacia una niña provocó contra mí las iras de un transeúnte, a quien el otro día reconocí en la persona de un pariente tuyo; enseguida se unieron el médico y algunos familiares de la niña; fueron momentos en que temí por mi vida; y, al fin, Edward Hyde, para calmarlos en su justa indignación, tuvo que traerles hasta la puerta de su casa y pagarles con un cheque a nombre de Henry Jekyll. Estos riesgos fueron eliminados en lo sucesivo abriendo una cuenta en otro banco a nombre de Edward Hyde; tras esto, y cuando proveí a mi doble con caligrafía propia echando mi escritura hacia atrás, pensé que quedaba a salvo de las consecuencias de cualquier azar.

Unos dos meses antes del asesinato de sir Danvers había salido a una de mis aventuras y vuelto muy tarde, despertando a la mañana siguiente envuelto en extrañas sensaciones. Miré en vano a mi alrededor, vi también en vano la elegancia de los muebles y los altos techos de la habitación de mi casa, en vano reconocía el dibujo de las cortinas y la talla de caoba del dosel de mi cama, porque algo me decía que no estaba donde estaba, que yo no había despertado donde creía sino en la pequeña habitación de Soho en donde acostumbraba a dormir en el cuerpo de Edward Hyde. Sonreí para mí y, tal como solía analizar otras frecuentes bromas de mi singular estado síquico, busqué aún medio dormido enhebrar los hilos de esta ilusión en el sopor confortable de la mañana. Aún le estaba dando vueltas, cuando en uno de los momentos en que abría los ojos a la lucidez vi mi mano. La mano de Henry Jekyll (te habrás fijado muchas veces) era la mano de un médico profesional en forma y en tamaño: grande, firme, blanca, proporcionada. Pero la mano que vi ahora con claridad a la tibia luz de la mañana londinense, descansando entreabierta sobre la colcha, era flaca, nervuda, de nudillos salientes y palidez cenicienta, sombreada de un vello espeso y abundante. Esta era la mano de Edward Hyde. Debí quedarme mirándola cerca de medio minuto, sumido en esa estupidez que marca el asombro, antes que el temor se despertara en mi pecho súbito y desconcertante como el golpe de unos timbales. Salté de mi cama y corrí al espejo; lo que vieron mis ojos hizo correr por mi sangre algo de filo helado. Sí, me había acostado Henry Jekyll y me había despertado Edward Hyde. ¿Cómo es posible?, me preguntaba a mí mismo, y ¿qué solución tenía?, pensaba en otro sobresalto de temor. Era ya bien entrada la mañana, los criados estaban por la casa, todas mis drogas guardadas en el gabinete. Para llegar a él debería bajar dos tramos de escaleras, recorrer un oscuro pasillo, cruzar el patio abierto y el quirófano; recorría en mi mente este largo camino paralizado por el temor. Ciertamente me podría cubrir el rostro, pero ¿de qué serviría, si me era imposible ocultar el cambio de estatura? Fue en ese momento cuando, con una infinita sensación de alivio, caí en la cuenta de que los criados estaban ya acostumbrados a las idas y venidas de mi segundo yo. Me vestí lo mejor que pude, rápidamente, con ropas de mi propio tamaño y así me aventuré por la casa, donde encontré a Bradshaw echando un paso atrás, atónito de ver al señor Hyde a estas horas con tan rara vestimenta; pero diez minutos después el doctor Jekyll recobraba su propia apariencia, estaba sentado con sombría expresión, dispuesto a fingir que tomaba su desayuno habitual.

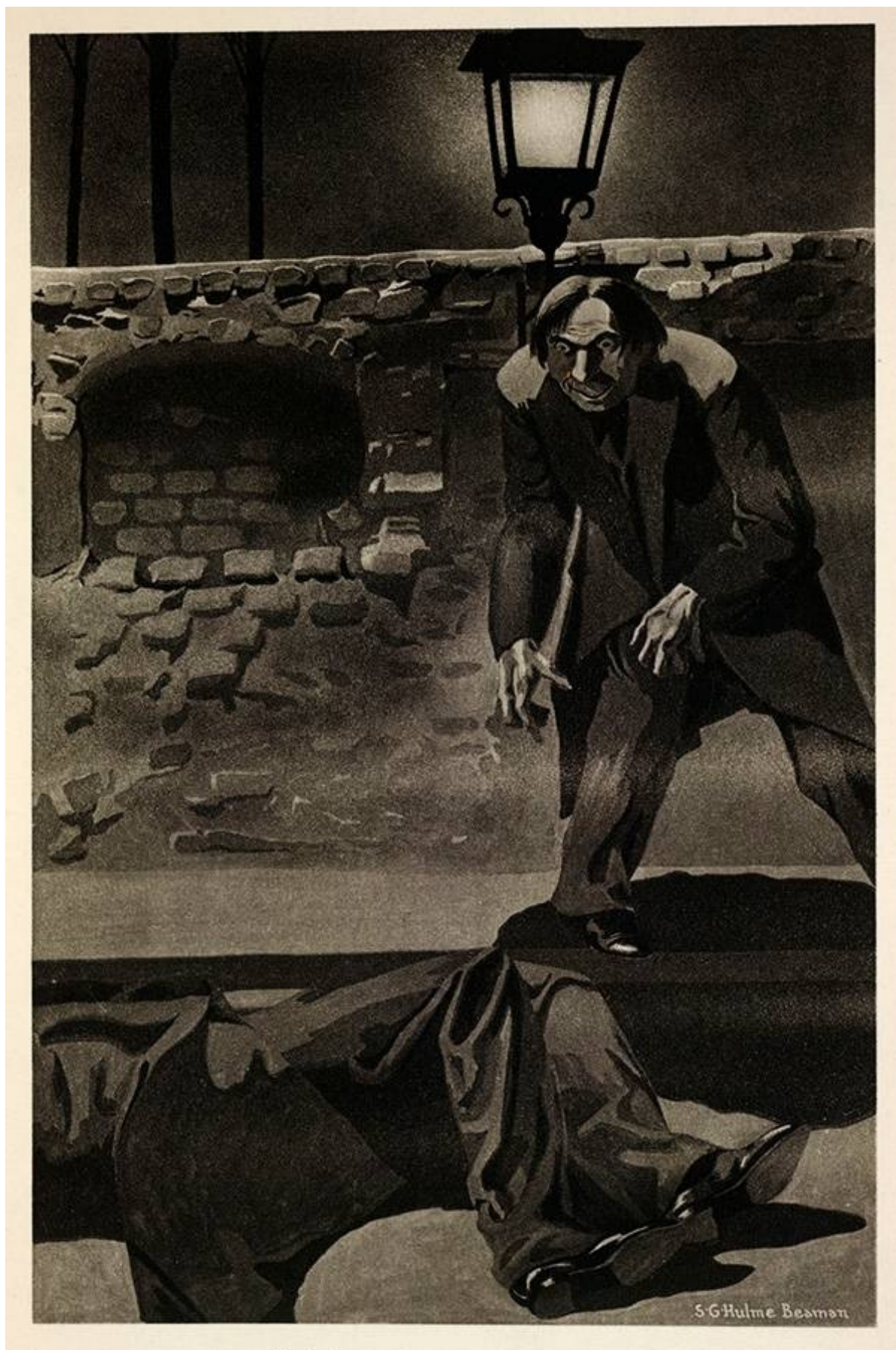
Escaso era, en verdad, mi apetito. El accidente inexplicable, este revés de mi experiencia previa parecía deletrear, como los dedos que escribían sobre aquella pared de Babilonia, la sentencia de mi juicio. Comencé a reflexionar más sensatamente que antes sobre las consecuencias, y lo que cabría esperar de mi doble existencia. Aquella parte de mi ser, que yo tenía el poder de proyectar, había sido últimamente muy ejercitada y alimentada; me llegaba a parecer que el cuerpo de Edward Hyde incluso había aumentado de estatura, y que, cuando me hallaba bajo su apariencia, el flujo de mi sangre era más vital. Atisbaba el peligro de que, si esta situación se prolongaba mucho, la balanza de mi naturaleza se volcaría definitivamente al lado de Hyde, que perdería el control sobre el poder de transformarme, y que la personalidad de Edward Hyde acabaría siendo irrevocablemente la mía. El poder de la droga no se había manifestado siempre por igual. Una vez, al principio de mis experiencias, me había fallado totalmente. Desde entonces me vi obligado en más de una ocasión a doblar y otra vez, arriesgando mi vida, a triplicar la dosis. Tales accidentes notorios habían sido hasta entonces las únicas sombras sobre mis éxitos. Ahora, sin embargo, alentado por lo ocurrido en la mañana, hube de admitir que, si bien en un principio la dificultad había sido desprenderse del cuerpo de Jekyll, luego, gradualmente pero de forma irreversible, se convertía en la transformación inversa. Todo me parecía apuntar a esto: que lentamente estaba perdiendo el control de mi original y mejor personalidad y que me incorporaba a la segunda y peor.

Sentí ahora que debía elegir una de ellas. Mis dos naturalezas compartían mi memoria, pero las otras facultades se repartían entre ellas de modo desigual. Jekyll (que era un compuesto), que en un momento era permeable a las más sensibles aprehensiones y, en otros, se movía en ávidos deleites, se proyectaba y compartía las aventuras y planes de Hyde; pero, a Hyde, Jekyll le resultaba indiferente o lo recordaba como el bandido de la sierra recuerda la cueva en donde se oculta de sus perseguidores. Jekyll sentía algo más que un interés de padre; Hyde no llegaba a tener la indiferencia de los hijos. Unir mi suerte a Jekyll significaba el fin de aquellos apetitos con los que había sido tan indulgente y hasta había mimado por tanto tiempo. Echar mi suerte del lado de Hyde era el fin de innumerables intereses y aspiraciones, y convertirme, de una vez por todas, en un hombre sin amigos. Esto parecían ofrecer mis alternativas, pero aún restaba otra consideración que podría sopesarse, y es que, si Jekyll se abrasara en el fuego de su abstinencia, Hyde no conservaría conciencia de lo que había perdido. Aunque mis circunstancias se presenten como singulares y extrañas, son los extremos de un dilema tan

viejo y común como el mismo hombre. Tentaciones y dudas semejantes rigen los destinos de cada pecador tentado y temeroso hasta su muerte. Y a mí me ocurrió lo que suele ocurrir a la inmensa mayoría de mis semejantes: que elegí el bien y no me hallé con fuerzas para llevarlo a cabo.

Sí, tomé partido por el maduro e inquieto doctor, rodeado de amigos y con la ilusión confiada a honestas esperanzas; dejé caer con un definitivo adiós las riendas de mi libertad, renuncié a mi otra juventud, a la ligereza de vida y a los violentos impulsos y secretos placeres que había disfrutado oculto en Hyde. Quizás tomaba esta decisión con una inconsciente reserva, pues no cancelé el arriendo de la casa de Soho ni me deshice de las ropas de Edward Hyde, todavía guardadas en mi gabinete. Durante dos meses mi vida fue más estricta y severa que nunca y sentí en compensación el gozo de una conciencia tranquila. Pero el tiempo empezó más tarde a entibiar mis temores, la aprobación de mi conciencia se anulaba en su propio hábito; empecé a atormentarme con angustias y ansias, como si Hyde se debatiera por su libertad; y, al fin, en unas horas de debilidad moral, hice la mezcla de nuevo y la bebí. Supongo que, cuando el borracho razona conmigo mismo sobre su vicio, ni una vez entre mil se conmueve por los riesgos que corre con su brutal insensibilidad; tampoco yo, por mucho que reflexionaba sobre mi estado, reconocía el mal que constituían los rasgos dominantes de Edward Hyde. Por ellos vendría mi castigo. Mi demonio, enjaulado durante tanto tiempo, rugía. Me di cuenta, al tomar la droga, de unos impulsos al mal más violentos e irrefrenables. Esto debió ser lo que creo que levantó en mi alma aquella tempestad de impaciencia con que escuchaba las palabras corteses de mi desgraciada víctima, y puedo, al menos, decir ante Dios que ningún hombre cuerdo podría haber cometido aquel crimen por una provocación tan inocente, y que golpeaba en un estado de razón no más sensato que el del niño enfermo que rompe un juguete. Pero yo me había despojado voluntariamente de todas aquellas tendencias reguladoras por las que incluso lo peor de nosotros continúa conduciéndose con algún grado de equilibrio entre las tentaciones; en mi caso, ser tentado aún por un mínimo estímulo, era caer. Inmediatamente despertó en mí un espíritu infernal embravecido. Apaleé el cuerpo inerme en un éxtasis de gozo, gustando con delicia cada golpe; y hasta que el cansancio empezó a alcanzarme, no me asaltó el corazón, en el arrebató de mi delirio, un súbito estremecimiento de temor. La niebla se dispersó y vi mi vida sentenciada; huí de la escena de aquellos horrores con una excitación que compartían gozo y miedo, mis ansias de mal cumplidas y avivadas, mi amor a la vida enroscado hasta la más alta muesca. Corrí a la casa de Soho, y

(para poner mi seguridad a buen recaudo) destruí mis papeles; de allí me eché a caminar por las calles iluminadas por la luz de las farolas, con la atención todavía dividida y excitada en aquellos sentimientos dispares que me hacían gozar de mi crimen y entrever los otros que cometería y, al mismo tiempo, sentirme ungido y jaleado en la conciencia por los pasos del vengador.



Hyde bebió la poción sin deshacer su sonrisa y brindó la copa al hombre que había matado. Todavía no le habían abandonado los estertores de la transformación cuando Henry Jekyll, corriéndole lágrimas de gratitud y remordimiento, había caído de rodillas y alzaba sus manos entrelazadas a Dios. El velo de la tolerancia se había rasgado de la cabeza a los pies; vi toda mi vida en una escena: podía ver aquellos días de mi niñez, cuando caminaba de la mano de mi padre, las renunciaciones y trabajos de mi vida profesional, para volver una y otra vez, con la misma sensación difusa de irrealidad, a la visión de los malditos horrores de aquella madrugada. Sentía la necesidad de gritar, intentaba con lágrimas y oraciones contener la procesión de espantosas imágenes y sonidos con que mi memoria testificaba contra mí, pero aún entre las súplicas se asomaba a mi espíritu el feo rostro de mi iniquidad. Cuando este remordimiento lacerante se atenuaba con el paso de los días, vino a sucederle un sentimiento de gozo. Hyde era imposible de aquí en adelante; de grado o por fuerza me hallaba ahora confinado en la mejor parte de mi existencia, y ¡cómo me alegraba pensarlo!, ¡con qué espontánea humildad abracé de nuevo las restricciones de mi vida natural!, ¡con qué sincera renuncia cerré la puerta de mis idas y venidas y aplasté contra el suelo la llave bajo mi calcañar!

Al día siguiente me llegó la noticia de que había testigos del asesinato, que la culpabilidad de Hyde era conocida de todos y que la víctima era un hombre respetado y de prestigio. No había sido sólo un crimen, se trataba también de una locura trágica. Creo que me alegró saberlo, me alegraba tener mis buenos sentimientos así protegidos y a cubierto de los terrores del cadalso. Jekyll era ahora el bastión de mi refugio; que Hyde asome la cabeza un segundo y toda la ciudad se levantará para cogerlo y matarlo.

Decidí redimir el pasado con mi conducta futura, y puedo decir honestamente que mi decisión dio algunos frutos. Tú mismo sabes con cuánto empeño trabajé en los últimos meses del año pasado por aliviar sufrimientos; sabes que hice mucho por los demás y que aquellos días pasaban sosegadamente, casi felices, para mí. Sinceramente no puedo decir que hallara fastidiosa esta vida benéfica e inocente, creo, al contrario, que día a día disfrutaba más; pero aún sentía dos cursos de dobles intereses atravesarme; y tan pronto como se agotó el primer impulso de mi penitencia, mi parte más baja, tanto tiempo consentida, tan recientemente encadenada, empezó a bramar por licencia. No es que yo soñara con resucitar a Hyde, cuya sola idea me atemorizaba; no, fue en mi propia persona donde sentí ahora la tentación

de jugar con mi conciencia, y así, como cualquier pecador secreto, caí finalmente ante los asaltos de la tentación.

Pero todo tiene su fin. La medida más grande se colma, y esta fugaz condescendencia con mi mal desequilibró la balanza de mi alma. Aun así, no me sentí alarmado; la caída parecía natural, como un retorno a los días anteriores a mi descubrimiento. Era un hermoso día de enero, claro y húmedo bajo las pisadas en la escarcha derretida, sin nubes en el cielo; Regent's Park se llenaba de pájaros invernales y el aire estaba penetrado por olores de primavera. Me senté en un banco al sol; el animal que hay en mí codiciaba su carnaza en mi memoria; la parte espiritual, un poco adormecida, prometía penitencia sin decidirse a comenzarla. Después de todo, reflexionaba, yo era como mis semejantes; y sonreí en ese momento comparándome con los otros hombres, comparando mi bondad lúcida con la crueldad perezosa de su pasividad. Y en ese mismo instante de mi vanagloria sufrí un desfallecimiento, horribles náuseas y sacudidas mortales. Luego me sentí exhausto, y aún no me había recuperado de mi desmayo, cuando comencé a darme cuenta de un cambio en el tono de mis pensamientos, una crecida osadía, un desprecio del peligro, al desanudarse de las ataduras del deber. Bajé la vista, mis ropas colgaban informes sobre mis miembros mermados; la mano que descansaba sobre mi rodilla era correosa y peluda. Una vez más era Edward Hyde. Un momento antes tenía el respeto de todos, era rico, querido (los manteles puestos en mi casa para la cena); y ahora me convertía en la presa común de la humanidad, acosado, errante, un asesino famoso, carne de horca.

Mi razón vacilaba, pero no me abandonó totalmente. Había observado a menudo que, en mi segundo carácter, mis facultades parecían agudizarse y que mis capacidades se tensaban con más elasticidad, y así resultaba que donde quizás Jekyll habría sucumbido Hyde se mantenía a la altura de las circunstancias. Mis drogas estaban en uno de los armarios de mi gabinete, ¿cómo hacerme con ellas? Ese era el problema que (apretando las sienes entre las manos) me propuse resolver. La puerta del laboratorio estaba cerrada. Si pretendía entrar por la casa, mis criados me entregarían a la horca. Tenía que contar con otro hombre, y pensé en Lanyon. ¿Cómo iba a llegar hasta él? ¿Cómo convencerle? Suponiendo que yo escapara de ser apresado en las calles, ¿cómo un visitante desagradable y desconocido induciría a un famoso médico para que saqueara el despacho de su colega, el doctor Jekyll? Recordé entonces que permanecía en mí una parte de mi personalidad original, podía

escribir con mi propia letra; y tan pronto como se iluminó en mí la chispa de esta idea, el camino que debía seguir me apareció nítido del principio al fin.

Así pues, me arreglé la ropa lo mejor que pude, alquilé un coche y nos dirigimos a un hotel en la calle Portland, cuyo nombre recordaba casualmente. A mi vista (por cierto bastante cómica, aunque aquellas vestimentas ocultaran un destino trágico) el cochero no pudo disimular su regocijo. Me rechinaron los dientes en un arrebato de cólera demoníaca, y la risa le desapareció del rostro (felizmente para él) y aún más felizmente para mí, pues en otro momento le habría arrojado de su pescante.

En el hotel, al entrar, miré en derredor con tan sombrío continente, que los empleados se estremecieron; no se atrevieron ni a mirarse en mi presencia, pero acataron sumisamente mis órdenes, me condujeron a una habitación y trajeron con qué escribir. Hyde, cuando su vida estaba en peligro, resultó una criatura nueva para mí: sacudido por arrebatos desordenados, tenso hasta el punto de hacerse un asesino, ansioso del tormento de sus semejantes. Pero antes que nada era astuto; controló su furia con un gran esfuerzo de voluntad; escribió dos cartas, una a Lanyon y otra a Poole, y, para asegurarse de la realización de sus deseos, dio, además, orden de que las certificaran.

Desde ese momento permaneció todo el día sentado al fuego en su habitación, mordiéndose las uñas en la espera; allí cenó, a solas con sus temores, frente a un camarero que temblaba visiblemente a su vista; y luego, cuando se hizo de noche cerrada, se confió a la oscuridad de un coche cerrado y fue sin norte por toda la ciudad. «Él», digo, no puedo decir «yo». Aquella criatura del infierno no alentaba nada humano; nada sino miedo y odio. Cuando, al fin, pensando que las sospechas cebaban la mente del cochero, se apeó del coche y se aventuró a pie, vestido con aquellas ropas desmañadas, que eran un reclamo ridículo para el deambular nocturno, aquellas bajas pasiones se encrespaban en su interior como una tempestad. Caminaba aprisa, acosado por sus miedos, farfullando consigo mismo, deslizándose por las callejas más solitarias, contando los minutos que le separaban de la medianoche. En un momento dado le habló una mujer, creo que para ofrecerle cerillas; él la abofeteó y ella huyó.

Cuando recuperé mi propia personalidad en casa de Lanyon, quizás me afectó el horror que ante mí había mostrado mi viejo amigo; no lo sé; o, si fue así, no era sino una gota más en el mar de horrores en que viví anegado aquellas horas. Pero algo cambió en mí. No era ya el temor a la horca lo que me angustiaba, sino el horror de convertirme en Hyde. Recibí las condenas de Lanyon medio en sueños, y, también medio en sueños, vine a casa, a mi

propia casa, y me metí en la cama. Postrado por las vivencias del día, dormí tan profundo sueño, que no pudo romper ni el giro turbulento de mis pesadillas. Por la mañana desperté quebrantado y débil, pero rehecho. Odiaba y temía aún al bruto que dormía en mí, y no había olvidado, naturalmente, los terribles riesgos del día anterior; pero ahora, de nuevo, estaba en casa, en mi propia casa, cerca de mis drogas; y brillaba con tanta intensidad en mi alma la gratitud por mi liberación, que casi rivalizaba con el resplandor de la esperanza.

Paseaba tranquilamente por el patio después del desayuno, aspirando con delicia la frescura del aire, cuando nuevamente fui atenazado por aquellas indescriptibles sensaciones que anunciaban el cambio; apenas tuve tiempo de alcanzar mi gabinete, antes que las pasiones de Hyde me desataran la rabia y la violencia. Esta vez necesité tomar una dosis doble para recuperar mi personalidad, y, ¡ay!, seis horas más tarde, cuando miraba sentado con tristeza el fuego, los estertores retornaron y hube de tomar de nuevo la droga. En suma, desde ese día parecía que sólo por un gran esfuerzo, casi atlético, y sólo bajo el estímulo inmediato de la droga, podía revestir las apariencias de Jekyll. A cualquier hora del día o de la noche podía verme sorprendido por el estremecimiento premonitor; sobre todo, si dormía, o aun si sólo dormitaba un momento en mi silla, siempre despertaba Hyde. Bajo la continua tensión de esta sentencia suspendida y el insomnio a que ahora me obligaba a mí mismo, ¡ay!, hasta más allá de los límites que es capaz un ser humano, me convertí, en mi propia personalidad, en una criatura consumida y vaciada por la fiebre, lánguida y débil en cuerpo y mente, y obsesionada por un único pensamiento: el horror de mi otro yo. Pero, cuando dormía o porque la acción de la droga se debilitaba, tendía casi sin transición (pues los estertores de la alteración eran cada vez menos marcados) a ser presa de una fantasía rebosante de imágenes horribles, un alma hirviente de odios infundados y un cuerpo que no parecía ser capaz de contener aquellas rabiosas corrientes de vida. Los poderes de Hyde parecían haberse fortalecido con la debilidad de Jekyll. Y, ciertamente, el odio que ahora los dividía era igual en ambas partes. Para Jekyll se trataba de un instinto de supervivencia. Había visto la total deformidad de aquella criatura que compartía con él algunos de los fenómenos de la conciencia y que a medias con él heredaría su muerte; aparte de esos lazos comunes, los más responsables de su congoja, pensaba que Hyde, a pesar de su vitalidad, era algo no sólo malvado, sino inorgánico. Esto era lo inquietante, que el limo del pantano articulara gritos y voces; que el polvo informe gesticulara y pecase; que lo muerto y sin forma se arrogase los atributos de la vida. Y ese

horror insurrecto estaba atado a él con más intimidad que una esposa, que el propio ojo; enjaulado en su carne, en la que le oía gemir y sentía que forcejeaba por ser alumbrado a la vida; y en cada hora de debilidad, y en las entregas del sueño, prevalecía contra él y lo echaba de su vida. El odio de Hyde por Jekyll era de distinta naturaleza. Su miedo a la horca le hacía continuamente suicidarse y retornar a su subordinación de ser parte en vez de persona; pero detestaba esa necesidad, como detestaba el desaliento que postergaba a Jekyll, resentido además por el fastidio con que se sentía mirado por él. De aquí las artimañas simiescas que usaba contra mí, garabateando blasfemias sobre las páginas de mis libros aprovechando mi propia letra, quemando cartas y destrozando el retrato de mi padre; y, ciertamente, de no haber sido por el miedo que tenía a la muerte habría arruinado su vida hace tiempo con tal de arruinar con ello la mía.



Pero su amor a la vida es asombroso. Diré más: yo, que enfermo y siento escalofríos al pensar en él, cuando pienso en la miseria y la pasión de esta solidaridad, sabiendo además cómo teme que yo pueda cortar su vida con mi suicidio, no puedo sino sentir piedad por él en el fondo de mi corazón.

Es inútil prolongar esta descripción, y me falta tiempo. Nadie sufrió nunca tales tormentos, y ya es suficiente que quede dicho. Y esos tormentos, sin embargo, me han traído (¡no, no alivio!), pero sí un cierto encallecimiento del alma, una aquiescencia en la desesperación; mi castigo pudiera haberse aplazado durante años, a no ser por la última desgracia que me despojó, al fin, de mi propio rostro y naturaleza. Mi provisión de sales, que nunca renové desde la fecha del primer experimento, empezó a agotarse. Envié por una nueva remesa y mezclé la pócima; la ebullición tuvo lugar, y el primer cambio de color pero no el segundo; la bebí y no dio resultado. Sabrás por Poole cómo revolví todo Londres; fue en vano. Creo ahora que mi primera remesa era impura y que fue esa imprevista impureza lo que hizo eficaz la droga.

Ha transcurrido aproximadamente una semana y estoy dando fin a esta confesión bajo los efectos de las últimas sales primitivas. Esta es, pues, la última hora, salvo que ocurra un milagro, en que Henry Jekyll puede pensar sus propios pensamientos o ver su propio rostro (¡qué penosamente cambiado ahora!) en el espejo. No debo tardar demasiado en dar un final a este escrito, pues, si mi relato escapó hasta ahora de ser destruido, fue por una combinación de cautela y suerte. Si las angustias de la transformación me hubieran llegado escribiéndolo, Hyde lo habría roto en pedazos, pero, si consigo un tiempo después de escribirlo, su asombroso egoísmo y su limitación a lo presente probablemente lo salve de nuevo de su despecho simiesco. Ciertamente el destino que nos cerca a ambos le ha cambiado y abatido. Dentro de media hora, cuando de nuevo, y ya definitivamente, me haya incorporado a esa odiosa personalidad, sé que me sentaré tembloroso y llorando en mi silla, o que continuaré, anegado en la tensión y el miedo de escuchar un sonido amenazador, paseando de arriba abajo este cuarto (mi último refugio en la tierra). ¿Morirá Hyde en la horca?, o ¿hallará el coraje de desprenderse de sí mismo en el último momento? Dios lo sabe. A mí no me importa; ésta es la verdadera hora de mi muerte, y la continuación de esto no me concierne ya a mí, sino a otro. Aquí, pues, cuando deje la pluma y selle mi confesión, pongo fin a la vida de Henry Jekyll.



Olalla

—Bueno —dijo el doctor—, mi trabajo está terminado; y bien terminado, añadiría yo, no sin cierta vanidad. Sólo queda sacarle a usted de esta fría y enfermiza ciudad, y sugerirle dos meses de aire puro y una tranquila recuperación. Lo último es asunto suyo; en cuanto a lo primero, creo que puedo ayudarle. La verdad es que todo se ha desarrollado de una manera bastante extraña. No hace ni un par de días que el Padre regresó del campo, y como él y yo somos viejos amigos, aunque de profesiones opuestas, acudió a mí para algo relacionado con la desgracia de alguno de sus feligreses. Se trataba de una familia... bueno, usted no sabe nada de España y desconoce por completo los nombres de nuestros nobles; bástele saber tan sólo que fueron gente importante durante un tiempo y que ahora se encuentran al borde de la más absoluta miseria. No les queda más que una casona y algunas leguas de monte agreste, en cuya mayor parte ni una cabra podría sobrevivir. Pero la casa es un edificio antiguo muy hermoso, enclavado a considerable altura entre las colinas y en sitio muy sano; tan pronto como supe la historia de mi amigo, me acordé de usted. Le conté que tenía a un oficial herido (de los nuestros, le aclaré), que necesitaba con urgencia cambiar de aires, proponiendo a sus amigos que le recibieran como inquilino durante una temporada. Al oír esto, el rostro del Padre se ensombreció tal como había previsto que sucediera. «Ni pensarlo», afirmó concluyentemente. «Entonces —le dije—, que se mueran de hambre», ya que no siento especial simpatía por orgullos tan pobretones, y nos separamos inmediatamente después, no muy contentos el uno con el otro. Pero ayer, para mi asombro, regresó y dio conformidad a mi proposición: el problema no era tan difícil como había temido, es decir, que tales personas tan soberbias se habían metido el orgullo en el bolsillo. Cerré el trato y, contando con su aprobación, hice que dispusieran su alojamiento en aquella gran mansión que tienen por casa. El aire de esas montañas le renovará la sangre, y la tranquilidad de la que va a disfrutar le beneficiará más que todas las medicinas del mundo.

—Doctor —dije yo—, usted ha sido durante todo este tiempo mi ángel de la guarda y sus consejos son buenos; pero, por favor, dígame algo sobre la familia con la que voy a vivir.

—Iba a hacerlo —replicó mi amigo—, porque en cierta manera existe un problema. Esos pobretones son, como ya le he dicho, descendientes de una familia muy importante y están llenos de una absurda vanidad. Durante generaciones han vivido en creciente aislamiento tanto de los nuevos ricos, quienes han logrado colocarse por encima de ellos, como de los pobres, a los que siguen considerando demasiado bajos; e incluso hoy, cuando la pobreza les fuerza a abrir su puerta a un huésped, no pueden hacerlo sin una condición sobradamente desagradable. Tendrá usted que seguir siendo un extraño, piensan ellos; le atenderán, pero rechazarán desde el principio la idea de la más mínima intimidad.

No negaré que aquello me hirió en mi amor propio e intensificó mi deseo de ir, puesto que estaba convencido de que rompería la barrera, si así lo deseaba.

—Esa condición no me ofende —dije—, y hasta simpatizo con el sentimiento que la inspira.

—No hay duda de que a usted no le han visto nunca —replicó muy cortésmente el doctor—, pero si supieran que era el más apuesto y simpático de los hombres llegados de Inglaterra (en donde, me consta, abundan los hombres guapos, pero no tanto la gente simpática), le recibirían mucho más afablemente. No hablemos más del asunto, ya que usted se lo toma tan alegremente. A mí, en realidad, me parece una descortesía, pero hasta es posible que salga ganando. La familia no le ofrece grandes alicientes. Una madre, un hijo y una hija; una anciana loca, según parece; el hijo, que es un patán; y una muchacha de pueblo que se siente identificada con su confesor y que por eso —rió entre dientes el médico— debe ser más bien pacata. La verdad, no encuentro muchos atractivos en eso como para ganarse la atención de un arrogante oficial.

—Pero, según usted, son de sangre noble, ¿no? —objeté yo.

—Bueno, habría que distinguir respecto a eso —replicó el doctor—. La madre sí que lo es, pero no los hijos. La madre es el último eslabón de una ilustre familia venida a menos en inteligencia y fortuna. Su padre, aparte de pobre, era un extravagante y la chica vivió salvaje hasta su muerte. Más tarde, tras dilapidarse gran parte de la fortuna y extinguirse la familia por completo, la muchacha vivió aún más salvaje que nunca, hasta que terminó por casarse Dios sabe con quién; unos sostienen que con un arriero, otros que con un

contrabandista y otros mantienen la idea de que tal matrimonio nunca se llevó a cabo y que los hijos, Felipe y Olalla, son bastardos. Fuera como fuese, dicha unión se había roto de forma trágica unos años antes, pero como vivían en un gran aislamiento y el campo era en aquel tiempo tan inestable, la manera precisa de cómo desapareció el padre tan sólo es conocida por el sacerdote, y hasta puede que ni por él mismo.

—Empiezo a creer que viviré extrañas experiencias —apunté yo.

—Yo que usted no me haría grandes ilusiones —contestó el doctor—, mucho me temo que pueda encontrarse con una realidad mucho más corriente y ordinaria. He visto, por ejemplo, a Felipe, ¿se lo imagina? Tosco, astuto, rudo y bastante simple diría yo; supongo que los demás serán por el estilo. No, no, señor comandante, tendrá que buscar compañía más apropiada entre los grandiosos paisajes de nuestras montañas; si es usted amante de la naturaleza, yo le aseguro que, al menos eso, no le defraudará.

Al día siguiente vino a buscarme Felipe en una tosca carreta tirada por una mula, y cerca ya del mediodía, tras despedirme del doctor, del posadero y de algunas otras buenas personas que me habían ayudado durante mi enfermedad, abandonamos la ciudad por la salida oriental y nos internamos en la montaña. Había estado prisionero durante tanto tiempo después de haberme abandonado el convoy y considerado como moribundo, que el simple olor de la tierra me hacía sonreír. La región que atravesábamos era áspera y rocosa, cubierta por bosques, unas veces de alcornoques y otras de castaños, separados con frecuencia por el cauce de un torrente montañoso. Brillaba el sol, el viento susurraba alegremente, y la ciudad, tras varias millas recorridas, quedaba convertida a nuestras espaldas en un bulto insignificante antes de que prestara atención a mi acompañante. A simple vista parecía un muchacho de campo, pequeño y rudo pero bien formado, tal como lo había descrito el doctor; sumamente ágil y activo, pero carente de toda cultura, impresión que pronto se hacía definitiva para todos aquellos que le observaban. Lo que enseguida me llamó la atención era una conversación excesivamente locuaz y familiar, extrañamente contradictoria con las condiciones pactadas al aceptarme como inquilino; me resultaba muy difícil, pues, seguir el hilo de la conversación, debido bien a la pronunciación defectuosa, bien a la desatada incoherencia de su charla. Cierto que yo había hablado en ocasiones anteriores con personas de una mentalidad similar, gente que parecía vivir a expensas de los sentidos y objetos materiales más inmediatos e incapaces de alejar de sus mentes esa impresión. Mientras le iba escuchando casi sin prestarle atención, pensaba que era una clase de conversación propia de

cocheros que pasan gran parte de su tiempo en un gran vacío intelectual y refieren constantemente opiniones de su ambiente familiar. Pero éste no era el caso de Felipe, ya que, según su propia confesión, era persona de gustos caseros. «Me gustaría estar allí ahora», dijo en determinado momento, y luego, divisando un árbol a orillas del camino, se detuvo para decirme que había visto una vez una corneja entre sus ramas.

—¿Una corneja? —repetí yo, sorprendido por lo absurdo de la observación y pensando que no había entendido correctamente sus palabras.

Pero para entonces ya estaba él enfrascado en una nueva idea, la cabeza ladeada, el ceño fruncido y absorto en lo que escuchaba, de manera que me golpeó sin contemplaciones para que me callara. Luego sonrió y meneó la cabeza.

—¿Qué ha oído? —pregunté.

—¡Oh!, no tiene importancia —dijo, y empezó a jalearse a la mula con tales gritos, que resonaron como ecos inhumanos sobre las laderas de la montaña.

Lo examiné con más detenimiento. Estaba asombrosamente bien formado y tenía un aspecto alegre, ágil y fuerte; era atractivo, con unos ojos dorados enormemente grandes, aunque quizás no muy expresivos; en conjunto era un muchacho de apariencia agradable y sin defectos visibles, a excepción de un tono muy moreno de la piel y cierta propensión a la vellosidad, dos características que detesto. Su espíritu me confundía y me atraía al mismo tiempo. La frase del doctor —«un muchacho simple»— retornaba a mi memoria y me preguntaba si era eso, después de todo, una descripción acertada, cuando el camino empezó a descender entre la estrecha y desnuda grieta de un torrente. Las aguas tronaban tumultuosamente en la hondonada y el barranco retumbaba, esparciendo indistintamente las gotas de rocío y acelerando su descenso las rachas de viento que acometían sin descanso. La escena era impresionante de verdad, pero el camino estaba completamente amurallado en aquella parte; la mula avanzaba con paso firme y me quedé sorprendido al observar la palidez y gesto de terror que aparecía en la cara de mi acompañante. El estruendo de aquel río impetuoso era inconstante, disminuyendo a veces como si se cansara y redoblando otras su bronco ruido; riadas repentinas parecían incrementar su volumen rastreando la garganta, bramando y retumbando contra las paredes que lo fortificaban, y observé que cada una de aquellas crecidas levantaba un clamor ante el que mi conductor se acobardaba y palidecía desmesuradamente. El recuerdo de algunas supersticiones escocesas y del río Kelpie cruzó por mi mente; me pregunté si

a lo mejor ocurría lo mismo en aquella parte de España y, volviéndome a Felipe, traté de sonsacarle.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tengo miedo —replicó.

—¿De qué tienes miedo? —le volví a preguntar—. Me parece que es uno de los sitios más seguros de este camino tan peligroso.

—Es por el ruido —dijo con un asombro tan elocuente, que todas mis dudas se disiparon.

Aquel muchacho tenía una inteligencia como la de un niño pequeño; su mente era como su cuerpo, enérgica y rápida, pero poco desarrollada, de manera que, desde aquel momento, empecé a mirarle con cierta compasión y a escuchar su charla incoherente primero con indulgencia y, al final, con un indescriptible placer.

Sobre las cuatro de la tarde ya habíamos cruzado la cima de la montaña. Los rayos del sol se ponían por occidente y, bordeando numerosas quebradas y atravesando la oscuridad de los bosques sombríos, iniciamos el descenso de la otra ladera. El ruido del agua nos envolvía por todas partes, no de forma torrencial y uniforme como en la garganta del río, sino resonando alegre y musicalmente de valle en valle. También aquí el talante de mi compañero se animó y empezó a cantar en voz alta y de falsete con tal desentonación que, sin acertar en su tarareo con la melodía y el tono, divagaba caprichosa y acertadamente con tan buen resultado que hasta parecía natural y agradable, como el canto de los pájaros. A medida que la oscuridad iba creciendo me iba sintiendo apresado cada vez más por el hechizo de aquella tonadilla, esperando reconocer algún tema concreto; pero siempre me quedaba defraudado. Cuando le pregunté al fin qué era lo que cantaba, exclamó:

—¡Oh!, nada; me limito a cantar sencillamente.

Me fascinaba sobre todo la costumbre que tenía de repetir invariablemente la misma nota a pequeños intervalos; no resultaba monótono como se podría pensar, y menos desagradable; parecía comunicar esa maravillosa sensación de sentir el mundo como era, tal como nos imaginamos descubrirlo en la forma de los árboles o en la quietud de un estanque.

La noche se nos había echado encima antes de llegar a una meseta y vislumbrar poco después una mole más densa y negra que las anteriores, lo que me llevó a pensar que estábamos delante de la mansión esperada. Una vez allí, mi guía, bajándose de la carreta, gritó y silbó en vano durante un largo espacio de tiempo hasta que por fin un viejo campesino, surgiendo de la espesura de las sombras, se acercó a nosotros llevando una vela en la mano.

Por su luz pude percatarme del gran arco de estilo árabe que se abría en la entrada: estaba cerrado por puertas guarnecidas de hierro, en una de cuyas hojas abrió Felipe un postigo. El campesino se llevó la carreta a alguna dependencia exterior mientras nosotros atravesamos el umbral, cruzamos un patio al resplandor de la vela, subimos unas escaleras de piedra, recorrimos parte de una galería abierta y ascendimos de nuevo otras escaleras que nos dejaron definitivamente ante la puerta de una espaciosa y destartada habitación. Este aposento, que comprendí iba a ser el mío, recibía la luz de tres ventanas, revestidas las paredes con maderas brillantes y alfombrado el suelo con pieles de muchos animales salvajes. Un fuego crepitante ardía en la chimenea, y envolvía la habitación con un parpadeo de luces y sombras; junto al hogar descansaba una mesa dispuesta para la cena, y en el rincón más apartado descansaba una cama. Me sentí gratamente complacido por todas aquellas atenciones y detalles, y así se lo comuniqué a Felipe; él, con la misma disposición llena de ingenuidad que me había demostrado anteriormente, mostró cierta complacencia por mis alabanzas.

—Una magnífica habitación —dijo—, verdaderamente magnífica. ¿Y el fuego? El fuego también es bueno, le introduce a uno el bienestar hasta la médula. Y la cama —continuó, acercando la vela en aquella dirección—, mire qué sábanas tan finas, qué tersas, qué suaves... —Y resbalaba su mano una y otra vez sobre el tejido, para después inclinar la cabeza y frotar con tanta satisfacción las mejillas entre ellas que hasta me ofendió. Le arrebaté la vela de las manos (por temor a que prendiera fuego a la cama) y regresé a la mesa, donde, advirtiéndole la presencia de una jarra de vino, llené un vaso y lo llamé para que viniera y bebiera conmigo. Felipe se levantó enseguida y se me acercó con una expresión de esperanza, pero al ver el vino se estremeció visiblemente.

—Lo siento —dijo—, eso es para usted; yo aborrezco el vino.

—Muy bien, señor —le respondí—, entonces beberé yo a su salud, a la de su casa y a la de su familia. A propósito —añadí después de que hube echado un trago—, ¿no voy a tener el placer de saludar personalmente a su señora madre?

Pero, al oír estas palabras, toda la ingenuidad desapareció de su cara y la sustituyó por una mirada de indescriptible astucia y sigilo; se apartó de mí como si yo fuera un animal a punto de abalanzarme sobre él o como un peligroso sujeto que lo amenazara con un arma y, cuando estaba cerca de la puerta, me miró ceñuda y hoscamente con las pupilas contraídas.

—No —terminó por decir, y salió inmediatamente de la habitación; oí sus pasos que se alejaban repiqueteando escaleras abajo y un silencio casi mortuorio envolvió toda la casa.

Después que hube cenado, acerqué la mesa a la cama e inicié los preparativos para acostarme, pero, al desplazar la vela de su anterior posición, descubrí un cuadro que colgaba de la pared. Representaba a una mujer joven aún. A juzgar por su vestido y la suave tonalidad dominante de la tela, daba la impresión de que llevaba muerta mucho tiempo; pero, si uno se detenía en la vivacidad de su actitud, el brillo de sus ojos y la perfección de sus facciones, se podía pensar que era la misma imagen de la vida reflejada en un espejo. Tenía una figura muy esbelta, pero sólida y proporcionada al mismo tiempo; sus trenzas rojas parecían como una corona sobre su frente; los ojos, marrones con reflejos dorados, se sostenían firmemente en los míos; y el rostro, con un óvalo perfecto, quedaba fatalmente estropeado por una expresión que reflejaba crueldad, enfado y sensualidad. Tanto el rostro mismo como la figura en general desprendían algo exquisitamente intangible, como si fuera el eco de un eco, sugiriéndome las facciones y el porte de mi guía; y así permanecí un buen rato, atraído morbosamente y sorprendiéndome de tan extraño parecido. La ascendencia carnal de aquella raza, concebida originariamente para damas de tan noble alcurnia como la que me miraba ahora mismo desde el lienzo, había caído en usos y costumbres más humildes, llevando ropas de campo, sentándose en la lanza del carro y empuñando las riendas de las mulas para traer a casa a un huésped de pago. Quizá subsistiera un vínculo real; es muy posible que alguna parte, aunque mínima, de aquella carne delicada que en otro tiempo se cubrió con el raso y el brocado de la dama muerta temblara ahora ante el contacto de las bastas ropas de Felipe.

La primera luz de la mañana iluminó el retrato por completo, y, mientras permanecía despierto, mis ojos continuaron puestos en el lienzo con creciente complacencia; su belleza invadía mi corazón de manera engañosa, acallando mis escrúpulos uno tras otro; y aun cuando sabía que amar a una mujer así era firmar y sellar la sentencia de la propia perdición, no podía por menos de pensar que, de estar viva, me sentiría arrastrado a amarla eternamente. El doble conocimiento de su maldad y de mi debilidad se hacía más patente cada día. Despierto o dormido, la dama del cuadro se había convertido en mi heroína, y sus ojos me empujaban a crímenes que más tarde eran cumplidamente recompensados. Su presencia se cernía sombríamente sobre mi imaginación; sólo cuando me encontraba al aire libre, realizando ejercicios físicos y renovando la circulación de la sangre, pensaba para mí con cierta

satisfacción que mi hechicera descansaba incólume en la tumba, rota la varita mágica de su belleza, cerrados para siempre sus labios y vertido el filtro de su encantamiento. Y sin embargo, no estaba muy convencido de que hubiese muerto definitivamente, pudiendo haberse reencarnado en algún descendiente.

Felipe me servía las comidas en mi habitación y cada vez me obsesionaba más su parecido con el retrato. A veces la semejanza no era tanta, pero al cambio de una actitud o de cualquier gesto imprevisto reaparecía ante mí como un fantasma, sobre todo si dichas mutaciones sobrevenían en momentos de mal humor. No cabe duda de que Felipe me apreciaba; se sentía orgulloso de que le prestara atención, cosa que procuraba con sencillas e infantiles tretas; le gustaba sentarse muy cerca del fuego de mi chimenea, parloteando en aquel lenguaje suyo tan ininteligible o cantando aquellas interminables y extrañas canciones sin palabras; a veces acariciaba mis ropas con intención evidente de demostrarme su afecto, lo que me turbaba indefectiblemente y me avergonzaba. Pero todo ello no quita para que, de vez en cuando, montara en cólera sin fundamento alguno y se hundiera en períodos de obstinado mal humor. Le había visto volcar el plato de mi comida ante el mínimo reproche, y no lo hacía subrepticamente, sino bien a las claras y acompañado de una curiosa provocación, cosa que se repetía ante el indicio de hacerle alguna pregunta. Mi curiosidad no se salía de lo normal, viviendo en un lugar tan extraño y rodeado de gente tan desconocida; pero ante el asomo de una pregunta se volvía ceñudo y amenazante. Era en aquellas ocasiones, y en la fracción de un segundo, cuando más me parecía que aquel brusco muchacho podía haber sido el hermano de la dama del cuadro. Pero tal como venía se disipaba el mal humor, y con ello desaparecía también el extraño parecido.

Durante aquellos primeros días no vi a nadie excepto a Felipe, a menos que se incluya como interlocutor a la dama del retrato. Cabría preguntarse cómo pude soportar con serenidad el peligroso contacto con aquel muchacho tan simple y arrebatado a veces. Para ser sincero, no negaré que me resultaba cargante y fastidioso al principio; pero, poco a poco, fui haciéndome con él hasta desaparecer todas mis inquietudes.

La cosa se desarrolló de la siguiente manera. Felipe era perezoso por naturaleza y vagabundo por vocación; sin embargo, se quedaba por la casa bien atendiendo a mis necesidades, bien trabajando un rato todos los días en el pequeño huerto que se extendía al sur de la mansión. Allí se reunía con el campesino que había visto la noche de mi llegada y que vivía al final de las propiedades, en una tosca dependencia a media milla de distancia; pero, para mí, el que más trabajaba era Felipe, y aunque a veces tiraba la azada y

descabezaba un sueño entre las plantas que había removido antes, su constancia y energía eran admirables, sospecha confirmada desde el momento en que sabía la contrariedad que le provocaba esta dedicación y lo desagradable del esfuerzo consiguiente. Presa de esta admiración, me preguntaba qué fuerza se escondía en muchacho tan voluble para insuflarle tan perseverante sentido del deber. ¿Cómo lograba mantenerlo, me preguntaba a mí mismo, y hasta qué extremo prevalecía sobre sus instintos? Quizá era el sacerdote quien le inspiraba y mantenía, el mismo sacerdote que vi un día entrar y salir después, al cabo de una hora, desde el cerro donde yo acostumbraba a dibujar, pero Felipe continuó durante todo aquel tiempo trabajando en el huerto invariablemente.

Con una actitud muy poco digna de encomio por mi parte me decidí un día a apartar a aquel muchacho de sus buenos propósitos y, abordándole en la puerta, le convencí fácilmente para que me acompañara a un paseo. Hacía un día maravilloso; los bosques a los que lo llevé temían un verdor agradable y aromático, y zumbaban los insectos por todas partes. Allí me reveló Felipe nuevos aspectos de su carácter, alcanzando cotas de alegría que me confundían, y desplegando tanta energía y gracia, que me tenían fascinado. Saltaba y corría alrededor de mí con un júbilo desacostumbrado; se detenía, miraba, escuchaba y parecía beberse el mundo como si de un «cordial»^[7] se tratara; y luego, repentinamente, se encaramaba a un árbol de un solo salto, y allí se colgaba y oscilaba tan hábilmente como si fuera lo único que hubiera hecho en la vida. Aunque habló muy poco conmigo y de tan escasa importancia, no recordaba desde hacía mucho tiempo una compañía tan estimulante; el espectáculo de su alegría era una fiesta continua, la rapidez y precisión de sus movimientos me tenían completamente absorbido, y puede que mi obcecada irreflexión hubiese convertido en costumbre estos paseos, de no haber sido porque una casualidad acabó de golpe con lo que empezaba a ser una diversión mía. Debido a su rapidez y destreza, el muchacho atrapó una ardilla en la copa de un árbol. Aunque estaba a cierta distancia de mí, lo vi echarse a tierra rápidamente y acucillarse allí, chillando de placer como un niño. El ruido de sus gritos, sencillos e inocentes, despertaron de inmediato mi simpatía, pero, al acelerar el paso para acercarme, los gemidos de la ardilla golpearon violentamente mi pecho. He escuchado y presenciado a lo largo de mi vida muchas crueldades de chiquillos, campesinos sobre todo; pero lo que contemplé en aquel momento me hizo montar en cólera. Empujé al muchacho a un lado, le arrebaté el pobre animalillo de sus manos y puse fin a su vida con honda lástima. Me volví después al torturador y le hablé largamente

indignado como estaba, diciéndole cosas que parecieron afectarle profundamente; luego, señalando en dirección a la casa, le ordené que se marchara y me dejara, porque lo que yo deseaba era pasear con personas y no con desalmados sin conciencia alguna. Felipe cayó de rodillas y, expresándose con más claridad que la acostumbrada, expulsó un torrente de súplicas conmovedoras, rogándome que tuviera clemencia, que olvidara lo que había hecho y que en el futuro no volvería a repetir tales crueldades.

—¡Trato de comportarme correctamente! —dijo—. ¡Por favor, comandante, sea indulgente con Felipe esta vez, porque nunca volverá a comportarse de manera tan salvaje!

Mucho más conmovido de lo que deseaba mostrar consentí en ser persuadido y, estrechándole las manos, hicimos las paces. Pero antes, como penitencia, le hice enterrar a la ardilla, hablándole de la belleza del pobre animal, describiéndole las penas que había sufrido y la bajeza que suponía abusar de la propia fuerza.

—Mira, Felipe —le dije—, eres muy fuerte, pero en mis manos te sentirías tan desvalido e indefenso como ese pobre animal del árbol. Pon tu mano en la mía, ¿ves que no puedes retirarla? Ahora suponte que yo fuera tan cruel como tú y disfrutara haciendo sufrir a los demás. Mira, ahora aprieto la palma de la mano...

Felipe lanzó un alarido, su rostro se tornó lívido y se cubrió de pequeñas gotas de sudor; cuando le dejé en libertad, se tiró al suelo y, agarrándose la mano, se puso a llorar como un niño. Aprendió de tan buen grado la lección que, bien por esta razón, bien por lo que le había dicho o por el respeto que le imponía ahora mi fortaleza física, su afecto original se transformó en fidelidad perruna.

Mientras tanto yo me recuperaba rápidamente. La mansión se alzaba en lo alto de una pedregosa meseta, rodeada de montañas por todas partes; tan sólo desde el tejado, donde se encontraba una torreta, se podía vislumbrar entre dos picos una pequeña franja de planicie, azul en la lejanía. El aire se movía en aquellas alturas libre y generosamente; grandes bancos de nubes congregadas allí por la altura eran disgregadas por el viento y abandonadas en jirones por las crestas; desde todos los alrededores se elevaba un ronco y vago estruendo de torrentes, y uno podía estudiar los caracteres de la naturaleza más rudos y salvajes que se conservaban allí con la fuerza de su estado primitivo. Desde el primer momento disfruté de un paisaje tan vigoroso y de aquel clima tan imprevisible, y, desde luego, me encantaba la antigua y derruida mansión donde me hospedaba. Se trataba de un edificio

cuadrangular, flanqueado en las dos esquinas opuestas por salientes como si fueran baluartes: uno de ellos dominaba la puerta, pero ambos tenían salida para la fusilería. El piso más bajo estaba además desprovisto de ventanas, con lo que el edificio, caso de tener guarnición, no podía ser tomado sin la ayuda de la artillería. En el interior había un patio abierto sembrado de granados. Desde allí una ancha escalinata de mármol ascendía hasta una galería abierta al perímetro de la casa, descansando por la parte del patio en finas columnas. Nuevas escaleras interiores se distribuían hasta los pisos superiores, quedando el edificio dividido por secciones. Las ventanas estaban cerradas herméticamente, tanto por dentro como por fuera; las partes más altas se habían descascarillado y faltaban piezas de mampostería; el tejado se encontraba desvencijado en un sitio por los frecuentes vendavales que asolaban la zona; y la casa entera, bañada por la ardiente y vibrante luz del sol y surgida de entre un bosquecillo de alcornoques raquítricos cargados espesamente y descoloridos por el polvo, parecía como el palacio encantado de la leyenda. El patio, sobre todo, parecía el mismísimo hogar del sueño. Un sordo arrullo de palomas rondaba a todas horas los aleros; los vientos no asomaban por la casa, pero cuando soplaban fuera, una espesa polvareda procedente de la montaña se precipitaba sobre el patio como si fuera lluvia, cubriendo las rojas flores de los granados; ventanas cerradas, puertas ciegas, sótanos oscuros y bóvedas vacías le daban un aire irreal por el que desfilaban sospechosamente misteriosas sombras que la luz creaba con los perfiles de las cuatro caras. En el piso bajo había, sin embargo, un hueco sostenido por cuatro columnas en el que se advertían señales inequívocas de presencia humana. Aunque se abría por delante hacia el patio, estaba provisto de una chimenea en la que siempre ardía un fuego alimentado por gruesos troncos, y numerosas pieles de animales cubrían el suelo de baldosa.

Fue en este lugar donde por vez primera conocí a mi anfitriona. Había sacado una de las pieles para sentarse al sol, recostándose contra una columna. Lo primero que llamó mi atención fue su vestido, lujoso y luminosamente coloreado, de manera que resplandecía en aquel polvoriento patio con el mismo tono e intensidad que el de las flores de los granados; pero, al contemplarla por segunda vez, su belleza me cautivó. Como estaba recostada —observándome, pensé yo, aunque con ojos invisibles— y con una expresión de buen humor y satisfacción, mostraba la perfección de sus facciones y una nobleza espontánea en su actitud, que hasta las mismas estatuas la envidiaban. Me quité el sombrero al pasar ante ella y su rostro se contrajo tan rápida e imperceptiblemente como las olas de una charca

provocadas por la brisa, pero ella no se aprestó a corresponderme. Proseguí mi acostumbrado paseo un poco intimidado, sin apartar de mi mente aquella impávida frialdad como de ídolo; cuando regresé, a pesar de que ella continuaba prácticamente en la misma postura, me sorprendí al ver que se había desplazado hasta la columna contigua, persiguiendo la luz del sol. Esta vez, sin embargo, me dirigió un saludo trivial, formulado con bastante cortesía, proferido con una voz profunda, grave, borrosa y ceceante, la misma que me había desconcertado en mi primer encuentro con su hijo. Le contesté un poco al azar, pues no sólo pude entender lo que me dijo, sino que al abrir repentinamente sus ojos me turbó. Eran extraordinariamente grandes, el iris dorado como los de Felipe, pero la pupila estaba en aquel momento tan dilatada, que parecían casi negros; en realidad lo que más me afectó no fue su tamaño, sino, y puede que fuera una consecuencia natural, la curiosa y extraña insignificancia de su mirada. La mirada más completamente estúpida y vacía que nunca me he encontrado. Me vi obligado a bajar mis ojos cuando aún estaba contestándole y proseguí mi camino escaleras arriba hasta mi habitación, desconcertado y abochornado a la vez. Pero al entrar y ver el rostro del retrato, pensé de nuevo en el milagro de la descendencia familiar. Mi anfitriona era, sin duda, la de más edad y corpulencia de las dos; sus ojos eran de diferente color; de su rostro no sólo estaba ausente la crueldad y mal humor que mostraba la dama del cuadro y que tanto me ofendían y atraían, sino que estaba desprovisto de toda alusión al bien o al mal: un vacío moral que expresaba literalmente la nada. Y sin embargo, existía un parecido latente entre las dos, un parecido expresado más en la totalidad que en un rasgo particular y concreto. Podía decirse, pensé, que cuando el pintor firmó aquel lienzo había intentado expresar no sólo la imagen de una mujer sonriente y de mirada traicionera, sino que había conseguido plasmar todas las cualidades básicas de una tradición familiar desde el principio de sus generaciones.

De aquel día en adelante, ya saliera como regresara, estaba convencido de encontrarme a la señora recostada al sol contra la columna o tendida en una de las muchas alfombras frente al fuego; había veces, pero muy de tarde en tarde, en que se apropiaba de la última vuelta de la escalera de piedra y allí se tendía con la misma descuidada indolencia, obstruyéndome el paso que tenía que utilizar. Nunca en todas aquellas ocasiones la vi desplegar una mínima pizca de energía más que la necesaria para alisarse y retocarse el abundante cabello cobrizo o para cecear con la ronquera melodiosa y cascada de su voz los habituales y perezosos saludos que me dirigía. Creo que aquéllos eran sus dos mayores placeres, aparte de la indolencia misma. Parecía sentirse siempre

muy orgullosa de sus observaciones, que consideraba agudezas; y aunque eran frases muy trilladas, como les ocurre en la conversación a muchas personas respetables, y la serie de materias a tratar muy limitada, nunca se las podía considerar tontas o incoherentes; es más, poseían una belleza muy propia y revelaban una absoluta satisfacción que emanaba de su atmósfera vital. A veces hablaba del buen tiempo y del calor, que le apasionaba (como también a su hijo); otras, de las flores de los granados; y también de las blancas palomas y de las golondrinas que con tanta gracia y ligereza removían el aire del patio. Los pájaros la excitaban, sobre todo cuando evitaban los aleros en sus locos y rápidos vuelos o, cuando, al pasar rozándola, levantaban un pequeño golpe de aire; a veces se agitaba y reincorporaba un poco, y parecía que se despertaba de un letargo de animal satisfecho. Pero el resto del tiempo lo pasaba recogida sensualmente sobre sí misma, sumida en la pereza y el placer físico. Su impávida satisfacción me fastidiaba un poco al principio, pero gradualmente terminé por encontrar cierta compensación tranquilizadora en el espectáculo, hasta que me habitué a sentarme junto a ella cuatro veces al día, al ir y al venir, y a hablar con ella somnoliento, raramente sé de qué. Había llegado a gustarme su proximidad impersonal y mortecina, casi animal; su belleza y estupidez me calmaban y distraían. Empezaba a descubrir una especie de sabiduría trascendental en sus observaciones y su inescrutable carácter me incitaba a la admiración y a la envidia. La simpatía que la profesaba me era correspondida; disfrutaba de mi presencia medio inconscientemente, como disfruta un hombre sumido en una profunda meditación del murmullo de un riachuelo. No puedo afirmar que se animara con mi presencia, porque tenía tallado el rostro de satisfacción como les ocurre a ciertas estatuas absurdas; pero sí estoy seguro de que yo le causaba cierto placer, por algunos indicios que no tienen por qué tener relación exclusivamente con la vista. Un día, cuando estaba sentado cerca de ella en el escalón de mármol, extendió súbitamente una de sus manos y acarició la mía. Visto y no visto, había vuelto a su acostumbrada actitud antes de que mi mente se hubiera percatado de dicho gesto; y cuando me volví para mirarla, no pude descubrir en su rostro ningún sentimiento que lo justificara. Era evidente que ella no daba importancia a una acción que consideraba maquinal, por lo que me culpé a mí mismo del desasosiego producido.

Ver y tratar (si se le puede llamar así) a la madre, me confirmaba en la opinión que me había formado del hijo. La sangre de la saga familiar se había ido empobreciendo y debilitando quizá por una serie de uniones matrimoniales entre parientes, error —me consta— muy generalizado entre

gente orgullosa y distinguida. No creo que pudiera hablarse de una degeneración física, pues tanto la hermosura como la fortaleza habían sido transmitidas a las generaciones sucesivas de forma inalterable, y los rostros de los presentes, moldeados con detallada precisión, me lo confirmaban si los comparaba con aquel rostro que me sonreía desde el retrato doscientos años atrás. Pero la inteligencia (que es el bien hereditario máspreciado) sí que estaba en franca decadencia; el tesoro de la memoria ancestral se había agotado casi por completo y había tenido que recurrir al cruce plebeyo con un arriero o un vulgar contrabandista de las montañas para convertir la estupidez de la madre en la enérgica rareza del hijo. Y sin embargo, si me hubieran dado a elegir, yo hubiera preferido a la madre. A Felipe, tal como era, vengativo e indulgente, asustadizo y retraído, tan inconstante como una liebre, se le podía considerar como una criatura posiblemente nociva. De la madre no puedo hablar más que con simpatía y afecto, pues, tal como los espectadores son muy hábiles para tomar partido sin tener mucho conocimiento de causa, yo me había decidido ya a raíz de la hostilidad latente que advertía en ellos. Ciertamente tal hostilidad parecía provenir principalmente de la madre. Yo había observado que a veces, cuando Felipe se acercaba, contenía el aliento, y las pupilas de sus ojos inexpresivos se contraían como si se sintiera impulsada por algún sentimiento de horror o de miedo. Sus emociones, por evidentes, obligaban casi a compartirlas, pero aquel rechazo que yo presentía en ellos me atormentaba, preguntándome insistentemente qué razones podría haber y cuál sería el grado de culpabilidad del hijo.

Cuando llevaba ya diez días de estancia en la mansión, se levantó uno de aquellos violentos y desagradables huracanes, arrastrando consigo voluminosas nubes de polvo. Procedía de unas llanuras palúdicas y había atravesado varias cordilleras cubiertas de nieve. Las personas que conocían este fenómeno tenían los nervios en tensión; el polvo les irritaba los ojos; las piernas soportaban penosamente el peso del cuerpo y el simple roce de una mano con otra llegaba a hacerse odioso. El viento descendía de las colinas por los barrancos y se lanzaba contra las casas con tan profundo estruendo y silbidos, que resultaban molestos para los oídos y reducían la mente a un estado depresivo. No azotaba por medio de ráfagas, sino con el ruido uniforme de una cascada, de manera que no había descanso mientras soplaba. En las partes más altas de la montaña se desplazarían probablemente fuerzas más variables, con golpes de furia, porque, a veces, llegaban hasta nosotros unos gemidos muy lejanos, difícilmente audibles; pero en otras ocasiones, en

alguno de los salientes o terrazas, se levantaba una torre de polvo que se dispersaba como el humo de una explosión.

Apenas me hube despertado aquella mañana, la tensión nerviosa y la depresión creada por el tiempo se apoderaron de mí, tornándose más fuerte el efecto cuanto más avanzaba el día. Era inútil que intentara resistirme, inútil que repitiera mi acostumbrado paseo matutino; la irracional e inmutable furia del temporal minó muy pronto mi resistencia y destruyó mi temple, volviendo a casa envuelto en un calor seco, sucio y cubierto de polvo. El patio presentaba un aspecto desolado y triste; algún rayo de sol lo atravesaba muy de tarde en tarde, y el viento, que no cesaba, dispersaba las flores de los granados y hacía batir las contraventanas contra el muro. En el hueco abierto hacia el patio se paseaba la señora con la cara encendida y los ojos relucientes; en cierto momento pensé que hablaba con ella misma, como si estuviera enfurecida, pero cuando le dirigí mi saludo habitual me replicó con un gesto brusco y continuó paseando. El mal tiempo había alterado incluso a aquella criatura impasible, y la vergüenza que había sentido por mi desasosiego desaparecía mientras subía hacia mi cuarto.

El viento no cesó en todo el día; yo, por mi parte, permanecí en mi estancia haciendo como que leía o paseando de un lado a otro mientras escuchaba el rugido del vendaval sobre mi cabeza. Cayó la noche y descubrí que no tenía ni una vela para alumbrarme. Empecé a añorar alguna compañía y me deslicé hasta el patio. Estaba ya sumergido en el azul intenso de la primera oscuridad, pero el hueco estaba brillantemente iluminado por el fuego. Había sido apilado un buen montón de leña y las llamas bailaban de un sitio a otro por el tiro de la chimenea. En aquella ardiente y versátil claridad continuaba paseando la señora de un lado a otro con gestos descompuestos, estrechándose las manos, extendiendo ambos brazos y echando atrás la cabeza como si suplicara al cielo. Aquellos movimientos estentóreos resaltaban la belleza y la gracia de la mujer, pero había un brillo en sus ojos que me impresionó de una forma muy desagradable; y cuando la hube observado un rato en silencio, sin que ella se diera cuenta al parecer, regresé por donde había venido y busqué a tientas el camino que conducía a mi habitación.

Para cuando me trajo Felipe la cena y las luces ya no sabía qué hacer con mis nervios; y si el muchacho hubiese tenido el aspecto acostumbrado, le habría retenido conmigo (obligado por la fuerza, si fuese necesario), a fin de mitigar en lo posible la ansiedad que me producía la soledad aquella noche. Pero también el viento había ejercido su influencia sobre él. Había estado febril durante todo el día, y, con la caída de la noche, su humor tembloroso y

alicaído provocaba en mí una reacción de rechazo. Me molestaba extraordinariamente su rostro acobardado, sus sobresaltos, su palidez y sus repentinas paradas para escuchar; y cuando se le cayó y rompió un plato, salté de mi asiento como impulsado por un resorte.

—Me da la impresión de que hoy estamos todos un poco locos —dije yo, fingiendo reír.

—Es el viento negro —aclaró lastimeramente—. Da la impresión como si se debiera hacer algo, pero no sé qué.

Anoté la exactitud de la descripción; y es que Felipe tenía el don de expresar en palabras las sensaciones del cuerpo.

—Tu madre parece sufrir también mucho con este tiempo —continué—. ¿No temes que se pueda sentir indispuesta?

Se me quedó mirando fijamente y contestó un «No» desafiante; luego, llevándose la mano a la frente, se lamentó del viento y del ruido, diciendo que su cabeza daba vueltas como si fuera una rueda de molino.

—No creo que nadie pueda sentirse bien —exclamó.

Y, la verdad, yo mismo no hacía otra cosa que repetirme la misma pregunta, tal era la alteración a que nos encontrábamos sometidos.

Me acosté pronto, agotado por la tensión de todo el día; pero la nociva naturaleza del viento y el enorme e ininterrumpido alboroto no me dejaron dormir. Me pasé la noche dando vueltas, con todos los sentidos en tensión. A veces dormitaba, pero me despertaba enseguida acosado por horribles pesadillas; y aquellos ratos de olvido trastocaron por completo mi sentido del tiempo. Pero debía estar la noche muy avanzada, cuando me sobresaltaron repentinamente unos gritos dignos de lástima y horror. Salté de mi cama pensando que los había soñado, pero seguían resonando por toda la casa; gritos de pena, pensé, pero también de rabia sin duda; y tan salvajes y desesperados, que conmovían el corazón. No era ninguna ilusión; algún ser vivo, ya fuera animal salvaje o persona en estado de locura, estaba siendo torturado de la manera más cruel. La escena de Felipe y la ardilla cruzaron por mi mente y corrí hasta la puerta, pero había sido cerrada desde fuera; podía golpearla cuanto quisiera, pues me había convertido en su prisionero a cal y canto. Mientras tanto los gritos arreciaban. En ocasiones se convertían en gemidos articulados e inteligibles, lo que me indicaba que se trataba de una persona; pero otras se intensificaban y llenaban la casa de bramidos que parecían escapados del infierno. Permanecí atento junto a la puerta hasta que cesaron, pero ellos continuaron aún por mucho tiempo mezclándose en mi

imaginación con el ulular del viento; cuando me decidí a volver a la cama, lo hice con el corazón preso de angustia y del más negro de los horrores.

Resultaba lógico que no pudiera dormir más. ¿Por qué me habían encerrado? ¿Qué había pasado? ¿Quién era el autor de aquellos horribles e indescriptibles gritos? ¿Un ser humano? Era inconcebible. ¿Acaso un animal? Los gritos no eran bestiales del todo, pero si no era un león o un tigre, ¿qué otro animal podía sacudir de aquella manera los sólidos muros de la casa? Y mientras le daba vueltas en mi cabeza a todos los elementos misteriosos de aquel horrible rompecabezas, me acordé de que aún no conocía a la hija de la casa. ¿No resultaba verosímil que fuera la hija de la señora y hermana de Felipe la que estaba loca? Y si esto era así, ¿no resultaba en cierta manera comprensible que personas tan ignorantes y disminuidas mentalmente intentaran reducir por medio de la violencia a un familiar que se presuponía enfermo? Era una solución y, sin embargo, siempre que recordaba los gritos (cosa que nunca pude hacer sin sentir un escalofrío que me estremecía), me pareció una teoría completamente insuficiente: ni la crueldad en persona podía arrancar aquellos gritos de la locura. Pero estaba seguro de una cosa: yo no podía continuar viviendo en una casa donde sucesos de tal calibre no eran investigados a fondo y no se intervenía consecuentemente con ellos.

Al día siguiente el viento había cesado y no había nada que recordara a los sucesos de la noche anterior. Felipe se acercó a mi cama con una alegría desacostumbrada; al atravesar el patio, vi que la señora tomaba el sol con su habitual pasividad, y cuando salí al campo abierto me encontré con que la naturaleza sonreía con sencillez, el cielo era de un frío color azul, sembrado de grandes nubes aisladas y las laderas de las montañas veteadas de luz y sombra. Un breve paseo bastó para devolverme la confianza en mí mismo y afianzarme en la idea de dar solución a aquel misterio; y cuando observé desde mi atalaya acostumbrada que Felipe se dirigía a sus cotidianas labores de la huerta, regresé rápidamente a la casa para poner en práctica mi plan. La señora parecía dormir un profundo sueño; me planté ante ella, pero no se inmutó; incluso si mi plan pecara de imprudente, nada podía temer de semejante guardián, así que, dándome la vuelta, subí hasta la galería e inicié la exploración de la casa.

Estuve toda la mañana de una puerta a otra, entrando en espaciosa y descoloridas habitaciones: unas completamente a oscuras, otras iluminadas por la luz del día, pero todas vacías y escasamente acogedoras. Era, sin duda, una casa rica, a la que el tiempo se había encargado de deslucir y el polvo que reinaba por doquier le quitaba la ilusión. Había telas de araña por todas

partes; gordas tarántulas correteaban por las cornisas; hileras de hormigas en pos de sus ocupaciones inundaban el suelo de los salones; esos moscones asquerosos que viven entre la carroña y suelen transmitir con cierta frecuencia la muerte habían puesto sus nidos en el podrido artesonado y zumbaban sordamente por las habitaciones. Aquí o allá un taburete o dos, una cama o una gran silla tallada como islas en el océano de los suelos desnudos testificaban el calor humano que otro tiempo hubo; y en todas las paredes colgaban los retratos de los muertos. Por aquellas efigies deterioradas podía deducir la grandeza y el brillo social de la casa que estaba correteando. Muchos de los hombres llevaban condecoraciones en sus pechos y tenían el porte de haber desempeñado un alto cargo; las mujeres lucían ricos vestidos; y las firmas de los cuadros pertenecían a artistas de reconocida fama. Pero no fueron tales pruebas de grandeza, en contraste con la actual decadencia de la casa, lo que más me impresionó. Fue más bien la parábola de la saga familiar leída en la sucesión de aquellos rostros y aquellos cuerpos de intachables proporciones. Nunca antes me había encontrado ante la material continuidad de una estirpe, su creación y recreación, el entretenerse, cambiarse y transmitirse los elementos carnales. Que un niño nazca de su madre, que crezca y aprenda a vestirse él mismo (no sabemos cómo) de humanidad, que adquiera los rasgos comunes de la familia, que vuelva la cabeza de la misma manera que su progenitor y ofrezca la mano con la misma fuerza que lo hicieron sus antecesores son milagros tan monótonos y ordinarios que han dejado de tener interés para nosotros. Pero la común mirada, el rostro común y el porte igualmente idéntico de todas aquellas generaciones pintadas en las paredes de la casa alertaban bien a las claras que el milagro se repetía con más fuerza, mientras me miraban a los ojos. En un antiguo espejo que apareció en mi camino muy oportunamente me detuve para leer mis facciones durante un buen rato, rastreando en ambas manos los hilos de mi descendencia y los lazos que me ligaban a mi familia.

Por fin, en el curso de mis investigaciones, abrí la puerta de una habitación que tenía trazas de estar habitada. Era de amplias proporciones y orientada al norte, allí donde las montañas presentaban las formas más abruptas. Los rescoldos de un fuego humeaban aún en la chimenea, junto a la cual alguien había acercado una silla. Pero el aspecto real de la habitación era de gran ascetismo y severidad; la silla carecía de cojín; el suelo y las paredes se encontraban completamente desnudos y, si exceptuamos los libros, repartidos por todas partes en descuidada confusión, no aparecía a la vista ningún otro dato o utensilio que indicara actividad de trabajo o de placer. La

presencia de libros en aquella casa me dejó francamente sorprendido; a toda prisa y temiendo verme interrumpido de un momento a otro, empecé a examinar sus contenidos y saber de qué trataban. Eran de todas clases: devocionarios, manuales históricos y científicos, pero muy antiguos y escritos en latín. Pude ver que algunos llevaban la huella de ser los más frecuentados; otros habían sido rotos por la mitad y arrojados a un rincón, no sabemos si en un arrebató de mal genio o en un gesto desaprobatorio. Finalmente, al cruzar de nuevo la habitación vacía, descubrí en una mesa cerca de la ventana algunas hojas escritas a lápiz. Lleno de curiosidad como estaba, no pude aguantar la imperiosa necesidad de coger una. Eran unos cuantos versos muy arbitrariamente medidos en el español original y que decían poco más o menos lo siguiente:

*El placer se acercó con dolor y vergüenza,
sufrí con corona de lirios.
El placer mostró al hermoso sol;
¡Jesús querido, cuán dulcemente brillaba!
La aflicción, con sus descarnadas manos,
¡te señaló a ti, Jesús querido!*

Preso de vergüenza y confusión, dejé el papel sobre la mesa y abandoné inmediatamente aquella habitación. Ni Felipe ni su madre podían haber leído los libros y menos escrito aquellos mal compuestos, pero sentidos versos. Estaba claro que había profanado con pies sacrílegos la habitación de la hija de la casa. Bien sabe Dios que fue primero mi corazón el que con mayor dureza me castigó por la indiscreción cometida. La idea de haber violado, aunque secretamente, la intimidad de una muchacha en tan extraña situación y el miedo de que ella llegara a enterarse por cualquier circunstancia, me produjo un terrible sentimiento de culpabilidad. Me recliné, además, por mis sospechas de la noche anterior; me asombré de que hubiera atribuido aquellos horribles gritos a la que ahora consideraba como una santa, una persona de aire espectral, debilitada por los ayunos, obsesionada por la práctica de una devoción rutinaria y sometida a una reclusión espiritual que la apartaba de sus extraños familiares; y al apoyarme sobre la balastrada de la galería y contemplar los granados y la mujer somnolienta vestida con cierto lujo, que se desperezaba en aquel momento y pasaba delicadamente la punta de la lengua por los labios como si saboreara con ello la indolencia misma, comparé aquella escena con la habitación que acababa de abandonar.

Aquella misma tarde, cuando me encontraba en mi observatorio, vi cómo el Padre atravesaba las puertas de la casa. El descubrimiento de la verdadera personalidad de la hija había despertado mi imaginación y casi borrado los horrores de la noche anterior, pero la presencia del sacerdote bastó para que reviviera en mi memoria. Abandoné mi acostumbrado lugar, y dando un rodeo por los bosques, me aposté a orillas del camino para esperar su salida. Tan pronto como apareció, me acerqué y me presenté como el inquilino de la casa. Tenía un semblante enérgico y presumiblemente honesto, en el que se podían leer las distintas emociones con que me contemplaba a mí, un extranjero de otra religión y soldado herido en aquella guerra. De mis anfitriones habló con reserva, pero no sin respeto. Le dije que aún no había visto a la hija, a lo que respondió que así era como tenía que ser y me observó con cierto recelo. Por último le referí los gritos de la noche anterior. Me escuchó en silencio, se detuvo después y se volvió, en parte como si me indicara que estaba despidiéndose.

—¿Le gusta a usted el rapé? —dijo, ofreciéndome su caja. Yo la rechacé y él continuó—: Soy un anciano y puedo permitirme el lujo de recordarle a usted su condición de huésped.

—¿Cuento, pues, con su autorización —repliqué con suficiente firmeza, aunque sonrojándome ante el implícito reproche— para dejar que las cosas sigan su curso y no interferirme?

El Padre dijo «Sí», y con un saludo visiblemente preocupado me dejó donde estaba. Pero había conseguido dos cosas: tranquilizar mi conciencia y despertar mi sensibilidad. Haciendo un gran esfuerzo, deseché una vez más los recuerdos de la noche anterior y me abandoné en cavilaciones sobre mi devota poetisa. Tampoco se me pasaba que la noche anterior había sido cerrado con llave, y cuando Felipe me trajo aquella noche la cena lo conduje astutamente a las cuestiones que me interesaban.

—No veo nunca a tu hermana —dije sin darle importancia.

—¡Oh!, no —dijo él—. Es una chica muy buena —y cambió inmediatamente de conversación.

—Tu hermana debe ser muy piadosa, ¿no? —pregunté en la siguiente ocasión.

—¡Uff! —exclamó uniendo las manos con gran fervor—, una santa. Ella es quien me mantiene.

—Eres muy afortunado —agregué—; mucho me temo que a la inmensa mayoría, entre los que me cuento, nos es más fácil marchar hacia abajo.

—Yo no diría eso, señor —contestó Felipe con mucha seriedad—; no debería usted tentar a un ángel. Si uno va cuesta abajo, ¿dónde se parará?

—Vaya —dije—, no sabía que ejercieras de predicador; y muy bueno, además. Supongo que todo eso será obra de tu hermana.

Felipe abrió mucho los ojos y asintió con su cabeza.

—Bien —continué—; en ese caso, es indudable que te habrá reprendido por tu pecado de crueldad.

—¡Doce veces! —exclamó, porque era la frase con la que expresaba la frecuencia en la repetición aquella extraña criatura—. Y le dije que también usted me había reñido. Me acordé de hacerlo —dijo orgullosamente— y a ella le gustó.

—Entonces, Felipe —continué—, ¿qué eran esos gritos que oí anoche? Porque es cierto que pertenecían a una persona que sufría mucho.

—Fue el viento —replicó el muchacho mirando al fuego.

Puse mi mano sobre la suya y, pensando él que se trataba de una caricia, sonrió con tan intensa satisfacción, que estuvo a punto de desbaratar mi propósito. Pero enseguida superé aquel momento de debilidad.

—El viento —repetí—, y sin embargo creo que fue esta mano —la levanté— la que me encerró en mi habitación echando la llave.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del muchacho, pero no soltó ni una palabra.

—Bien —le dije—, yo soy extranjero y huésped vuestro además, así que no creo que me corresponda entrometerme en vuestros asuntos, y menos intentar juzgarlos; me parece muy bien que en todo ello te atengas a los consejos que te da tu hermana, que no dudo serán los mejores. Pero en lo que a mí se refiere, no pienso ni por un momento convertirme en prisionero de esta casa, así que exijo se me dé la llave de mi habitación.

Media hora más tarde se abrió la puerta repentinamente y cayó la llave tintineando al suelo.

Un día o dos más tarde, regresaba yo de un paseo antes del mediodía. La señora, acurrucada en el hueco que da al patio, dormía apaciblemente; un montón de palomas permanecían aletargadas bajo los aleros, como si fueran pequeños montones de nieve; la casa entera se hallaba bajo el hechizo de la quietud del mediodía; tan sólo una apacible brisa que bajaba de las montañas se colaba por las galerías, susurraba entre los granados y agitaba dulcemente las sombras creadas por sus hojas. Había algo en aquella quietud que me movió a no romperla, así que crucé el patio y subí todo lo cuidadosamente que pude las escaleras de mármol. Ya estaba en el descansillo superior,

cuando se abrió la puerta de repente y me encontré cara a cara con Olalla. La sorpresa me inmovilizó; su hermosura aceleró los latidos de mi corazón; toda ella brillaba en la intensa sombra de la galería como una piedra preciosa; sus ojos se clavaron en los míos y se trabaron como se traban las manos; y allí estuvimos no sé cuánto tiempo cara a cara, bebiendo cada uno en el otro, como en una unión sacramental de las almas. No podría decir el tiempo que estuve allí delante de ella hasta salir de aquel profundo éxtasis, e inclinándome atropelladamente, subí los escalones que me faltaban. Ella no se movió, pero me siguió con sus grandes ojos sedientos; y cuando desaparecí de su vista, me pareció como si palidciera y se marchitara.

Al abrir la ventana de mi habitación y mirar fuera, no podía dar crédito al cambio sufrido sobre aquel austero panorama montañoso, que cantaba ahora y brillaba debajo de un cielo majestuoso. ¡Había visto a Olalla! Las piedras y el insondable azul del cielo repetían: «¡Olalla, Olalla!». La pálida mujer de mis sueños se había desvanecido para siempre y en su lugar yo contemplaba a la doncella en la que Dios había prodigado los colores más ricos y las energías más exuberantes de la vida: ágil como un ciervo, esbelta como un junco y en sus grandes ojos estaban encendidas las antorchas del alma. La vibración de su vida joven, tensa como la de un animal salvaje, había entrado de lleno dentro de mí. La fuerza con que aquel alma me había mirado desde el fondo de sus ojos se había apoderado de mi corazón y saltaba a mis labios como una canción. Olalla había atravesado mis venas: estaba sólo conmigo.

No se puede decir que mi entusiasmo decayera; más bien mi alma se mantuvo firme en aquel éxtasis como en un castillo fortificado, acosado allí por frías y dolorosas consideraciones. No podía dudar de que la amaba desde el momento en que la vi, y con un ardor que nunca anteriormente había experimentado. ¿Qué sucedería después? Olalla pertenecía a una familia sobre la que se cernían las calamidades, hija de la señora, además, y hermana de Felipe; su belleza en eso no la traicionaba. Tenía la ligereza y rapidez de su hermano, rápida como una flecha, ligera como el rocío; pero como su madre, Olalla brillaba sobre el pálido fondo del mundo con el resplandor de las flores. Nunca podría llamar hermano a aquel muchacho de inteligencia infantil ni madre a aquella hermosa e impasible mujer, cuya mirada vacía y la eterna sonrisa se me representaban ahora en la mente como algo verdaderamente odioso. Y si no podía casarme, ¿cómo se arreglaría? Olalla estaba irremediablemente indefensa; sus ojos me habían confesado idéntica pasión en la única y larga mirada que nos había servido de primera conversación; pero yo sabía que era ella la que se consagraba a la meditación

y al estudio en aquella fría habitación orientada al norte, lo que bastaba para desarmar a un ser sin corazón. Carecía del suficiente valor para huir, pero me prometí comportarme con la mayor prudencia.

Al abandonar la ventana, mis ojos se posaron en el retrato. Se había quedado sin vida, como la luz de una vela cuando sale el sol; me perseguía ahora con ojos de pintura. Lo comparaba con el original y me maravillaba el parecido de aquella raza en declive; las diferencias quedaban ocultas bajo aquella semejanza. Recordaba cómo, días antes, la dama del cuadro me había parecido una cosa inalcanzable en la vida real, un producto surgido de la mano del artista antes que de la propia naturaleza, y su imagen alentaba mi pensamiento. Había conocido con anterioridad mujeres hermosas que nunca lograron cautivarme; pero Olalla reunía todo lo que yo deseaba, todo lo que yo nunca me había atrevido a imaginar.

Al día siguiente no la vi; mi corazón sufría y añoraba su presencia como los hombres añoran la llegada de la mañana. Pero al otro día, cuando regresaba de mi paseo habitual, me la encontré en la galería y nuestras miradas volvieron a enfrentarse y a abrazarse. Tenía que haber hablado, acercarme a ella; pero, aunque toda ella tiraba con fuerza de mi corazón atrayéndolo como un imán, un obstáculo todavía más imperioso me detuvo. Hice otra inclinación de cabeza y continué mi camino; y ella, sin devolverme el saludo, me siguió con los ojos llenos de nobleza.

Ahora podía rememorar su imagen como quisiera y, mientras grababa sus rasgos en mi memoria, me parecía adentrarme hasta lo más profundo de su alma. Olalla había heredado algo de la coquetería de su madre y prefería, como ella, los colores fuertes. El vestido que llevaba puesto, confeccionado sin duda por ella misma, se ajustaba al cuerpo con gracia y sabiduría. El corpiño quedaba abierto en el centro por medio de una larga abertura, según la moda del país, y, a pesar de la pobreza de la familia, brillaba sobre su pecho, colgada de una cinta, una moneda de oro. Eso probaba, si hay que decirlo, su innato amor a la vida y el sentido que tenía de la belleza. Por otra parte, aquellos ojos, a los que se aferraban los míos, descubrían abismos de tristeza y pasión, luces de poesía y esperanza, una desesperación condenatoria y pensamientos que no tenían nada de terrenal. Tenía un cuerpo fabuloso, pero su alma valía más que todo él. ¿Debería dejar yo que aquella flor incomparable se marchitara inadvertida entre aquellas abruptas montañas? ¿Tendría que renunciar a aquella mirada que tan elocuentemente me dirigían sus ojos? ¿No habría de romper los barrotes que la tenían recluida en aquella prisión? Todas las demás consideraciones pasaron a segundo plano; y, aunque

fuera la hija del mismo Herodes, juré que habría de ser para mí, de manera que aquella misma tarde tramé —con un sentimiento en el que se mezclaban confusamente perfidia y venganza— cautivar a su hermano. Quizá le veía ahora con ojos distintos, quizá el pensamiento de su hermana me lo presentaba con las pocas cualidades que tenía; lo cierto es que ahora se me presentaba bajo el aspecto amable, y, aunque tenía celos de su parecido, lograba que me enterneciera.

El tercer día pasó en vano, un desierto de horas. Estaba decidido a no perder ninguna oportunidad y me entretuve toda la tarde en el patio, donde (para justificar mi estratagema) me dediqué a hablar con la señora más que de costumbre. Dios sabe que lo hacía con el más tierno y puro interés y, lo mismo que me había sucedido con Felipe, era consciente de que mi afecto por ella crecía. Pero me asaltaban algunas dudas. Me asustaba la serenidad con que podía quedarse dormida mientras hablaba y despertarse al poco rato sin manifestar el menor embarazo; y no digamos aquella pasiva sensualidad compuesta de infinitos cambios de postura, saboreando y recreándose en el placer corporal del movimiento. Ella vivía en y para su propio cuerpo, convirtiendo en constante deleite sensual el más pequeño de los movimientos de sus miembros. Descubría al final que nunca podría acostumbrarme a sus ojos. Cada vez que volvía hacia mí aquellas grandes y vacías órbitas, abiertas de par en par a la luz del día pero cerradas a cualquier indagación humana, cada vez que observaba los rápidos cambios de sus pupilas, que se dilataban y contraían en un instante, no sabía lo que me pasaba, no encuentro nombre para aquel confuso sentimiento de desilusión, incomodidad y fastidio que irritaban mis nervios. Intenté llevar una conversación sobre diferentes temas, pero siempre sin éxito, hasta acabar por referirme a su hija. Pero también aquí demostró su indiferencia. Dijo que era bonita, palabra que como sucede en los niños, sintetiza toda su capacidad de elogio; y cuando le sugerí lo poco habladora que parecía, se limitó a bostezar delante de mi misma cara y me contestó que las palabras no servían de mucho cuando no había nada que decir.

—La gente habla mucho, muchísimo —añadió, mirándome a la cara con sus pupilas dilatadas, bostezó de nuevo y me mostró una boca tan delicada como la de una muñeca. Capté la insinuación al momento y, abandonándola en su reposo, subí a mi habitación para sentarme en la ventana abierta, mirando las colinas sin verlas, sumido en sueños felices y escuchando con la imaginación una voz que no había oído nunca.

En la quinta mañana me desperté tan firmemente convencido en mi esperanza, que casi parecía desafiar al destino. Estaba seguro de mí mismo, ligeros el pie y el corazón, y decidido a exponerme a la prueba de su conocimiento. No dejaría pasar más tiempo bajo las ataduras del silencio, mudo completamente, viviendo tan sólo por la vista como el amor de los animales; había que arriesgar el todo por el todo y conseguir las alegrías que proporciona la intimidad humana. Pensé en ello con alborotadas esperanzas, como el viajero camino de El Dorado; no temía aventurarme en el desconocido y maravilloso país de su alma. Sin embargo, al encontrarme con ella de nuevo, la misma fuerza de la pasión cayó sobre mí y mi mente quedó al instante oscurecida; las palabras se escaparon de mi boca como en un hálito infantil; y me acerqué a ella como el hombre aturdido se acerca al borde del abismo. Olalla, por su parte, guardaba las distancias, pero sus ojos no se apartaban de los míos y me invitaban a continuar. Finalmente, cuando estaba a punto de alcanzarla, me detuve. Las palabras se negaron a salir de mi boca; si daba un paso más, podría abrazarla en silencio; y todo lo que en mí había de cuerdo, todo lo que aún no había conquistado, se rebeló contra la idea de tal atrevimiento. Así permanecemos durante un segundo, toda nuestra vida en los ojos, atrayéndonos y resistiéndonos el uno contra el otro; luego, con gran esfuerzo y consciente de la repentina amargura de la decepción, di la vuelta y me alejé con el mismo silencio.

¿Cuál era el poder que me impedía hablar? ¿Por qué callaba ella también? ¿Por qué se apartaba de mí con los ojos hechizados? ¿Era amor lo que sentíamos o una simple atracción animal, torpe e inevitable, como la atracción del imán sobre el acero? Nunca habíamos hablado, éramos unos absolutos desconocidos el uno para el otro, y sin embargo una influencia tan poderosa como el abrazo de un gigante nos unía silenciosamente a los dos. Por una parte, aquello me llenaba de impaciencia, aunque estaba convencido de que Olalla era una persona excelente: había visto sus libros, leído sus versos y adivinado así, en cierto sentido, el alma de la que era ya mi dueña. Pero por otra parte, aquello me dejó helado. Ella no me conocía más que por mi apariencia corporal; se sentía arrastrada hacia mí como las piedras caen sobre la tierra; las leyes que rigen la naturaleza de los cuerpos la guiaban a mis brazos sin su consentimiento; y yo retrocedí ante la idea de semejante unión y empecé a tener celos de mí mismo. Esa no era la manera como yo deseaba ser amado. Luego sentí una gran compasión por ella. Pensé cuán humillada debía sentirse —ella, la estudiosa, la virtuosa consejera de Felipe, la que se había retirado para llevar una vida de espiritualidad— al reconocer su debilidad con

un hombre con el que no había mediado ni una sola palabra. Todos los demás sentimientos desaparecieron; sólo quería encontrarla, consolarla y tranquilizarla; decirle cuánto la amaba y cómo su elección, hecha a ciegas, no había recaído en una persona indigna.

Al día siguiente el tiempo era magnífico; un azul intensísimo del cielo cubría las montañas; el sol brillaba con todas sus fuerzas; la brisa entre los árboles y los muchos torrentes que bajaban de las montañas impregnaban el aire de una música delicada y persistente. Yo, sin embargo, me sentía desbordado por la tristeza. Mi corazón lloraba por la ausencia de Olalla como un niño pequeño llora por la falta de su madre. Yo había ido a sentarme en una de las rocas de las colinas bajas que rodean la meseta norte, desde donde contemplaba el arbolado valle de un riachuelo a donde no solía acudir nadie. A pesar de mi mal humor, me conmovía aún aquel lugar vacío, aunque la echaba en falta; pensé con amargura en el placer y la felicidad de una vida pasada junto a ella en aquel ardiente aire y rodeado de aquel paisaje tan encantador, pero de pronto me asaltó un sentimiento de alegría tan intenso y fuerte, que me pareció crecer en fuerza y estatura como un Sansón.

Y luego, de repente, me di cuenta de que Olalla se estaba acercando. Salió de un bosquecillo de alcornos y se dirigió directamente a mí; yo me levanté y la esperé. La vida, el ardor y la ligereza con que andaba me impresionaron de verdad; no obstante, se acercaba lenta y sosegadamente. Aquella lentitud se desprendía de su energía, y si no volaba hacia mí era precisamente por aquella fortaleza suya inimitable. Mientras se aproximaba, mantuvo los ojos fijos en el suelo; y cuando estuvo lo suficientemente cerca, se dirigió a mí con una sola mirada. El primer sonido salido de su boca me sobresaltó. Era lo último que me faltaba, la última prueba que habría de superar mi amor. Su pronunciación era precisa y clara, sin los ceceos y las imperfecciones propias de su familia; y la voz, aunque más profunda de lo acostumbrado en las mujeres, resultaba juvenil y femenina al mismo tiempo. Su entonación poseía una gran riqueza de matices: dorados acordes de contralto se mezclaban con tonos algo más roncacos, como se mezclaban en sus trenzas las hebras rojas con los cabellos castaños. Lo más importante de su voz no era que se dirigiera a mi corazón, sino que también me hablaba de ella. Pero sus palabras me llevaron otra vez a la desesperación.

—Tiene usted que marcharse —dijo— hoy mismo.

Sus palabras arrastraron a las mías, y me sentí liberado de una gran peso o como si se hubiera disipado el hechizo que me había poseído. No sé qué palabras le contesté; pero allí, delante de ella, dejé que saliera todo el ardor de

mi corazón; le dije que vivía pendiente de ella, que sólo dormía para soñar con su belleza y que gustosamente renunciaría a mi país, mi lengua y mis amigos por vivir para siempre a su lado. Después, haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, cambié de tono; la tranquilicé y consolé y le dije que comprendía aquella actitud espiritual suya tan piadosa y heroica, y que anhelaba compartirla con ella para que nos iluminara a los dos.

—La naturaleza —continuó— es la voz de Dios, y los hombres corren gran peligro cuando la desobedecen; si nosotros no hemos necesitado palabras para sentirnos atraídos, como si fuera un milagro de amor, debe significar que existe una divina adecuación de nuestras almas. Estamos hechos el uno para el otro y estaríamos locos —exclamé— si, desobedeciendo esa llamada, nos rebelásemos contra Dios.

Olalla negó expresivamente con la cabeza.

—Se irá hoy mismo —repitió; y después, pasando a un tono de voz más agudo, exclamó—: no, hoy no. ¡Mañana!

Aquel signo de debilidad me devolvió la fuerza que me habían arrebatado sus palabras. Alargué los brazos y la llamé por su nombre; ella corrió a estrecharse contra mi pecho. Las colinas temblaron a nuestro alrededor, la tierra pareció empequeñecerse y yo sufrí tal conmoción, que me dejó ciego y aturdido. Pero no duró mucho. Inmediatamente Olalla se deshizo del abrazo y se perdió entre los alcornoques con la celeridad de una gacela.

Yo me quedé allí y les grité a las montañas; luego di la vuelta y me encaminé hacia la mansión, totalmente absorto. Olalla me ordenaba marcharme, y sin embargo se había refugiado entre mis brazos sólo con nombrarla. Tal vez eran flaquezas de muchacha, de las que ella, a pesar de ser tan extraña, no estaba exenta. ¿Irme? No, Olalla. ¡Yo, no! Un pájaro cantó cerca de allí, aunque no era todavía estación de pájaros; esto me invitaba a sentirme más animado. Y de nuevo el semblante de la naturaleza, desde las pesadas y sólidas montañas hasta la hoja más ligera y la mosca más diminuta que zumba a las sombras de los árboles, empezaron a agitarse delante de mí y a mostrarme aspectos de alegría que los últimos acontecimientos me habían hecho olvidar. El sol caía sobre las colinas como golpea el martillo en el yunque y las colinas se estremecieron; la tierra, removida por la intensidad del sol, despedía perfumes embriagadores; y los bosques refulgían bajo aquel incendio. Sentí, lo mismo que la tierra, los dolores y la alegría que conlleva el parto. Algo elemental, rudo, violento y salvaje en el amor que cantaba en mi pecho era como la clave de los secretos de la naturaleza; y las mismas piedras que rodaban bajo mis pies me parecían vivas y amistosas. ¡Olalla! Su contacto

había logrado que todo mi ser se confundiera con la tierra misma, había conseguido llevar a mi espíritu ese estado de exaltación que el hombre pierde con fácil frecuencia en las reuniones sofisticadas de sociedad. El amor ardía en mí con la fuerza de la rabia; la ternura me desbordaba; odiaba, adoraba, compadecía y veneraba con las más intensas emociones. Olalla parecía servirme de eslabón entre un mundo de cosas pasadas y el conocimiento de un Dios todo lleno de misericordia: una cosa brutal y divina, que participaba al mismo tiempo de la inocencia primigenia y de las fuerzas más irracionales de la naturaleza.

Con la cabeza dándome vueltas, entré en el patio de la casa y la presencia de la madre en aquel momento me iluminó como una revelación. Estaba sentada allí, como de costumbre, toda indolente y despreocupada, los ojos entornados bajo la viva luz del sol; una criatura completamente al margen e interesada tan sólo en disfrutar pasivamente, por lo que mi ardor se desvaneció como algo vergonzoso. Me detuve un momento e, intentando que no se me notara mucho la voz, le dirigí unas palabras. Ella me contestó con insondable amabilidad; su voz, al responderme, parecía provenir de aquel reino suyo de paz en el que siempre dormitaba y, por primera vez, experimenté un sentimiento de respeto por aquella persona tan inocente y feliz, y percibí que la quietud no me había abandonado.

Sobre mi mesa había una hoja de aquel papel amarillo que había visto en la habitación orientada al norte; estaba escrito por la misma mano, la mano de Olalla. Al empezar a leerla, un sentimiento repentino de alarma me conmovió interiormente. Leí: «Si siente usted aprecio por Olalla, si hay en usted algo de caballerosidad con una muchacha en la que se ha cebado la mala fortuna y la adversidad, le suplico que se vaya hoy mismo; por compasión, por honor y por aquel que murió en la cruz por nosotros, le ruego que desaparezca». La contemplé durante un tiempo con completa estupidez hasta que empecé a sentir un cansancio y un horror a la vida; el sol se estaba yendo fuera, en las desnudas colinas, y yo empecé a temblar como un hombre aterrorizado. El vacío que se abría en mi vida desde aquel instante me acobardaba como si fuera algo físico. No era mi corazón ni mi felicidad, sino la vida misma la que estaba en juego. No podía perderla. Lo dije así y lo repetí no sé cuántas veces. Luego, como si todo aquello no fuese más que un mal sueño, me acerqué a la ventana, extendí la mano para abrirla y atravesé el cristal. La sangre empezó a brotar de mi muñeca, y con una tranquilidad y dominio de mí mismo, puse el pulgar en la pequeña herida y me dediqué a pensar qué era lo más conveniente. No había nada en aquella habitación que pudiera servir a mis

propósitos; sentí, además, que necesitaba asistencia. Pensando en ello y en que fuera la misma Olalla la que me auxiliara, di la vuelta y bajé las escaleras sin apartar el pulgar de la herida.

No había rastro ni de Olalla ni de Felipe, así que me dirigí al hueco donde la señora se había retirado para seguir dormitando junto al fuego; ningún grado de calor le parecía suficiente.

—Perdóneme —dije—, si la molesto, pero necesito ayuda.

Levantó la vista displicentemente y preguntó de qué se trataba, y mientras le explicaba exactamente lo que era, me pareció como si retuviera el aliento, se le dilataran las aletas de la nariz y todo su ser se viera inundado de vida.

—Me he cortado —le expliqué— y creo que me he hecho una herida bastante profunda. ¡Vea! —y le mostré las manos por donde discurría un hilo de sangre.

Sus grandes ojos se abrieron de par en par y las pupilas quedaron reducidas a dos puntitos; una sombra se extendió por su rostro y le produjo una expresión muy marcada pero indefinible. Y mientras yo continuaba de pie, un tanto sorprendido por aquella alteración cuyas causas desconocía, vino rápidamente hacia mí y se inclinó para cogerme una mano; sin darme apenas tiempo, se la llevó a la boca y le dio un mordisco que llegó hasta el hueso. El agudo dolor, el repentino borboteo de la sangre y el monstruoso horror por la acción que acaba de realizar, me enardecieron todos juntos e hice que retrocediera; pero ella saltó sobre mí con gritos bestiales, gritos que reconocí como los que me habían despertado la noche del vendaval. Mientras me debilitaba rápidamente por la pérdida de la sangre, ella mostraba fuerzas desatadas; además, mi mente giraba sin control ante aquel aborrecible y extraño asalto, y ya me había acorralado contra el muro, cuando Olalla se interpuso entre los dos, y Felipe, que la seguía detrás a grandes saltos, logró derribarla e inmovilizarla en el suelo.

Me sentí prendido por una pasividad como de trance; veía, oía y sentía, pero me sentía incapaz de hacer el mínimo esfuerzo. Percibí confusamente el forcejeo de los contendientes que rodaban de un lado a otro de la habitación y los alaridos que profería aquel animal salvaje cada vez que estaba a punto de agarrarme. Sentí cómo Olalla me rodeaba con sus brazos, los cabellos cubriéndome la cara; luego, con la fuerza de un hombre me fue subiendo a mi habitación medio en vilo medio a rastras, y allí me depositó sobre la cama. La vi después apresurarse hacia la puerta, cerrarla con llave y escuchar un instante los gritos salvajes que retumbaban por toda la casa. Enseguida, rápida y ligera como un pensamiento, estaba de nuevo junto a mí vendándome la

mano, poniéndola en su pecho, gimiendo y lamentándose con arrullos de paloma. No eran palabras lo que salía de su boca, eran los sonidos más hermosos que pueda decir persona humana, infinitamente conmovedores, infinitamente tiernos; y sin embargo, mientras estaba allí tendido, un pensamiento atravesó mi corazón, un pensamiento que me hirió como una espada y profanó la pureza de mi afecto como el gusano en una flor. Sí, aquellos sonidos eran extremadamente hermosos e inspirados en la ternura humana, pero ¿era también humana su belleza?

Pasé todo el día allí. Durante mucho tiempo los gritos de aquella horrible mujer, que continuaba forcejeando con su cachorro, resonaron por toda la casa, produciéndome un horror desesperado y repugnante. Aquellos gritos me traían la muerte de mi amor; mi amor que era asesinado; no sólo muerto, sino ofensivo para mí; y sin embargo, pienso que me gustaba, sentía que mi pasión por ella crecía dentro de mí como una explosión de dulzura, y mi corazón se derretía con sus miradas y sus roces. Aquella sospecha horrorosa que se había interpuesto entre nosotros, aquel salvaje y bestial rasgo hereditario que no sólo corría por la sangre de la familia, sino que se asentaba en la misma base de nuestro amor, aunque me aterraba, me horrorizaba y provocaba náuseas, no tenía el suficiente poder para romper el nudo de mi enamoramiento.

Cuando cesaron los gritos, escuchamos unos arañazos en la puerta, con lo que supimos que Felipe estaba allí; Olalla fue a abrirle y le habló... no sé de qué. A excepción de aquello, ella permaneció muy cerca de mí, arrodillada unas veces junto a la cama y orando con fervor, sentada otras con los ojos clavados en los míos. Así fue como me empapé durante seis horas de su belleza y de la historia de su familia escrita en sus facciones. Vi la moneda de oro que se agitaba con la respiración; vi sus ojos que se ensombrecían e iluminaban, a pesar de no hablar otro lenguaje que el de una bondad sin límites; vi su rostro y las líneas de su cuerpo dibujadas por el vestido, todos perfectos. Llegó, por fin, la noche y en la creciente oscuridad del aposento su silueta se fue desvaneciendo muy lentamente; pero su mano seguía en la mía y me hablaba por medio del contacto. Yacer en aquel estado de suma gravedad y poder beber los rasgos de la amada es como para resucitar cualquier amor hundido en la desesperación. Cerrando los ojos a cualquier horror, rumié una y otra vez aquellos pensamientos y de nuevo saqué fuerzas para enfrentarme a lo peor. ¿Qué importaba todo si el amor sobrevivía, si aquellos ojos seguían atrayéndome y cautivándome, si mi cuerpo debilitado anhelaba y se volvía hacia ella como antes? Ya entrada la noche, recobré fuerzas y me dispuse a hablarle.

—Olalla —dije—, no me importa nada de lo ocurrido, no quiero saber nada; estoy muy contento y te amo.

Ella se arrodilló y estuvo rezando durante un rato; yo respeté sinceramente sus oraciones. Aunque la luz de la luna había penetrado por las tres ventanas, no distinguía bien la silueta de Olalla. La vi hacer la señal de la cruz al levantarse.

—Soy yo quien tiene que hablar —dijo— y debes escucharme. Ya sé que tú no puedes más que imaginártelo, pero he rezado, ¡cómo he rezado para que te vayas de esta casa! Te lo he pedido antes y sé que me lo hubieses concedido o, al menos, déjame que lo crea así.

—Te amo —dije solamente.

—Y, sin embargo, has vivido en el mundo —continuó ella—. Eres un hombre sensato y prudente, y yo no soy más que una niña. Perdóname que aparente enseñarte quien es más ignorante que los árboles de las montañas, pero los que saben muchas cosas no hacen sino rascar la superficie del conocimiento; entienden las leyes, asumen la dignidad de su propósito..., pero el horror de la realidad se esfuma en su memoria. Somos nosotros los que nos quedamos en casa en compañía del mal, los que recordamos, sentimos el aviso y tenemos compasión. Vete, vete cuanto antes y no me olvides; así podré seguir en un rincón de tu memoria, y esa vida será tan mía como la que llevo en este cuerpo.

—Te amo —dije una vez más, y alargando mi mano vacilante, cogí la suya, la llevé a los labios y la besé. Olalla no se resistió, aunque retrocedió un poco; vi su mirada fruncida, perpleja y triste. Luego pareció reafirmarse en lo que sentía, cogió mi mano y se la llevó a su corazón.

—Ahí —exclamó— estás sintiendo la verdadera fuente de mi vida. Mi corazón sólo late para ti; es tuyo. Pero ¿es siquiera mío? Cierto que puedo entregártelo como también puedo hacerlo con la moneda que cuelga de mi pecho, como puedo romper la rama florecida de un árbol y dártela. Y, sin embargo, no es realmente mío. Vivo, o creo que vivo (no lo sé aún con certeza), en un lugar aparte, prisionera impotente, que va de un sitio a otro y es ensordecida por un populacho al que repudio. Mi corazón, que late igual que el de cualquier animal, sabe que te tiene por dueño. ¡Te ama! Pero ¿y mi alma? Creo que no; bueno, no lo sé y temo preguntárselo. Cuando tú me hablaste, tus palabras venían del alma; tus preguntas van al alma y sólo con el alma me recibirías.

—Olalla —dije—, el alma y el cuerpo son una sola cosa, y más aún en el amor. Lo que el cuerpo elige ama el alma; donde se aferra el cuerpo se

adhiere el alma; cuerpo con cuerpo y alma con alma se confunden ante una señal de Dios, de manera que la parte más baja (si es que así podemos llamar a algo) es sólo base y cimiento de la más alta.

—¿Has visto —dijo ella— los retratos de mis antepasados? ¿Te has fijado en mi madre o en Felipe? ¿No se han detenido nunca tus ojos en ese cuadro que cuelga de la pared junto a tu cama? La mujer que posó para el retrato murió hace ya muchos años, pero mientras vivió no paró de hacer el mal. Mírala de nuevo: son mi misma mano, mis ojos, mis cabellos. ¿Qué es mío y qué soy yo si no hay un trazo en este pobre cuerpo mío (al que amas y por el que crees que me amas a mí), ni un gesto que yo pueda imaginar, ni el tono de mi voz, ni una mirada de mis ojos, ni siquiera ahora cuando hablo al hombre que amo, que no haya pertenecido a otra con anterioridad? Algunas de mis antepasadas, muertas ya hace tiempo, correspondieron con mis ojos a otros hombres; y otros hombres, muertos también, tuvieron que escuchar las súplicas en la misma voz que ahora resuena en tus oídos. Las manos de los muertos aprisionan mi pecho; me mueven, me guían; soy una marioneta gobernada a su antojo; yo no hago más que dar forma a rasgos y atributos que llevaban mucho tiempo apartados del mal en la quietud de la tumba. ¿Es a mí a quien tú amas, amigo mío, o más bien a la estirpe que me hizo y represento? ¿Amas a la muchacha que no es capaz de gobernar ni la más mínima parte de su ser o a la corriente de la que ella es tan sólo un remolino o el fruto pasajero de cualquier árbol? Soy de una raza que existe, vieja y joven, que arrastra consigo un destino eterno; en ella, como las olas del mar, unos individuos suceden a otros en palpable apariencia de autonomía y Control, pero carecen en realidad de una vida propia. El alma reside en la estirpe, se hereda, se transmite.

—Luchas contra el destino común —la rebatí yo—. Te rebelas contra la ley de Dios, que él ha hecho tan convincente para que convenza, tan imperiosa para que se imponga. ¡Escúchale, mira cómo habla entre nosotros! Tu mano se aferra a la mía, tu corazón salta al tocarte, los desconocidos elementos de que estamos compuestos despiertan y corren a reunirse en una sola mirada; el barro de la tierra recuerda su vida independiente y anhela unirnos; somos arrastrados el uno hacia el otro como las estrellas siguen su curso en el espacio, o como las mareas suben y bajan impelidas por fuerzas más antiguas y poderosas que nosotros mismos.

—No sé qué más decirte —replicó ella—. Hace ochocientos años mis antepasados gobernaban toda esta provincia: eran prudentes, poderosos, astutos y crueles; procedían de una de las más escogidas familias españolas;

sus insignias y estandartes ocupaban la primera línea en las batallas; el rey les llamaba primos; el pueblo, cuando el nudo corredizo de la horca les tocaba a ellos o encontraban sus cabañas incendiadas al regreso de la guerra, maldecían su nombre. Pero pronto empezó a cambiar. El hombre se ha ido elevando progresivamente; si procede de los animales, puede descender de nuevo al mismo nivel; el momento de la fatiga tocó a su humanidad y algunas cuerdas se aflojaron. Mis antepasados empezaron a decaer; sus mentes se embotaron; sus pasiones despertaban a rachas, temerarias e insensibles como el viento, en los desfiladeros de las montañas; la belleza seguía transmitiéndose de generación en generación, pero ni había inteligencia ni el corazón guardaba sentimientos humanos; la semilla se iba reencarnando en carne que a su vez recubría los huesos, pero ambos, carne y hueso, eran de animales y el cerebro era de mosquitos. Te hablo todo lo sinceramente de que soy capaz; pero tú has visto con tus propios ojos cómo la fortuna ha dado marcha atrás en esta familia mía condenada a la desesperación. Yo me encuentro, por decirlo de alguna manera, en un punto elevado de esa curva descendente, y veo lo que se ha perdido y lo que estamos condenados a perder. ¿Y debo yo, que vivo aparte en este cuerpo mío como si fuera la casa de los muertos, odiando su manera de ser, repetir el hechizo? ¿Tendré que encadenar otro espíritu, reacio al mío, en esta cárcel hechizada y tempestuosa que ahora padezco? ¿Me veré obligada a transmitir a otros este recipiente maldito de humanidad, llenándolo de vida nueva como si fuera un veneno recién preparado, y arrojarlo como un fuego purificador al rostro de la posteridad? No, mi promesa es firme: mi stirpe desaparecerá de la tierra. En estos momentos mi hermano está preparando la partida; sus pasos se oirán muy pronto en la galería; tú te irás con él y desaparecerás de mi vida para siempre. Recuérdame de vez en cuando como alguien para quien el enfrentamiento con la vida fue muy duro, pero que aprendió con ánimo; piensa en mí como alguien que te amó de verdad, pero el odio que sentía por sí misma hacía que su amor le resultara odioso; acuérdate de que, aunque te hice marchar, deseé en el fondo vivir contigo para siempre; que no tenía mayor esperanza que olvidarte ni mayor temor que ser olvidada.

Olalla se había acercado a la puerta mientras hablaba, y su voz melodiosa sonaba débil y lejana; tras las últimas palabras desapareció y yo me quedé a solas, iluminado por la luna. No sé qué hubiera hecho si no me encontrara postrado de tan extrema debilidad; lo cierto es que me embargó un sentimiento de total desesperación. No transcurrió mucho tiempo antes de que apareciera en la puerta el rojizo resplandor de una linterna; era Felipe, que,

cargándome sobre sus hombros sin decir una palabra, me condujo hasta la puerta principal donde ya estaba esperando el carro. A la luz de la luna, las colinas se recortaban nítidamente como si fueran de cartón; sobre la superficie apenas visible de la meseta y entre los árboles que se agitaban centelleantes por el viento, se destacaba el voluminoso rectángulo oscuro de la casa, interrumpida sólo su mole por tres ventanas débilmente iluminadas en la fachada norte sobre la puerta principal. Eran las ventanas de Olalla y, mientras el carro avanzaba dando tumbos, fijé mis ojos en ellas hasta que las perdí de vista para siempre en el sitio en donde el camino desciende hacia el valle. Felipe caminaba en silencio junto a la lanza del carro, pero detenía de vez en cuando la mula y parecía volver la vista sobre mí; al cabo de un rato se acercó del todo y me posó una mano en la cabeza. Lo hizo con tal afecto y sencillez, que las lágrimas brotaron de mis ojos como brota la sangre de una arteria cuando se rompe.

—Felipe —dije—, llévame a algún sitio donde no hagan preguntas.

Sin decir palabra, giró la mula en redondo desandando parte del camino recorrido, y, así que tomamos otro sendero, me condujo a una aldea de la montaña que era, como decimos en Escocia, la iglesia parroquial de aquel distrito tan poco poblado. Guardo en mi mente algunos recuerdos fragmentarios del amanecer sobre la llanura, del carro deteniéndose, de los brazos que me ayudaron a bajar, de la habitación casi vacía a la que me llevaron y del desfallecimiento que me sumió en el más profundo sueño.

Al día siguiente y en días sucesivos me acompañaba con frecuencia el anciano sacerdote con su caja de rapé y su breviario; y al cabo de un tiempo, cuando empezaba a recobrar las fuerzas, me comunicó que estaba en franca recuperación y que debería partir tan pronto como me fuera posible. Después, sin dar ninguna explicación, tomó un poco de rapé y me miró de reojo. No fingí ignorancia, sabía que el padre debía haber hablado con Olalla.

—Señor, usted sabe que no le hago esta pregunta por puro capricho —dije—. ¿Puede decirme algo concreto sobre esa familia?

Me contestó cosas que ya sabía: que eran muy desgraciados, que estaban en plena decadencia, que eran muy pobres y que no habían tenido ningún cuidado.

—Pero con Olalla no ha pasado lo mismo —repliqué yo—. Creo que, gracias a vuestra ayuda, ella es ahora una mujer más prudente e instruida que el promedio de las mujeres.

—Sí —contestó—, la señorita es una persona instruida, pero su familia la ha tenido muy abandonada.

—¿Y la madre? —me interesé.

—Sí, la madre también —concedió el Padre, repitiendo otro poco de rapé—. Pero Felipe es un buen muchacho.

—¿No es muy extraña la madre? —volví a la carga.

—Muy extraña —replicó el sacerdote.

—Me temo, señor, que estamos dando excesivos rodeos —le aseguré—. Usted debe saber más de la situación en que me encuentro que la que da a entender. No ignorará que tengo motivos justificados para apagar mi curiosidad. ¿No quiere ser franco conmigo?

—Hijo mío —me contestó el sacerdote—, en materias de mi competencia seré todo lo franco de que sea capaz; pero de las que nada sé no necesito mucha discreción para callármelas. No intento escaparme, conozco perfectamente su intención, y ¿qué puedo decirle sino que todos dependemos de las manos de Dios y que sus caminos no son los nuestros? He consultado incluso con mis superiores eclesiásticos, pero ellos tampoco tienen respuesta. Es un gran misterio.

—¿Está loca? —pregunté.

—Verá, voy a decirle lo que yo creo. No lo está —replicó el Padre—, o, al menos, no lo estaba. Cuando era joven (y Dios se apiade de mí, porque creo que no me ocupé lo suficiente de ella) estaba cuerda, sin duda alguna; sin embargo, aunque no llegaba a los extremos actuales, había ya indicios perceptibles. Antes que ella, lo había sido también su padre, y muchos otros antes que su padre, lo que me obligó, quizá sin yo saberlo, a tomármelo un poco a la ligera. Pero, ya le digo, eso no es cosa de un individuo en concreto, sino que viene de familia.

—Cuando era joven —empecé, aunque me falló la voz en un momento y tuve que esforzarme para proseguir— ¿se parecía a Olalla?

—¡Ni muchísimo menos! —replicó inmediatamente el Padre—. No quiera Dios que alguien piense tan mal de mi penitente favorita. No, no, la señorita (no por su belleza, que desearía con toda sinceridad no fuera tanta) no tiene el menor parecido con su madre cuando tenían la misma edad. No puedo permitir que usted piense eso, aunque quién sabe si no sería lo mejor.

Al oír esto me incorporé en la cama y abrí mi corazón a aquel anciano; le hablé de nuestro amor y de la decisión de Olalla, reconocí mis temores y las cosas que había llegado a imaginar, aunque también le dije que todo aquel asunto había terminado; y con sincera actitud de sumisión apelé a su buen juicio.

El anciano sacerdote escuchó mi charla" con paciencia infinita y sin sorpresa alguna. Cuando hube terminado permaneció en silencio un rato y dijo después:

—La Iglesia... —e inmediatamente se interrumpió de nuevo para disculparse— había olvidado, hijo mío, que no es usted cristiano —dijo—. La verdad es que, en un asunto tan sumamente particular, la Iglesia no ha llegado a pronunciarse. ¿Quiere saber de verdad mi opinión? El mejor juez en este asunto es la señorita; yo acataría siempre su decisión.

Después de esto se despidió y desde entonces menudearon sus visitas; incluso, cuando empecé a levantarme y a salir, noté que rehuía mi compañía no tanto por el disgusto que le producía, cuanto por el acoso a que podía someterle para aclarar todos los enigmas. También los aldeanos evitaban mi compañía; no se mostraban muy dispuestos a guiarme en mis paseos por las montañas; pensé que me miraban con desconfianza, hasta el punto de que los más supersticiosos se santiguaban a mi paso. Al principio lo atribuí a mi condición de no creyente, pero con el tiempo comprendí que se debía a mi relación con la casa. Cualquier hombre despreciaría las ideas de gente tan ignorante y palurda, pero notaba cada día que una sombra de frialdad descendía y se apoderaba de mi corazón. Aunque no llegó a apagarse, no puedo negar que disminuía el ardor de mi pasión.

Algunas millas al oeste de la aldea existía un espacio abierto en la sierra desde el que se podía observar directamente la mansión, y aquel lugar se convirtió en el objetivo cotidiano de mis exploraciones. Un bosque coronaba la cima, y justo en el sitio en el que el camino se salía de las sombras, se alzaba un montículo de piedra coronado por un crucifijo de tamaño natural y con una expresión tremendamente realista. Aquél era mi observatorio; desde allí, día tras día, contemplaba la meseta y la antigua mansión y seguía a Felipe, no más grande que una mosca, en sus idas y venidas por la huerta. Algunas neblinas me ocultaban a veces su visión, pero inmediatamente eran arrastradas por los vientos de las montañas; otras veces dormitaba la llanura debajo de mí bajo un cielo purísimo y sin nubes, y otras desaparecía por completo a causa de la lluvia. La distancia que me separaba de la casa y la intermitencia con que lograba ver el lugar donde tan profundos cambios había sufrido se adecuaban a las indecisiones de mi estado de ánimo. Allí transcurrían mis días, discutiendo conmigo mismo los diferentes aspectos de la situación, inclinándome unas veces a las sugerencias del amor o prestando oídos a la prudencia otras, y, al final, no sabía por cuál de los dos extremos decidirme.

Un día, mientras estaba sentado sobre mi roca, pasó por aquel camino un campesino flaco, envuelto en una capa. Era forastero, por lo que no me conocía ni de oídas, dado que, en vez de caminar por el lado opuesto al mío, vino y se sentó junto a mí. Enseguida entramos en conversación. Me dijo, entre otras cosas, que en su tiempo había sido arriero y frecuentado mucho aquellas montañas; más tarde había seguido al ejército con sus mulas, ganado una buena fortuna y retirado para vivir en paz con su familia.

—¿Conoce usted esa casa? —le pregunté al fin, señalándole la mansión, porque enseguida me cansaba de cualquier conversación que no girara en torno a Olalla.

El viajero me observó sombríamente y se santiguó.

—Demasiado bien —dijo—; fue ahí donde uno de mis compañeros se vendió a Satanás. ¡Que la Virgen nos proteja contra las tentaciones! Pagó su precio y ahora estará ardiendo en lo más profundo del infierno.

Me quedé aterrorizado y no pude contestarle nada; luego murmuró como si hablara consigo mismo.

—Sí —dijo—, ya lo creo que la conozco. He cruzado sus puertas. Había mucha nieve en el desfiladero aquella noche y el viento iba acumulando más; no hay duda de que la muerte nos esperaba agazapada en las montañas, pero era peor arrimarse al fuego. Lo agarré por los brazos, señor, y lo arrastré hasta la puerta principal; le supliqué por lo que más amaba y respetaba que se marchara conmigo; me arrodillé en la nieve ante él y pude ver que se sentía conmovido por mis ruegos. Pero en aquel preciso instante ella salió de la galería y le llamó por su nombre; mi amigo se dio la vuelta y la vio allí, linterna en mano, sonriéndole para que volviera. Llamé a Dios y sujeté a mi amigo por los brazos, pero él se deshizo de mí y me dejó solo. Había tomado ya su decisión, ¡que el cielo nos ampare! Rezaría por él, pero ¿para qué? Hay pecados que no puede perdonar ni el mismo Papa.

—¿Y qué se hizo de su amigo? —inquirí preocupado.

—Sólo Dios lo sabe —contestó el arriero—. Si es cierto todo lo que oímos, su fin fue como su pecado, algo que pone los pelos de punta.

—¿Quiere usted decir que lo mataron? —pregunté de nuevo.

—Por supuesto que lo mataron —respondió—, aunque ¿de qué manera? Son cosas que por el hecho de hablar de ellas ya son pecado.

—La gente de esa casa... —proseguí.

Pero el hombre me interrumpió destempladamente.

—¿Personas? —gritó—. ¡En esa casa de Satanás no hay nadie, ni hombres ni mujeres! ¿Es posible que aún no sepa nada después de vivir aquí tanto

tiempo?

Y al llegar aquí puso su boca en mi oído y me siguió contando en susurros, como si temiera que hasta las mismas aves pudieran enterarse y enmudecer de horror.

Lo que me contó no era cierto y nada tenía de original; se trataba sin duda de una nueva versión —aderezada con los ingredientes de la superstición y la ignorancia— de historias tan antiguas como la misma raza humana. Fue más bien su aplicación lo que me irritó profundamente. En épocas pasadas, dijo, la Iglesia habría quemado aquel nido de basiliscos, pero en la actualidad su fuerza había decaído; su amigo se había librado del juicio de los hombres, pero había caído en las manos de un Dios ofendido. Aquello estaba mal, pero no por mucho tiempo. A pesar de la edad del Padre y su propio embrujamiento, los feligreses sabían ya el peligro que corrían y no estaba muy lejano el día en que el humo de aquella casa se elevara hasta el cielo.

No cabía en mí más horror y miedo. No sabía si avisar primero al Padre o llevar tan malas noticias directamente a los amenazados habitantes de la casa. Pero el destino iba a decidir por mí, ya que, mientras me debatía en estas dudas, divisé la figura de una mujer que se acercaba hasta mí cubierta por un velo. Pero ni eso podía ocultarme su identidad; en cada línea y en cada movimiento podía reconocer a Olalla, así que, esperando a que alcanzara la cima, me resguardé en el saliente de una roca. Una vez que llegó, salí a su encuentro. Ella me reconoció y se detuvo, pero no habló; lo mismo hice yo y así continuamos durante un tiempo, contemplándonos con apasionada tristeza.

—Creía que ya te habías ido —rompió ella finalmente—. Es todo lo que puedes hacer por mí... marcharte. Eso es todo lo que he exigido de ti, pero ya veo que continúas aquí. ¿No te das cuenta de que cada día aumenta el peligro, no sólo en cuanto a tu vida se refiere sino a la nuestra? La noticia se ha extendido ya por la montaña; creen que me amas, y la gente no está dispuesta a soportarlo.

Me alegré de que estuviera informada de la situación.

—Olalla —dije—, estoy dispuesto a marcharme hoy, ahora mismo; pero no solo.

Ella se arrodilló a un lado delante del crucifijo para rezar. Yo me quedé en el mismo sitio, contemplando alternativamente a ella y al crucifijo, comparando la figura llena de vida y la lividez de su rostro con las coloreadas heridas del Cristo y sus costillas resaltadas. El silencio era roto tan sólo por los gemidos, de alarma o de sorpresa, de algunos pájaros grandes, que describían círculos sobre la cima de la montaña. Olalla se levantó enseguida,

se volvió hacia mí, levantó el velo que la cubría y, apoyando una mano en el tronco del crucifijo, me miró con una pálida y dolorosa expresión.

—El Padre dice que no eres cristiano —dijo, mientras apoyaba una mano en la cruz—, pero míralo un momento con mis ojos y contempla al Cristo de los dolores. Todos somos, como también lo fue él, herederos del pecado: todos tenemos que sobrellevar y expiar un pasado que no es el nuestro; existe en todos nosotros, incluso en mí misma, una chispa de divinidad. Tenemos que sufrir, como él, hasta que venga la mañana trayéndonos la paz. No te interpongas en mi camino: me sentiré menos sola acompañada por aquel que es el amigo de todos los que sufren; seré más feliz renunciando a todas las alegrías terrenales y aceptando gustosamente el dolor que me ha tocado en suerte.

Contemplé el rostro del crucifijo como ella me había dicho, y, aunque no me han interesado nunca las imágenes pertenecientes al arte imitativo y gesticulante del que aquella cruz era un tosco ejemplo, me di cuenta en mi interior de lo que aquel objeto representaba. Aquel rostro que me dominaba desde arriba estaba contraído por el dolor y la proximidad de la muerte, pero los rayos de gloria que le coronaban recordaban que el sacrificio había sido completamente voluntario. Estaba alzado allí, encima de la roca, como se alza en el cruce de muchos caminos, predicando en vano a los que pasan, símbolo manifiesto de tristes y nobles verdades; recordándonos que el placer no es un fin, sino un medio; que el sufrimiento es una elección que hacen los que poseen grandeza de espíritu; y que es preferible sufrirlo todo y hacer el bien. Di la vuelta y descendí de la montaña en silencio; y cuando volví la cabeza por última vez, antes de que los árboles del bosque me ocultaran el camino, vi que Olalla continuaba aún con la mano apoyada en el crucifijo.

Bournemouth, 1885

Markheim

—Sí —dijo el anticuario—, tenemos oportunidades de varias clases; algunos clientes no saben muy bien lo que traen y yo, debido a mi mayor conocimiento, me beneficio de unos dividendos que no esperaba; otros, por el contrario, no son nada honrados —y aquí levantó la vela, de manera que la luz iluminó con más intensidad la cara del visitante—, en cuyo caso es mi honestidad la que se aprovecha de ellos.

Markheim acababa de entrar desde la calle y, deslumbrado como estaba por la intensa luminosidad del sol, sus ojos no se habían familiarizado aún con el contraste de luces y sombras existentes en la tienda. Ante la mordacidad de aquellas palabras y la proximidad de la llama, no pudo por menos de parpadear penosamente y desviar la mirada.

El anticuario ahogó una risita entre los dientes.

—Así que viene a verme el día de Navidad —continuó—, cuando sabe perfectamente que estoy solo en casa, con los cerrojos echados y evitando toda conversación que gire sobre negocios... En fin, tendrá que pagarme por ello; tendrá que pagarme el tiempo robado, puesto que debería estar ahora haciendo el balance de mis libros; tendrá que pagarme, además, por ese extraño comportamiento que observo hoy en usted. Ya sabe que soy un hombre discreto y que no hago preguntas inoportunas, pero cuando un cliente no puede mirarme a los ojos es porque tiene algo que pagarme.

Sus dientes volvieron a brillar con la misma risa entrecortada y, recuperando el tono de voz habitual de los negocios, continuó acompañándose de un cierto deje de ironía:

—¿Puede usted explicarme claramente y como ya es costumbre entre nosotros de qué manera ha llegado este objeto a su poder? ¿Del gabinete de su tío también? ¡Un coleccionista extraordinario su tío, caballero!

Y aquel hombrecillo pálido y caído de hombros se lo quedó mirando fijamente por encima de sus gafas de montura dorada, al tiempo que movía la

cabeza con evidente muestra de incredulidad. Markheim le correspondió con otra mirada de infinita compasión y cierta sombra de ansiedad.

—Esta vez —dijo— se encuentra usted en un error. No he venido a vender, sino a comprar. No tengo ningún objeto de que desprenderme. El gabinete de mi tío está pelado hasta los zócalos; incluso aun cuando estuviera intacto, me dedicaría a ampliarlo y completarlo debido a mi buena suerte en la Bolsa. No, mi visita de hoy es mucho más sencilla: busco un regalo de Navidad para una dama —continuó, volviéndose más elocuente al empezar el rollo que traía preparado—, y debo excusarme por molestarlo en materia tan pequeña. Pero, ya sabe, me descuidé ayer y debo tener mi obsequio para esta noche. Como usted comprenderá muy bien, un matrimonio ventajoso es una cosa que no debe despreciarse.

Siguió una pausa durante la cual el anticuario sopesó incrédulo aquella confidencia. El tic-tac de los muchos relojes que abundaban entre los curiosos trastos de la tienda y el sordo rumor de los cabriolés que pasaban por la calle inmediata llenaron el silencioso intervalo.

—Muy bien, señor —dijo el anticuario—, será como dice. Después de todo, usted es un viejo cliente; y si, como acaba de afirmar, tiene la oportunidad de hacer un buen matrimonio, no seré yo quien le ponga obstáculos. Aquí tiene un objeto muy apropiado para una dama —prosiguió—, un espejo de mano del siglo xv, garantizado por supuesto; procede también de una buena colección, pero me reservo el nombre por expresa indicación de mi cliente, quien, como usted mismo, mi querido señor, era nieto y único heredero de un coleccionista notable.

El anticuario se detuvo para coger el objeto de su sitio y, mientras continuaba su charla con aquella voz sarcástica y cortante, Markheim sintió una sacudida, un temblor en manos y pies, una súbita crispación en su cara que indicaban muchas y tumultuosas pasiones. Pero desapareció tan rápidamente, que no le dejó mayor rastro que un leve temblor en la mano que ahora recibía el espejo.

—Un espejo —musitó con una voz ronca, repitiéndolo más claramente después de una breve pausa—. ¿Un espejo? ¿Para Navidad? ¡Usted bromea!

—¿Y por qué no? —exclamó con energía el anticuario—. ¿Por qué un espejo no?

Markheim lo miraba con una expresión indefinible.

—Me pregunta usted por qué no —replicó—. Pues bien, ¡mírese en él, véase usted mismo! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! Ni a mí..., ni a ningún otro hombre.

El hombrecillo, que se había sobresaltado y retrocedido cuando Markheim lo enfrentó tan repentinamente con el espejo, volvió a reír entre dientes al descubrir que no había motivo de qué alarmarse.

—Pienso, señor, que la madre naturaleza no debe haber sido muy generosa con su futura esposa —dijo el anticuario.

—Así que le pido un regalo de Navidad —se acaloró Markheim— y usted me da esto; un maldito recordatorio de la edad, de los pecados, de las locuras realizadas... ¡algo así como una conciencia de bolsillo, vamos! ¿Era esa su intención? ¿Qué estaba maquinando? Dígamelo. Será mejor para usted, si lo hace. ¿Tendré que suponerle la existencia de un alma caritativa?

El anticuario examinó detenidamente a su cliente. Resultaba todo muy extraño, pues Markheim no aparentaba estar de broma; había algo en su rostro como si manifestara un urgente destello de esperanza, pero nada de alegría.

—¿Qué insinúa? —preguntó el anticuario.

—¿He dicho caritativo? —replicó el otro con tono sombrío—. Al contrario: es usted odioso, impío, mezquino, falto de escrúpulos y nada afectuoso; una mano para coger el dinero y otra para guardarlo en la caja fuerte. ¡Santo cielo! ¿Es eso todo, buen hombre? ¿Todo?

—Voy a decirle lo que pienso realmente —empezó el anticuario con cierta brusquedad, y ahogó de nuevo la risa entre los dientes—. Comprendo que se ha enamorado de verdad y que lo ha estado celebrando bebiendo a la salud de su dama.

—¡Vaya! —exclamó Markheim con extraña curiosidad—. ¡Así que sabe usted lo que es estar enamorado! Hábleme de ello entonces.

—¿Enamorado yo? —replicó el anticuario—. Ni he tenido tiempo ni lo tengo ahora para escuchar tanta tontería. ¿Se queda usted con el espejo o no?

—¿Por qué tanta prisa? —repuso Markheim—. Es muy agradable estar hablando aquí. La vida es tan corta y tan insegura, que me recriminaría el desaprovechar cualquier placer, ni siquiera uno tan insignificante como éste. Deberíamos aferrarnos siempre a todo lo que, por mínimo que sea, se encuentre a nuestro alcance, de la misma manera que se aferra un hombre al borde de un precipicio. Cada segundo es un precipicio, si se piensa en ello; un precipicio de una milla de altura, lo suficientemente alto para destruir, si caemos, cualquier resto de humanidad que nos quede. Así que hablemos con tranquilidad de nosotros mismos. ¿Por qué tenemos que estar fingiendo siempre? Intentemos confiarnos nuestros problemas. ¡Quién sabe, a lo mejor hasta llegamos a ser amigos!

—Sólo puedo decirle una cosa —respondió irritado el anticuario—. O hace usted su compra o se marcha de mi tienda.

—Bueno, bueno, ya está bien de bromas —aseguró Markheim—. Vayamos al negocio. Muéstreme alguna otra cosa que pueda interesarme.

El anticuario se agachó una vez más para depositar el espejo en el estante y, al hacerlo, los finos cabellos rubios cayeron sobre sus ojos y le cegaron. Markheim aprovechó para acercársele un poco más con la mano metida en el bolsillo de su abrigo; inspiró, llenó de aire sus pulmones y mostró sus dientes mediante una extraña elevación del labio superior, describiendo así su rostro muchas y diferentes emociones: terror y decisión, fascinación y repugnancia física.

—Puede que esto le sirva —apuntó el anticuario—, y al mismo tiempo, mientras se incorporaba, Markheim se abalanzó sobre su víctima. La afilada daga brilló como un rayo antes de caer. El anticuario forcejeó como una gallina, se golpeó en la sien contra la repisa y se desplomó en el suelo como si fuera un fardo.

Pequeñas e imperceptibles voces marcaron el tiempo en la tienda; voces solemnes y pesadas como correspondía a su antigüedad unas; cantarínas y apresuradas otras, y todas marcando el tiempo en un complicado coro de tic-tacs. Inmediatamente el ruido de un muchacho que arrastraba los pies sobre la acera quebró la monotonía de aquellas voces y sacó a Markheim de sus cavilaciones internas. Contempló la tienda aterrorizado. La vela continuaba sobre el mostrador y su llama se agitaba vivamente por la corriente de aire, de manera que aquel movimiento tan insignificante inundaba la sala de una silenciosa animación, subiendo y bajando como un mar encrespado; se balanceaban exageradamente las sombras, las densas manchas de oscuridad se dilataban y contraían como si tuvieran una respiración propia, rostros de retratos y dioses de porcelana cambiaban y oscilaban como las imágenes sobre el agua. La puerta interior seguía entreabierta y escudriñaba el maremágnum de sombras como si le apuntara intencionadamente con el dedo.

Los ojos de Markheim volvieron de aquellas fantasmales ondulaciones al cuerpo de su víctima, que yacía encorvado y desparramado a un tiempo, increíblemente pequeño y, por extrañas razones, más mezquino aún que en vida. Vestido con aquellas pobres ropas de avaro y en aquella postura tan desaliñada, parecía un saco de serrín. Aunque había vencido su miedo para mirarle y se había convencido de que no era nada, aquel alijo de ropas viejas encharcadas en sangre le alertaron con voces elocuentes. Tenía que dejarlo allí; no había nadie que reanimara sus articulaciones ni que le hiciera andar;

tendría que permanecer allí hasta que le encontraran. ¿Y qué pasaría cuando fuera descubierto? Entonces, e incluso muerto, su carne inanimada lanzaría un grito que recorrería Inglaterra entera y sus ecos le perseguirían por todo el mundo. «A falta de inteligencia, el tiempo es el peor de los enemigos», pensó. Y la palabra «tiempo» se le grabó en la mente. Tiempo, ahora que el crimen se había consumado; tiempo inútil para la víctima, preciosísimo y apremiante para el asesino.

Seguía aún enfrascado en ese pensamiento, cuando uno tras otro, con los tonos y ritmos más graves que los de una campana de catedral, alegres y agudos como el preludio de un vals, los relojes empezaron a dar las tres.

Tantas lenguas desatadas en contraste con la silenciosa cámara desconcertaron a Markheim. Empezó a desplazarse con la vela de uno a otro lado, acosado por multitud de sombras móviles, picado en lo más vivo por reflejos fortuitos. Lujosos espejos estilo inglés, veneciano o de Ámsterdam, repetían una y mil veces su cara, como si de un ejército de espías se tratara; sus propios ojos le detectaban desde muchos ángulos y el mínimo roce de sus pasos, por muy cuidadosamente que pisara, rompía la calma circundante. Y aun cuando continuaba llenándose los bolsillos, su mente le recordaba con implacable insistencia los mil errores de su plan. Tenía que haber elegido una hora más tranquila, haberse procurado una coartada, ser más cuidadoso y no haber matado al anticuario; sólo atarlo y amordazarlo; o mejor, ser más atrevido y matar también a la criada; tenía que haber obrado de otra manera; se sentía abrumado por los remordimientos y por los continuos esfuerzos mentales para cambiar lo inmutable, para planear lo irrevocable, para construir el pasado irrecuperable. Detrás de toda esta intensa actividad, terrores irracionales, como el escabullirse de ratas en un ático abandonado, abarrotaban las más remotas cavidades de su cerebro; la mano del policía caería pesadamente sobre sus hombros y sus nervios se estremecerían como el pez cogido en el anzuelo; o contemplaba en desfile alucinante el arresto, la prisión, la horca y el negro ataúd.

El terror le llevaba a imaginar que la gente que pasaba por la calle se convertía en un ejército enemigo. Resultaba imposible que no hubieran oído algún rumor del forcejeo y despertado su curiosidad y adivinaba a los vecinos inmóviles, acechando cualquier mínimo rumor: personas solitarias, condenadas a pasar la Navidad sin otra compañía que los recuerdos del pasado y pendientes ahora de una labor de espía; alegres grupos familiares petrificados repentinamente alrededor de la mesa, la madre aún con un dedo levantado como en un grabado de época; gentes de distinta categoría, edad y

humor, pero todos, en lo más profundo de su ser, fisgoneando, escuchando y tejiendo la soga que habría de llevarle a la horca. En ciertos momentos le parecía que sus movimientos no eran lo suficientemente suaves; el tintineo de las altas copas de Bohemia repiqueteaba tan ruidosamente como el vuelo de campanas, y alarmado por la intensidad de los tic-tacs se sentía tentado a parar los relojes. Y luego, en rápida transposición de sus temores, el mismo silencio de la tienda le parecía una fuente de peligros, una cosa capaz de impresionar y aterrar a los transeúntes; y entonces caminaba con más decisión y se movía hábilmente entre los objetos de la tienda imitando con cierta jactancia la desenvoltura de un hombre ocupado en la tranquilidad de su hogar.

Tenía la cabeza tan dividida por tantos miedos y sospechas, que, mientras una parte de su mente se mantenía vigilante y haciendo planes, la otra temblaba al borde de la locura. Pero una alucinación arraigó muy particularmente en su cerebro. Tanto el vecino que escuchaba con su rostro lívido pegado a la ventana como el transeúnte paralizado súbitamente en la acera por una horrible suposición podían sospechar lo peor, pero no saber: a través de los tabiques de ladrillo y de las ventanas cerradas sólo pasan los sonidos. Pero ¿estaba solo dentro de la casa? Markheim sabía que sí; había visto salir a la criada en busca del novio, arreglada con sus mejores, pero humildes ropas, anunciando con cada sonrisa y cada lazo la seguridad de que no regresaría hasta la noche. Sí, estaba solo, sin ninguna duda, y, sin embargo, oía con toda claridad un leve crujir de pasos en el suelo de la casa de arriba... Era consciente, inexplicablemente consciente, de una presencia misteriosa. En efecto, su imaginación la seguía por todos los rincones y salas de la casa; algunas veces se le aparecía como una cosa sin rostro, pero con ojos para ver, otras era su propia sombra y, más tarde, se permutaba su presencia por la imagen del anticuario muerto reavivada por la astucia y el odio.

A veces hacía un gran esfuerzo y detenía la mirada sobre la puerta entreabierta que le producía aún cierta repulsión. La casa era alta, la claraboya pequeña y cubierta de polvo, el día no existía apenas debido a la niebla y la luz que se filtraba hasta el piso de abajo era tan sumamente débil, que llegaba escasamente hasta el umbral de la tienda. Y, sin embargo, ¿no se agitaba una sombra en aquella franja de dudosa claridad?

De repente, desde la calle, un señor, muy contento en apariencia, empezó a aporrear la puerta de la tienda con un bastón y a proferir gritos y bromas referentes al anticuario, a quien nombraba por el nombre de pila. Markheim se quedó de piedra y volvió la vista hacia el muerto. No había miedo, seguía

allí tumbado e inmóvil; había huido a un país al que no llegaban aquellos gritos ni aquellos golpes; se encontraba sumergido bajo mares de silencio, y su nombre, que en otro tiempo le atrajera la atención incluso por encima del fragor de la tormenta, se había convertido en un sonido vacío. Al poco rato el alegre caballero desistió en su golpeteo y se alejó.

Aquel hecho le indicaba claramente que convenía apresurar lo que quedaba por hacer, largarse de aquel barrio delator, sumergirse entre las multitudes londinenses y arribar al final del día a aquel puerto de salvación de apariencia tan inocente como era su cama. Había aparecido un visitante y en cualquier momento podía presentarse otro que fuera más obstinado que el primero. Haber realizado un acto tan importante como un asesinato y no beneficiarse de ello podría ser una falta demasiado aborrecible. El dinero era lo que más importaba en aquellos momentos; y para conseguir el dinero, las llaves.

Miró de nuevo la puerta entreabierta donde aún permanecía la sombra temblorosa, y, sin ningún tipo de repugnancia mental, pero sí con un gran peso en el estómago, se acercó al cuerpo de su víctima. No tenía ya los rasgos humanos característicos; su traje estaba como relleno de serrín, los miembros desparramados y el tronco doblado en el suelo, pero aún echaba para atrás. A pesar de la insignificancia que presentaba, Markheim temía que al tocarlo cobrara más importancia. Lo cogió por los hombros y lo puso boca arriba. Resultaba extrañamente ligero y flexible, y los miembros, como si estuvieran descoyuntados, adoptaban las más extrañas posturas. Su rostro estaba desprovisto de toda expresión, pero tan pálido como la cera y con una repugnante mancha de sangre en la sien. Aquella circunstancia le desagradó considerablemente y le transportó de manera instantánea a cierto día de feria en una aldea de pescadores. Un día gris con una brisa suave, una calle abarrotada de gente, el fragor de unas trompetas, el redoblar de muchos tambores, y un muchacho perdido entre la multitud y dividido entre la curiosidad y el miedo hasta que, lejos de la zona más concurrida, tropieza con una caseta y un cartel con diferentes escenas atrocemente dibujadas y desastrosamente coloreadas: Brownrig y su aprendiz, los Mannig con su huésped asesino, Weare en el mismo instante de su muerte a manos de Thurtell y una veintena más de crímenes famosos. Estaba tan claro como si se tratara de un espejismo: Markheim volvía a ser el niño de entonces que miraba con idéntica sensación de náusea aquellas siniestras pinturas, atontado aún por el redoblar de los tambores. Cierta compás de música de aquel día le vino a la memoria y provocó por primera vez una sensación de mareo y

debilidad repentina en las articulaciones, que tuvo que resistirlas y dominarlas.

Consideró más prudente enfrentarse ante aquellas consideraciones que huir de ellas, encarar seriamente el rostro del muerto y tomar conciencia de la naturaleza e importancia del crimen cometido. Hacía tan poco tiempo que su rostro se había conmovido con toda clase de sentimientos, que aquella boca, sin sangre ahora, había hablado, que aquel cuerpo había demostrado unas energías tan conscientes, que ahora, al ver aquel trozo de vida detenido por obra suya, se sentía como el relojero que detiene el latido de su reloj interponiendo un solo dedo. Así razonaba inútilmente; podía rebelarse contra su conciencia desbordada de remordimientos; el mismo corazón que se había estremecido ante los dibujos del crimen contemplaba indiferente su realidad. En el mejor de los casos, sentía un poco de piedad por el que había poseído en vano las facultades necesarias para hacer del mundo un jardín encantado, alguien que no había vivido la vida y que ahora se encontraba muerto. Pero de arrepentimiento no había nada, absolutamente nada.

Tras abandonar aquellas consideraciones, encontró la llave y se dirigió hacia la puerta entreabierta. Fuera había empezado a llover violentamente y el repiquetear de la lluvia sobre el tejado había roto el silencio. Lo mismo que si fuera una cueva llena de goteras, las habitaciones de la casa despedían un eco continuo que aturdía los oídos y se mezclaba con el tic-tac de los relojes. Y cuanto más se acercaba a la puerta, le parecía oír, en respuesta a su cauteloso caminar, los pasos de otros pies que se arrastraban escaleras arriba. La sombra seguía flotando en el umbral. Markheim hizo un supremo esfuerzo para desentumecer los músculos y abrió la puerta de par en par.

La lánguida y opaca luz del día iluminaba muy débilmente el suelo desnudo: las escaleras, la resplandeciente armadura situada, alabarda en mano, en un extremo del descansillo, los relieves de madera oscura y los cuadros que colgaban de las amarillas paredes del zócalo. Tan fuerte era el repiqueteo de la lluvia por toda la casa, que una serie de diversos sonidos empezaron a diferenciarse en los oídos de Markheim. Pasos, suspiros, el rumor de un ejército marchando a lo lejos, el tintineo de las monedas al contarlas, el chirriar de puertas descuidadamente entreabiertas, parecían mezclarse con el goteo de la lluvia sobre la cúpula y el gorgoteo de las cañerías. La sensación de que no estaba solo aumentó hasta el borde de la locura. Se sentía perseguido por todas partes y cercado por aquellas presencias misteriosas. Las oía moverse en las habitaciones de arriba, oía que las piernas del anticuario se incorporaban en la tienda, y cuando, con un gran

esfuerzo, empezó a subir las escaleras, sintió que unos pasos huían silenciosamente delante de él y otros que le perseguían cautelosamente detrás. Si estuviera sordo, pensó, se encontraría mucho más tranquilo. Y enseguida, escuchando con renovada atención, se felicitó a sí mismo por aquella infatigable sensación de estar alerta siempre y ser fiel centinela de su propia vida. Giraba constantemente la cabeza; sus ojos, que parecían salirse de las órbitas, escrutaban todos los sitios y todos los sitios le recompensaban con la estela de algo indescriptible que se desvanecía. Cada escalón de los veinticuatro que había hasta el primer piso fueron una lenta agonía.

En el primer piso las puertas estaban entornadas; tres puertas como tres emboscadas, como bocas de cañón que a uno le hacen estremecerse. Jamás se sentiría, pensó, lo suficientemente resguardado y protegido de la mirada de los hombres. Ansiaba estar en casa, rodeado de sus paredes, sepultado bajo las ropas de la cama y oculto a todo el mundo excepto a los ojos de Dios. Se sorprendió ante aquel pensamiento, recordando el miedo que habían sentido otros criminales ante la sola idea de la venganza celestial; pero, en este sentido, esos temores no le afectaban a él. Tenía miedo, eso sí, a las leyes naturales, no fuera que su indiferente e inmutable proceder dejara alguna prueba concluyente de su crimen. Temía diez veces más, con un terror supersticioso e infame, algún corte en la experiencia humana, alguna caprichosa ilegalidad de la naturaleza. Su juego se basaba en la habilidad, en unas reglas predeterminadas, en un cálculo de posibilidades a partir de un hecho fijo, ¿y qué ocurriría si esa naturaleza, del mismo modo que el tirano derrotado volcó el tablero del ajedrez, le traicionara con un hecho inesperado? Algo así le había sucedido a Napoleón (así lo cuentan, al menos, los escritores), cuando, alterada la estación de invierno, le trocó los planes. Lo mismo podía sucederle a Markheim; las sólidas y recias paredes podían volverse transparentes y revelar su crimen, lo mismo que las colmenas de cristal muestran las oscilaciones de las abejas; las recias tablas podían ceder bajo sus pies como arenas movedizas y retenerle en su poder; existían, ¡ay!, accidentes perfectamente posibles capaces de destruirlo; la casa, por ejemplo, podría derrumbarse y aprisionarlo junto al cuerpo de su víctima, o arder la casa vecina y verse rodeado de bomberos por todas partes. Estas suposiciones le aterraban, porque, en caso de suceder, no demostraría sino la mano de Dios en su lucha contra el pecado. De todas maneras, Dios no le preocupaba mucho; sin duda que su acción no se encontraba dentro de lo normal, pero tampoco lo eran sus excusas, que Dios conocía; era en el tribunal de Dios, y no en el de los hombres, donde estaba seguro de obtener justicia.

Cuando hubo entrado sano y salvo en la habitación y cerrado tras sí la puerta, se dio cuenta de que sus motivos de alarma eran infundados. Aquel lugar estaba totalmente desmantelado, sin alfombras, los muebles descabalados y cajas de embalaje esparcidas por doquier; magníficos espejos de un solo cuerpo le reflejaban desde distintos ángulos, como un actor sobre un escenario; muchos cuadros, enmarcados y sin enmarcar, vueltos contra la pared; un precioso aparador Sheraton, un armario de marquetería y una cama grande antigua con dosel. Las ventanas se abrían hasta el suelo, pero por suerte la parte inferior de los postigos estaban echados y le resguardaban de la vista maliciosa de los vecinos. Markheim dispuso entonces una caja de embalaje delante del armario y empezó a rebuscar entre las llaves. Era una tarea ardua y molesta, porque había muchas; después de todo podía no encontrar lo que buscaba y no estaba en condiciones de desperdiciar el tiempo. Pero el ocuparse en algo concreto lo tranquilizó. Con el rabillo del ojo abarcaba la puerta y de cuando en cuando la miraba directamente, como el comandante de una plaza sitiada verifica personalmente el estado de sus defensas. La verdad es que estaba tranquilo. La lluvia que caía en la calle le parecía de lo más normal y hasta agradable. En el otro lado, alguien empezó a tocar la música de un himno en el piano a la que se unieron las voces de muchos niños. ¡Qué sublime y consoladora melodía! ¡Qué maravillosas voces juveniles! Markheim las escuchó sonriendo, mientras continuaba rebuscando entre las llaves; enseguida vinieron a su memoria ideas e imágenes producidas por aquella melodía; niños caminando hacia la iglesia mientras resonaba solemne el órgano; niños en el campo, bañándose unos en el río, jugando por el prado otros y haciendo volar sus cometas en un cielo de nubes arrastradas por el viento; y después, tras cambiar el ritmo de la música, el recuerdo de la iglesia con aquella somnolencia característica de los veranos, la voz chillona y afectada del párroco (que le hizo sonreír al recordarla), las tumbas del período jacobino y la desgastada inscripción de los Diez Mandamientos en el presbiterio de la iglesia.

De repente, mientras seguía sentado en tan mecánica tarea de búsqueda y distraído por tales pensamientos, algo le sobresaltó y le hizo saltar del asiento. Una sensación de hielo primero y de fuego después inundó todo su cuerpo, un borbotón súbito de sangre puso el corazón a punto de estallar y después quedó inmóvil y aterrorizado. Alguien subía las escaleras lenta pero firmemente, una mano que se posa sobre el picaporte, el chasquido de la cerradura al ceder y la puerta que se abre.

Markheim estaba preso de miedo. No sabía quién podía ser: si el muerto resucitado, si los encargados de la justicia o algún testigo ocasional que, sin saberlo, lo estaba llevando directamente a la horca. Pero, cuando el rostro asomó por la abertura de la puerta, recorrió con la vista la habitación, lo miró, inclinó la cabeza, le sonrió como si fuera un amigo y se marchó cerrando la puerta tras él, el miedo le traicionó y le obligó a ahogar un pequeño grito. Al oírlo, el visitante volvió a entrar.

—¿Me llamaba? —preguntó amablemente y aprovechó para introducir todo su cuerpo en la habitación y cerrar de nuevo tras él.

Markheim lo contempló con toda la atención del mundo. No debía andar bien de la vista o tal vez algún obstáculo se interponía ante sus ojos, pues la silueta del recién llegado variaba oscilando como la de los idolillos de la tienda a la luz de la vela; en un momento pensó que lo conocía de algo; otras veces le parecía que era como la proyección de él mismo, pero no dudó en ningún momento que aquel ser no pertenecía ni a la tierra ni al cielo.

Y, sin embargo, aquel individuo tenía un aire extraño de persona corriente, mientras lo seguía mirando sin dejar de sonreír, de manera que, cuando un poco después añadió: «¿Está usted buscando el dinero, no?», lo hizo con tanta naturalidad y cortesía como las de cualquier persona normal.

Markheim no respondió.

—Debo advertirle —resumió el otro— que la criada ha dejado a su novio antes que de costumbre y estará de vuelta enseguida. No necesito describirle las consecuencias, señor Markheim, si usted fuera encontrado en esta casa.

—¿Me conoce? —exclamó atónito el asesino.

—Es usted uno de mis clientes preferidos —replicó—. He venido observando toda su carrera y he intentado ayudarle con frecuencia.

—¿Quién es usted? —gritó Markheim—. ¿El demonio?

—Lo que pueda ser —contestó el visitante— no puede influir en el servicio que me propongo prestarle.

—¡Claro que puede influir! —se indignó Markheim—. ¿Piensa de verdad que puede ayudarme? ¡Nunca, nunca me dejaré ayudar por usted! ¡Gracias a Dios, usted no me conoce!

—Lo conozco —replicó el desconocido, con una especie de afectuosa serenidad o de cierta firmeza—. Lo conozco en todos los sentidos.

—¡Me conoce! —exclamó irónico Markheim—. ¿Quién puede conocerme? Mi vida no es más que una parodia y una calumnia contra mí mismo. He vivido para llevar la contraria a mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen; todos los hombres son mejores que este disfraz que va creciendo y

acaba por asfixiarlos. Puede ver que la vida se los lleva a rastras, como si una pandilla de desalmados los aprehendieran y les callaran por la fuerza. Si no hubieran perdido el control..., si se les pudiera ver las caras, veríamos que eran completamente diferentes. ¡Resplandecerían como los héroes y los santos! Reconozco que soy peor que la mayoría; mi verdadera personalidad se encuentra más oculta; sólo Dios y yo conocemos mis razones. Pero sepa que, si tuviera tiempo, me mostraría a mí mismo tal como soy.

—¿Ante mí? —preguntó el visitante.

—Ante usted antes que a los demás —afirmó Markheim—. Le había supuesto más inteligente; creía que, ya que existe, sería capaz de leer los corazones. Y, sin embargo, ¡se propone juzgarme por mis actos! Pertenezco, porque nací y lo he vivido, a una tierra de gigantes, gigantes que me arrastran cogido de las muñecas desde el vientre de mi madre: los gigantes de las circunstancias. ¡Y usted pretende juzgarme por mis actos! ¡Mire en mi interior! ¿No comprende que el mal me resulta odioso? ¿No ve usted en mí una conciencia luminosa y clara, limpia de todo truco, pero sí desobedecida demasiado frecuentemente? ¿No reconoce en mí al pecador que se resiste a serlo, como lo hacen la mayoría de los seres humanos?

—Es usted muy expresivo —fue la respuesta—, pero lo que acaba de decir no entra dentro de mi competencia; tan sólo el hecho de que tales apremios le hayan conducido por la dirección correcta. El tiempo vuela, aunque la criada se detiene para observar a la gente que pasa y los dibujos de las carteleras, pero cada vez está más cerca, y recuerde, ¡es como si la horca misma caminara hacia usted por las calles en este día señalado de Navidad! ¿Quiere o no quiere que lo ayude? ¿Quiere saber dónde se encuentra el dinero?

—¿Cuál es su precio? —preguntó Markheim.

—Gratis. Le ofrezco este servicio como regalo de Navidad —contestó el otro.

Markheim no pudo evitar la sonrisa de quien ha conseguido una amarga victoria.

—No —dijo—, no aceptaré nada que venga de sus manos; aun cuando estuviera muriéndome de sed y fuera su mano la que me acercara una jarra de agua a mis labios, encontraría el valor suficiente para rechazarlo. Puede que sea crédulo en exceso, pero no moveré nada que me comprometa con el mal.

—No tengo nada contra los hombres que se arrepienten en el lecho de muerte —respondió irónico el visitante.

—¡Porque no cree usted en su eficacia! —exclamó Markheim.

—No exactamente —respondió el otro—; lo que pasa es que miro las cosas desde otra perspectiva, y, cuando la vida se acaba, mi interés desaparece. El hombre ha vivido sirviéndome, esparciendo el odio bajo el pretexto de la religión o sembrando cizaña en los trigales, como ha hecho usted a lo largo de una vida en la que han primado las debilidades frente a los deseos. Y ahora que se acerca a su fin podía hacerme el último servicio: arrepentirse, morir sonriendo e infundir confianza entre los más tímidos de mis seguidores supervivientes. No soy un amo tan severo. Vamos, pruébelo, inténtelo; acepte mi ayuda. Disfrute de la vida como lo ha hecho hasta ahora, disfrute con más amplitud si cabe y ponga los codos sobre la mesa, y cuando empiece a anochecer y se echen las cortinas, no le será difícil ponerse de acuerdo con su conciencia y hacer las paces con Dios (y sepa que esto se lo digo para que le sirva de alivio). Regreso ahora mismo del lecho de un hombre en parecidas circunstancias y la gente que lo rodeaba le estaba escuchando sinceramente apesadumbrada: cuando le he mirado a la cara, que se resistía a la compasión con la dureza del pedernal, he encontrado en ella una sonrisa de esperanza.

—¿Me compara usted con personas de esa ralea? —preguntó Markheim—. ¿Cree usted que no tengo más nobles aspiraciones que pecar y pecar, para, en último instante, colarme en el cielo? ¿Es esa toda la experiencia que ha ido acumulando sobre la humanidad? ¿O es que, porque me encuentra usted en tan crítica situación, me voy a rebajar hasta límites tan detestables? ¿Cree usted de verdad que el asesinato es un pecado tan grande que seca por él mismo la fuente del bien?

—No, de ninguna manera; el asesinato no constituye para mí una categoría especial —replicó el otro—. Todos los pecados son asesinatos, igual que toda vida es guerra. Contemplo a su raza como un grupo de marineros hambrientos en una balsa arrebatando las migajas de las manos más necesitadas y alimentándose mutuamente de la vida de los demás. Sigo los pecados más allá del momento de su realización y descubro en todos que la última consecuencia es la muerte; desde mi punto de vista, tan culpable de asesinato es el que se tiñe las manos de sangre humana como la hermosa doncella que contraría a su madre con el fútil motivo de un baile. Le he dicho que sigo los pecados, pero también me interesan las virtudes y, créame, piense que no hay ni la menor diferencia entre ambos: unos y otras son las guadañas que utiliza el ángel malo para segar su cosecha. El mal, para el que vivo y dedico todos mis desvelos, no reside en la acción, sino en el carácter. El pecador me es querido; no así el pecado, cuyos frutos, si rastreamos lo

suficientemente lejos en su descenso por la catarata de las edades, puede que se revelaran más beneficiosos que los de las más excelsas virtudes. Y no es porque haya asesinado al anticuario por lo que me ofrezco a facilitarle la huida, sino, sencillamente, porque es usted Markheim.

—Le voy a abrir mi corazón —contestó Markheim—. Este es mi último crimen. He aprendido mucho en su recorrido; él mismo es una lección, y una lección de mucha importancia. Hasta ahora me he rebelado contra las cosas de que carecía; la pobreza me hizo su esclavo, y ella misma se encargó de fustigarme y motivarme. Existen, por supuesto, virtudes tan sólidas que son capaces de resistir tales tentaciones; pero no era mi caso: yo estaba sediento de placeres. Por fin, hoy, con la muerte del anticuario, acabo de obtener dos cosas: riquezas y la advertencia de que puedo enmendarme y ser yo mismo. Con ello me convierto en un actor que interpreta libremente su propia voluntad, empiezo a verme cambiado por completo, a considerar que de ahora en adelante mis manos harán el bien y mi corazón será una fuente de sempiterna paz. Empiezo a recuperar parte de mi pasado, algo que yo soñaba los sábados por la tarde al arrullo del órgano en la iglesia, que planeaba cuando empapaba de lágrimas libros magníficos de nobles ideas, o cuando aún, niño inocente, hablaba con mi madre. Este es el sentido de mi vida: encontrar una vez más mi destino después de haber vagado errante durante muchos años.

—Seguro que va usted a jugarse el dinero en la Bolsa, ¿no es así? —observó el visitante—. Si no estoy mal informado, ya ha perdido allí varios miles.

—Sí —afirmó rotundamente Markheim—, pero esta vez se trata de una jugada segura.

—Perderá de nuevo —contestó el visitante con tranquilidad.

—Reservaré la mitad —contrapuso Markheim.

—Es igual, lo volverá a perder —atajó el otro.

—Bueno. ¿Y qué más da? —Gotas de sudor empezaron a aparecer en la frente de Markheim—. Supongamos que pierdo todo y que me hundo de nuevo en la miseria. ¿Continuará la parte mala que hay en mí pisoteando a la mejor? El mal y el bien discurren por mis venas y me arrastran en direcciones opuestas. No me conformo con una cosa sola; las quiero todas. Puedo concebir grandes hazañas, renunciaciones, martirios, y, aunque haya incurrido en un delito tan atroz como el asesinato, no soy ajeno a la compasión. Siento piedad por los pobres; ¿quién sino yo conoce mejor sus desgracias y tribulaciones? Los compadezco y los ayudo; valoro el amor y me gusta la

alegría como al que más; no hay nada bueno ni verdadero sobre la tierra que no ame con todo mi corazón. ¿Han de ser sólo mis vicios los que rijan mi destino, mientras las virtudes se quedan sin efecto abandonadas como si fueran trastos viejos? No creo que sea así; también el bien es una fuente de acciones.

El visitante levantó un dedo.

—Durante los treinta y seis años de su vida —dijo él—, llenos de cambios de fortuna y variaciones de humor, lo he visto caer cada vez más bajo. Hace quince años le hubiera asustado la idea del robo. Hace tres años se hubiera acobardado con tan sólo mentar la palabra asesinato. ¿Le queda aún algún crimen, crueldad o bajeza por experimentar? Dentro de cinco años lo sorprenderé haciéndolo. Usted desciende cada vez más en picado; tan sólo la muerte lo detendrá.

—Es cierto —dijo Markheim con la voz ronca— que me he aliado al mal en cierto grado. Pero sucede lo mismo con todos: los santos, por el simple hecho de vivir, se vuelven menos exigentes y se acomodan a las circunstancias.

—Permítame una última pregunta —dijo el otro— y pronosticaré su horóscopo moral según sea la respuesta. Ha ido usted abandonándose progresivamente en todo; posiblemente hace bien, ya que así es el común proceder de todos los hombres. Pero dígame, ¿cree que hay algún aspecto, por mínimo que sea, con el que se comporte con más exigencia, o, por el contrario, ha perdido definitivamente las riendas del todo?

—¿Algún aspecto particular? —repitió Markheim con angustiosa consideración—. ¡No! —añadió desesperadamente—. Me he abandonado en todo.

—Entonces, confórmese con lo que es —contestó el visitante—, porque nunca cambiará; el papel que le ha tocado a usted en esta obra está irrevocablemente escrito.

Markheim guardó silencio durante un buen rato. Fue el visitante quien primero rompió el fuego.

—Llegados a este punto —dijo—, ¿debo mostrarle el dinero?

—¿Y la gracia? —preguntó Markheim.

—Ya lo intentó hace dos o tres años en aquella reunión evangelista —dijo—, ¿o no era su voz la que más destacaba entre los asistentes?

—Tiene toda la razón —replicó— y veo con claridad qué es lo que permanece en mí con más sentido del deber. Le agradezco con toda mi alma

todas estas lecciones; mis ojos se han abierto y me veo a mí mismo tal como soy.

En aquel mismo momento resonó por toda la casa el agudo tintineo de la campanilla de la puerta, y el visitante, como si se tratara de la señal convenida que estaba esperando, cambió enseguida de actitud.

—¡La criada! —exclamó—. Ha regresado tal como le había advertido y ahora tendrá que salir airoso de este trance. Debe decirle que su amo se ha puesto enfermo; hacerla entrar con expresión tranquila, pero seria: nada de sonrisas, nada de exageraciones, y yo le prometo que tendrá un rotundo éxito. Una vez que la muchacha haya entrado y cerrado la puerta, habrá de utilizar la misma destreza que con el anticuario y de esa manera quedará despejado definitivamente el camino. De ahí en adelante tendrá toda la tarde, la noche entera si fuera necesario, para saquear detenidamente la casa y ponerse a salvo. Aunque aparente ser peligroso, es algo que le beneficia mucho. ¡Arriba! —exclamó—. ¡Arriba, amigo! ¡Su vida está en la balanza! ¡Arriba y a trabajar!

Markheim miró fijamente a su consejero.

—Si estoy condenado a hacer el mal —concluyó—, todavía me queda una puerta abierta a la libertad: dejar de obrar. Si voy a continuar haciendo el mal, puedo sacrificar mi vida. Aunque esté, como usted muy bien dice, a merced de la más pequeña tentación, aún puedo, con un gesto decisivo, ponerme fuera del alcance de todas. Mi amor al bien está condenado a la esterilidad; puede que sea así y así hay que dejarlo. Pero todavía me queda el odio al mal; y de él, para su desilusión, verá que soy capaz de sacar energía y valor.

Los rasgos del visitante empezaron a sufrir una extraordinaria y fantástica transformación; su rostro se iluminó y dulcificó como en una expresión de triunfo, y así como había brillado, se fue debilitando hasta acabar por esfumarse. Pero Markheim no se detuvo a contemplar o comprender aquella transformación. Abrió la puerta y descendió tranquilamente, reflexionando consigo mismo. Ante él desfiló serenamente el pasado; fue viéndose tal como había sido, desagradable y difícil como un mal sueño, tan sin sentido como un accidente fortuito... el escenario de una derrota. La vida, tal como estaba volviendo a verla, no le atraía en absoluto, pero en lo más profundo y lejano podía distinguir un tranquilo puerto para su barca. Se detuvo en el pasillo y miró dentro de la tienda, donde pudo ver que la vela seguía ardiendo junto al muerto. Todo el ambiente estaba sumido en un extraño silencio. Toda su mente bullía ahora con pensamientos sobre el anticuario, mientras lo miraba fijamente. La campanilla alertó una vez más con impaciente insistencia.

Markheim abrió la puerta y se enfrentó a la criada en el umbral con algo como una incrédula sonrisa.

—Será mejor que avise a la policía —dijo—. He matado a su dueño.

Bournemouth, 1884

Apéndice

La sociedad

*El optimismo
decimonónico* El primer gran movimiento de la Revolución Industrial fue interrumpido en Inglaterra por las guerras napoleónicas y relanzado después, ya en forma definitiva, hasta la mitad del siglo. Tras el ferrocarril, 1830, la reforma del Parlamento, 1832, la supresión de la esclavitud en las colonias, 1833, la sociedad de la época se sentía impulsada por las nuevas fuerzas espirituales que aportaba el liberalismo y por las renovadas fuentes de energía material. Estas reformas, inventos e iniciativas, que transformaban los modos seculares del trabajo productivo y repercutían, uno tras otro, sobre cada frente del conjunto de la economía, parecían traer consigo la promesa de un futuro rotundamente optimista, puestas las vías a un progreso que dispensaría el bienestar a todos y, de momento y en primicia, vientos prósperos a una burguesía laboriosa y emprendedora.

El estamento burgués, constituido en indiscutible dirigente de la economía nacional, se reveló pragmático en la gerencia de las nuevas fábricas y, a la vez, ávido de lujo y reconocimiento público. Realismo y refinamiento social serán dos rasgos principales incorporados al hombre burgués de la época victoriana; rasgos necesarios en su función rectora de unas ciudades colmadas de obreros y criados.

*La burguesía
victoriana*

La reina Victoria era coronada en 1837, abriendo un largo reinado que se enmarcaría entre esta prosperidad y optimismo y la otra prosperidad —la misma, aún no desmentida— del final de su reinado, en 1901; pero ya criticada e incluso envuelta en sombras pesimistas por la literatura de los últimos años.

Crítica social Y es que, si la época victoriana había significado el término de un entusiasmo de tonos épicos —Napoleón, Wellington, Byron, fueron personalidades para esa época—,

hacia 1880 se iniciaba, antes en la poesía y luego en la prosa, un largo canto de cisne en que declinaban hasta tintes sombríos las esperanzas en cualquier mejora definitiva para la humanidad en su conjunto. Al menos, la crítica social que sucedió al primer momento capitalista agresivo y hambriento de riqueza, la de Dickens, estuvo cargada de humanismo y mantenía el humor y la esperanza. Thomas Hardy o George Gissing, cerrando el siglo, sólo mantenían ya una crítica ácida a un mundo asediado sin remisión por la miseria de los más y el destino que, irreductiblemente, cercaba a todos.

Este pesimismo en la última veintena del siglo XIX resultaba en gran medida del cansancio tras el enfrentamiento irresoluble entre los tradicionales sentimientos religiosos y el nuevo espíritu científico, o, para emplear dos términos más amplios, entre el misticismo y el racionalismo. Un enfrentamiento que tenía formas particularmente duras de expresión en la creación y en la crítica literaria. El período Victoriano, que pareció en sus comienzos continuar el Romanticismo, se vio a lo largo del siglo caracterizado principalmente por las tendencias realistas y naturalistas; una orientación global que era, sin embargo, contestada y corregida desde otras posiciones intelectuales y, a menudo, tachada como la negación misma de la literatura.

*Romanticismo
y
Naturalismo*

En suma, el hálito místico del Romanticismo se mostró incapaz de sobrevivir en la atmósfera de las ciudades transformadas por el pragmatismo y el bienestar burgués, mientras que el Naturalismo, de clara filiación racionalista, no lograba alentar ningún entusiasmo nuevo que no fueran las fuerzas que a él mismo le habían dado nacimiento, y era, finalmente, frenado por un amplio sentir popular que, resueltamente, se negaba a habitar mundos excesivamente sombríos.

Quizás, en concreto, no cabía esperar menos de ese pueblo inglés al que siempre se concedió el buen juicio, los modales, la inteligencia práctica y la dignidad de casi todos sus actos, que, en los años finales del siglo, tomaba prudentes distancias tanto frente al pesimismo naturalista como frente al esteticismo casi sublime de los que optaban por hacer una religión de su propio arte (W. Pater, J. A. Symonds, O. Wilde) y trabajaban en su taller la belleza de los objetos y las palabras con exquisitez renacentista (Rossetti, W. Morris).

Esteticismo

El quehacer literario, afectado más que antes por el gusto popular y acuciado también por una crítica literaria institucionalizada; perdida la estética unitaria que en tiempos pasados posibilitó períodos separados por sucesivas coherencias,

Variedad

resultaba un quehacer más abierto y diverso, que explica en gran medida la amplia variedad de estilos y formas novelísticas aparecidas en la segunda mitad del siglo XIX en Inglaterra. Muestra de una de esas variaciones es la obra de R. L. Stevenson.

El autor

Una familia burguesa y puritana Robert Louis Stevenson nació en Edimburgo (Escocia), en el seno de una rica familia burguesa y puritana. Su educación se condujo dentro de estrictos marcos calvinistas, dirigida por su propio padre y una institutriz, de quienes recibió una aguda distinción de la presencia del bien y el mal operantes en el mundo, seguramente a través de narraciones y lecturas donde esas dos fuerzas contrarias encarnaban. Así le quedaron grabadas vividas imágenes del mal recorriendo historias de bandidos y piratas y, especialmente, en una imagen casi pura: el demonio.

Su juventud fue rebelde y envuelta en polémicas familiares, en una lucha que trató de superar los severos marcos de la moralidad paterna y enfrentarse críticamente a las convenciones puritanas que regían la buena sociedad de Edimburgo. Hacia 1875 se gradúa en derecho; pero por estos años su salud, siempre precaria, le ha ido orientando más al trato de la literatura que de las leyes.

Juventud rebelde

Viajes Será ese mismo estado de salud lo que dos o tres años más tarde le obligue a realizar viajes frecuentes fuera de su país, posibilitándole ricas experiencias en el contacto con otras costumbres y otros ámbitos. La década abierta en 1880 traerá cambios decisivos a su vida. En California contrae matrimonio con Fanny Vandergriff Osbourne y vive un tiempo en Calistoga, zona salvaje del Far West.

Durante los años de 1883 a 1886, mientras trata inútilmente de restaurar su salud, su actividad literaria se hace más intensa; son de esta época dos obras que van a lanzarle definitivamente a la fama: *La isla del tesoro* y *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. En 1887, ya célebre, se traslada a Nueva York, donde publica otras obras. Después emprenderá un largo crucero por los mares del Pacífico Sur en el yate «Casco». Recorrió los archipiélagos durante dieciocho meses para finalmente instalarse en Upola, en las islas Samoa. Los indígenas le llamaron Tusitala, «el narrador»; aquí en Samoa, constituido en jefe de su numerosa

Actividad literaria

familia y mezclado a la vida de los nativos escribe un grupo de narraciones ambientadas en los mares del Sur.

Muerte Robert Louis Stevenson muere el 3 de noviembre de 1894 en su propiedad de Vailima y es sepultado tras una despedida popular en el monte Vaea. En 1896 y 1897 se publicarán dos obras que no pudo terminar: *Weir de Hermiston* y *St. Ives*.

Stevenson había nacido en 1850 y sólo vivió cuarenta y cuatro años, amenazado siempre por una enfermedad incurable que le hizo aferrarse aún más a la vida y, en su obra, ama los temas de acción y aventura, de mar y cielos abiertos. Vino a ser así, él que tenía más que razones para el pesimismo, un optimista en sus novelas. *La isla del tesoro*, *La flecha negra*, *El señor de Ballantrae*, *Secuestrado* (traducido a veces como *Aventuras de David Balfour*), *La playa de Falesá*, son relatos que parecen escritos para jóvenes y para quienes aman la acción, los viajes y la aventura, por Francia, el oeste americano, Escocia, las islas del Pacífico.

Una obra optimista

Seguía así un género novelístico anterior —fundamentalmente son temas medievales— continuando, más de cerca, a W. Scott (muerto en 1832) o las novelas del mar de Frederick Marryat (muerto en 1848), pero con un estilo muy diferente. Stevenson no perteneció a los prerrafaelistas ni adoptó una estética del «arte por el arte», pero su prosa tiene, como la de ellos, ingenuidad, sencillez, construida con exquisito cuidado, logrando a veces páginas de clásica perfección; en fin, un magnífico estilista.

El optimismo provocado por su obra parece lograrse a despecho, como se ha dicho, de las propias circunstancias de su vida, lastrada por la enfermedad, pero quizás también acuciada así y valorada como se valoran los preciosos momentos felices engastados entre los períodos del dolor.

Por la imaginación... Pero era, además, efecto de sus propios objetivos literarios. Su opción por lo imaginativo y por la transformación fantástica de lo pasado, lo distante o lo sobrenatural se tamiza siempre por el orden de su pensamiento, uno de los más lúcidos de su generación, y por la limpieza de su estilo sereno, trabajado y elegante. Pero es también una opción consciente, parte de una estética y una particular comprensión de la literatura como responsabilidad y profesión.

Negó el Naturalismo como forma literaria y condenó que la literatura hurgase en el lodo de la naturaleza del hombre o que copiase miméticamente las acciones visibles y cotidianas.

... y contra el Naturalismo

Se trataba más bien de hablar a la imaginación y mover posiciones en torno a un mundo repleto de variedad y ofrecido como campo en donde a la raíz de lo humano le eran posibles experiencias inagotables. La muerte del Dr. Lanyon, en *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, es debida, según dice el mismo personaje de la novela, a que una experiencia insoportable secó de pronto las raíces de su vida. Esta muerte se hace significativa tras la negación de lo insólito hecha por Lanyon y por su incapacidad para seguir viviendo después de avistar un mundo desconcertado por su mismo asombro. La muerte viene aquí a tomar a quien, postrado, niega un mundo más allá de su medida, secando de ese modo las propias raíces de su existencia y lo que quizás constituye el valor fundamental para la permanencia en la vida.

Precisamente la obra de Stevenson se sitúa al otro lado de lo cotidiano y lo presuntamente sabido. Su lectura tiende al contacto con lo insólito, lo distante y lo sobrenatural. Pero no sólo en cuanto todo esto tiene de aventura, sorpresa y deleite; también, a otro nivel de la trama de la acción y señalado por ella, lo insólito, distante y sobrenatural se convierte en lo desconocido cotidiano, en ámbito distante y sorprendente donde vemos nacer la pregunta por lo común de las vidas humanas y por lo más interior que se pensaba tan cercano. Esta técnica, tan genuinamente artística, es lo que permite, como todas las verdaderas obras de creación, leer una historia y escuchar un mensaje que habla desde tan lejos de lo que tan íntimamente nos atañe.

Las novelas

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde es una obra que en varios aspectos representa una discontinuidad en la producción literaria de Stevenson. Está ausente el mar y la aventura; el aire libre de otras novelas se hace aquí estrecho, sinuoso y frío como un látigo que chasquea en las esquinas de calles desiertas; pocas veces se alude al cielo, casi siempre cubierto, o como fondo de estrellas de luz afilada sobre el aire húmedo, una vez recortado por los muros que cierran un patio, agua negra de un pozo invertido, y, otra, cruzado por nubes rápidas y en torno a una luna volcada; tampoco hay naturaleza, tan sólo un parque o arbolillos urbanos señalando, en línea, el contorno de una adusta fachada.

Dr. Jekyll
y Mr. Hyde

Ambientación Es una fría primavera en Londres, una ciudad cercada por la niebla, que sólo rasgan las rachas del viento; casi

fantasmal, más presente en su rumor lejano y ensordecido que por la pobre luz asediada, a trechos, alrededor de las farolas ensimismadas.

Soho es un arrabal cuyas horas barajan el día y la noche en dos jugadas para comerciantes prósperos y para perdidos vividores de encuentros fortuitos; en Soho no hay tranquilidad sino sólo silencio preñado de pisadas y lejanos ruidos que doblan con el aire las esquinas de estrechas calles en la noche presidida por farolas apostadas en la niebla, y agitación apenas llega la mañana, con negociantes, chiquillos y mujeres sin patria que echan llave a casas sin hogar y buscan la primera copa del día.

La casa del doctor Jekyll tiene dos puertas, una trasera que da a un callejón sombrío y luego a callejuelas que llevan al doctor, en la noche, hasta Soho; la otra, guardada por un honorable mayordomo, pertenece a la fachada, la más noble de una plaza antigua, y recorta la figura alta, distinguida y respetable del doctor, camino de sus reuniones de sociedad o de sus particulares quehaceres caritativos. Las dos puertas llevan cada una a su ámbito: a la sociedad respetable y al placer nocturno. Jekyll viene al gabinete, su laboratorio, desde una u otra, desdoblado en dos personas cada día y cada noche más difíciles de armonizar. Fuera, las calles compartían plazas comunes y en la acera la farola terciaba sus luces con sus sombras, tal como Londres acoge, juntos, todos los ruidos y sus vientos más dispares; pero el joven doctor no podía concordar sus dos yo irreductibles.

*Dos puertas,
dos
personalidades*

El gabinete es una habitación tranquila, atestada de instrumentos de química, siempre encendido el fuego de la chimenea, algún libro sobre el brazo del butacón y una mesita cercana con el servicio de té a punto.

El doctor Jekyll, trabajando en este gabinete, consiguió un día resolver el problema que le atormentaba: sentirse movido por dos tendencias dispares, o, más exactamente, no ser uno sino dos, bien y mal, en una naturaleza. Su pócima le permitió pasar del uno al otro yo, ser, por tiempos, una unidad coherente, y ya, en lo sucesivo, según quisiera adoptar esta o aquella personalidad, árbitro de sí. Y aquel día le sacudió la ciencia las almas al doctor hasta saltársele una cercenada y hambrienta, todavía anegada en lodo de abajo y con la vida en carne viva saliéndosele por los sentidos: apareció Hyde. Jekyll y Hyde tuvieron cada uno su puerta, cada uno su vida, cada uno un yo, pero una sola memoria y compartiendo el mismo gabinete.

*Disociación
del bien
y el mal*

El fuego del hogar, desde entonces, sacudió sus pacíficas cenizas y sembró el techo, el espejo y los cristales de los armarios de agitados resplandores: letras llameantes que avisaban, ya sin tiempo, la culpa y el castigo, como los dedos que escribían señales del cielo en las paredes de Babilonia. La casa quedó rota; cada puerta dio a su calle. Y la tercera puerta, la del gabinete, dio, como el ensimismamiento del doctor, hacia su propio adentro, a la parte de la que caerían sus pedazos, hendida con cinco golpes por el hacha de Poole, el mayordomo, señor de las puertas, aquella noche en que tras recordar por tres veces haber servido veinte años a su señor, respaldado por Utterson, el abogado de la ley, la respetabilidad y la virtud ciudadana, se convertiría en uno de los causantes de la muerte del amo.

Esta novela puede leerse como una novela de misterio o como un caso policíaco; hay un espejo que «sabe toda la verdad», máscaras, caserones cerrados, velas en la noche, la huida sin rastro de un asesino, el abogado Utterson tenaz como un sabueso. Los tres personajes de la obra, Jekyll, Utterson y Lanyon, creen sin embargo en un asunto que compete de lleno al destino. Además, la tarea de la policía es mínima, presuntuosa e ineficaz.

*Novela
de misterio
o policíaca*

También podría leerse como una historia de terror y, en efecto, pueden señalarse rastros de algunas variedades de terror (gótico, de monstruos, psicológico) con sólo nombrar el hacha, las manos peludas, la niña atropellada, el viejo muerto a bastonazos, las blasfemias del libro devoto, el asesino que brinda por el muerto...

*Historia de
terror*

Y cabría conectar sus contenidos con temas clásicos de la mitología griega, imágenes de los escritos de Platón, leyendas como la del aprendiz de brujo, etc.

Mitología

O —así se lo plantea el doctor Jekyll en la obra — como un tema filosófico-moral que ya trató la teología cristiana desde San Pablo y la Patrística: el del hombre movido por deseos opuestos, habitado por dos intereses irreconciliables. Jekyll cree que el bien y el mal no son sólo dos regiones del espíritu donde lidian ángeles contra demonios a nuestra costa su vieja batalla, sino que descubre que esa dualidad moral del hombre radica «en que el hombre no es uno, sino dos».

*Filosofía
y moral*

Otros críticos señalaron que el problema psicológico o moral tal como lo plantea Jekyll es un contenido de la obra y es el sentido que suponemos dirigido a Utterson —un mensaje

*Contra los
virtuosos
intolerantes*

interno a la novela—, pero no es lo que Stevenson trata de comunicar fundamentalmente al lector de su época. Lo esencial no sería comportarse o no como Jekyll o como Hyde, lo esencial es no comportarse como el abogado; la crítica de Stevenson iría así más directamente dirigida al afán inquisidor del bienpensante Utterson, ostentoso en su respetabilidad, virtuoso y complacido en sí mismo.

Otros rasgos Hay otros rasgos importantes, comunes a la novela victoriana: el enfrentamiento entre religión y ciencia, cierto criticismo —como el que animaba la crítica histórica y literaria de entonces— que coloca la «verdad» de la historia en los documentos escritos y en las manos de un especialista —un abogado—; el gusto por los símbolos —la puerta, la llave, el hacha, la niebla, el fuego, la vela— y figuras sensoriales —colores, sonidos...— muy cercanas al impresionismo y tan del gusto de los prerrafaelistas. Desde luego esta obra no puede ponerse como prueba del optimismo de Stevenson; está recorrida —como sucede en las de Th. Hardy— por un destino marcado, y la ciencia —como la ambigua esfinge— sólo propone dobles caminos y un futuro enigmático.

Markheim y *Olalla* fueron publicados en una recopilación de 1887. *Markheim* es un relato muy breve sobre un motivo constante en la obra de Stevenson: el demonio como forma depurada de la presencia del mal en el mundo. *Markheim*, sin embargo, le mira como a un ser que «no pertenecía ni a la tierra ni al cielo», pero, de cualquier modo, ligado al mal.

Otra vez el diablo El demonio acude al asesinato realizado por *Markheim*, como el buitre a su carroña. Pero *Markheim* rechaza la ayuda, porque «no moveré nada que me comprometa con el mal». El mal de *Markheim*, su pecado, es el de una naturaleza humana contradicha, el de un hombre, como otros, a quien la vida se lo «lleva a rastras», porque es el «pecador que se resiste a serlo»; por ello se remite a Dios y a su juicio y echa en cara al diablo su torpeza por no leer en su alma; en realidad este diablo parece un recaudador de culpas tasadas escrupulosamente según una precisa casuística de los actos realizados, haciendo más oficio de contable que de agente trágico, atento sólo a la «dirección correcta», seguro, con buen criterio calvinista, de que la lucha entre el bien y el mal no se determina por arrepentimientos de última hora sino por pertenecer de antemano a uno de los dos frentes. «El mal para el que vivo», dice este diablo, «no reside en la acción, sino en el carácter», y, en

consecuencia, tanto los pecados como las virtudes pueden ser «las guadañas que utiliza el ángel malo para segar su cosecha». Pero Markheim no ve la causa de su pecado en el mal sino en la pobreza y en las circunstancias de su vida, y se reconoce tan capaz de pecado como de santidad, porque «no me conformo con una cosa sola; las quiero todas». Al final, actuará a favor de su tesis, o, más exactamente, no actuará, pues su decisión es la no actuación, negando así las propias inclinaciones perversas. Antes de su entrega voluntaria a la justicia, Markheim verá desfilar ante sí su pasado como «el escenario de una derrota», atento ya sólo a buscar para su vida un refugio tranquilo.

Olalla es el relato sobre un amor imposible en un escenario natural de fuertes tonos románticos, donde se entrecruzan otros dos motivos: una reflexión sobre el alma y el tema de la licantropía. El caserón señorial de *Olalla* está engastado en otro tiempo, en la historia de un linaje clausurado dentro del que ella es sólo un último momento milagroso de lucidez.

La muchacha siente los celos de su propia mirada, su pelo y sus manos, y hasta de su propia alma, cada parte y tiempo de su vida ya vividos y pertenecientes sin remisión al ciclo cerrado de la historia de su gente. Así el pasado rebosa su cuerpo y se adueña de sus sentidos, como si los muertos se resistieran a irse de su sangre. «Hablamos del alma, pero el alma está en la estirpe», dice *Olalla*, que no puede entregar en el amor un alma desasida de su propia conciencia. Una naturaleza brava y primitiva rodea el caserón, amenazado por el odio secular de los habitantes de la aldea que ocupa el valle y por una profecía de fuego y destrucción. *Olalla* permanecerá allí en su roca ya desgarnecida, junto a la madre-lobo apeada del nivel humano por los excesos de sus padres, como un resto más, precioso, asediado por un destino de seguro cumplimiento, sin tiempo ya para el amor, en una espera vacía de todo futuro.

Luis SÁNCHEZ BARDÓN

Bibliografía

Con «s.a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original.

¹ Prepublicadas en «Portfolio».

¹ Prepublicadas en «New Quart».

² Prepublicadas en «Century Mag».

³ Prepublicadas en «Young Folks».

⁴ Prepublicadas en «Longman's Mag».

⁵ Prepublicadas en «Cornhill Mag».

⁶ Prepublicadas en «Scribner's Mag».

⁷ Prepublicadas en «Scots Observer».

⁸ Prepublicadas en «Illustr. London news» «Black and White» y «Nat Observer».

⁹ Prepublicadas en «Pall-Mall Gazette».

¹⁰ Prepublicadas en «Tu-Day».

¹¹ Prepublicadas en «New Amphion».

¹² Prepublicadas en «Atalanta», con *David Balfour: memorias y aventuras en su patria y en el extranjero*

¹³ Prepublicadas en «Cosmopolis».

<u>AÑO</u>	<u>TÍTULO ORIGINAL</u>	<u>TÍTULO CASTELLANO</u>
1866	<i>The Pentland Rising, 1666.</i>	El levantamiento de Pentland, 1666.
1871	<i>The Charity Bazaar.</i>	Bazar de caridad.
1875	<i>An Appeal to the Clergy.</i>	Una llamada a la clerecía.
1878	<i>An Inland Voyage.</i>	Un viaje al continente.
1879	<i>Travels with a Donkey in the Cévennes.</i>	<i>Viajes con una burra a las Cévennes</i> (1971).
1882	<i>New Arabian Nights</i> (2 vols.). — Contiene: <i>The Suicide Club; The Rajah's Diamond, The Pavilion on the Links; A Lodging for the Night; The Sire de Malétroit's door; Providence and the Cuitar.</i>	<i>Nuevas noches árabes</i> (1958). — Contiene: <i>El club de los suicidas; El diamante del raja; El pabellón de hiedra; Un alojamiento para una noche; La puerta del señor de Malétroit; La providencia y la guitarra.</i>
1882	<i>The Story of a Lie.</i>	La historia de una mentira.
1883	<i>The Silverado Squatters: Sketches from a Californian Mountain</i> ² .	Los colonos del Silverado: bocetos de las montañas de California.
1883	<i>Treasure Island</i> . ³	<i>La isla del tesoro</i> (1889).
1885	<i>A Child's Garden of Verses.</i>	El jardín de los versos de un niño.
1885	<i>More New Arabian Nights: the Dynamiter</i> — con Fanny Stevenson.	<i>El dinamitero</i> (s.a.).

1885	<i>Prince Otto: a romance.</i> ⁴	<i>El príncipe Otón</i> (s.a.).
1886	<i>The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde.</i>	<i>El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde</i> (1920).
1886	<i>Kidnapped.</i> ³	<i>Aventuras de David Balfour</i> (1898).
1886	<i>Some College Memories.</i> ¹¹	Memorias de Facultad.
1887	<i>The Merry Men and Other Tales and Fables.</i> —Contiene: <i>The Merry Men</i> ; <i>Will of the Mill</i> ; <i>Markheim</i> ; <i>Thrawn Janet</i> ; <i>Olalla</i> ; <i>The Treasure of Franchard.</i> ⁴	Los hombres alegres y otros relatos y fábulas. —Contiene: <i>Los hombres alegres</i> (1960); <i>Guillermín el del molino</i> (1960); <i>Markheim</i> (1977); <i>Juana la cuellituerta</i> (1960); <i>Olalla</i> (s.a.); <i>El tesoro de Franchard</i> (s.a.).
1887	<i>Underwoods</i> (38 poemas en inglés, 16 en escocés).	<i>Underwoods.</i>
1887	<i>Ticonderoga.</i> ⁶	<i>Ticonderoga.</i>
1887	<i>The Misadventures of John Nicholson: a Christmas Story.</i>	<i>Las desventuras de John Nicholson: un cuento de Navidad</i> (1954).
1887	<i>The papers of H. Fleeming Jenkin with a Memoir by R.L.S.</i> (2 vols.).	Los papeles de H. Fleeming Jenkin con una reseña por R. L. Stevenson.
1888	<i>The Black Arrow: a tale of the two roses.</i> ³	<i>La flecha negra</i> (1925).
1889	<i>The Master of Ballantrae: a winter's tale.</i> ⁶	<i>El señor de Ballantrae</i> (1953).
1889	<i>The Wrong Box</i> —con Lloyd Osbourne.	<i>El muerto vivo</i> (s.a.).
1890	<i>Ballads.</i> —Contiene: <i>The Song of Rahéro</i> ; <i>The Feast of Famine</i> ; <i>Ticonderoga</i> ; <i>Heather Ale</i> ; <i>Christmas at Sea-Each.</i>	Baladas. Contiene: La canción de Rahéro; La fiesta del hambre; Ticonderoga; Cerveza de brezo; Navidades en el mar.
1890	<i>Father Damien: an Open Letter to the Reverend Dr. Hyde.</i>	El padre Damián: carta abierta al Reverendo Dr. Hyde.
1892	<i>A Footnote to History; eight years of trouble in Samoa.</i>	Pie de página para la historia: ocho años de dificultades en Samoa.
1892	<i>Island Nights Entertainments.</i> —Contiene: <i>The Beach of Falesá</i> ; <i>The Bottle Imp</i> ; <i>The Isle of Voices.</i> ⁸	Pasatiempos en las noches de la isla. Contiene: <i>La playa de Falesá</i> (s.a); <i>El diablo en la botella</i> (s.a.); <i>La isla de las voces</i> (1972).
1893	<i>War in Samoa.</i> ⁹	Guerra en Samoa.
1893	<i>Catriona.</i>	<i>Catriona</i> (1944).
1894	<i>The Ebb-Tide. A trio and a quartette</i> —con Lloyd Osbourne. ¹⁰	<i>Bajamar un trío y un cuarteto</i> (1957).
1895	<i>The Body-Snatcher.</i> ⁹	<i>Los ladrones de cadáveres</i> (1968).
1895	<i>The Amateur Emigrant from the Clyde to Sandy Hook.</i>	El emigrante aficionado, desde Clyde a Sandy Hook.
1896	<i>In the South Seas.</i>	<i>Cuentos de los mares del Sur</i> (1959).
1896	<i>Weir of Hermiston: an unfinished romance.</i> ¹³	<i>Weir de Herminston</i> (s.a.).
1896	<i>A Mountain Town in Trance.</i>	Una ciudad montañosa en Francia.

1896	<i>Songs of Travel and Other Verses.</i>	Canciones de viaje y otros versos.
1897	<i>St. Ives; being the adventures of a French prisoner in England.</i> ⁹	St. Ives: aventuras de un prisionero francés en Inglaterra.
1898	<i>Three Short Poems</i> (edic. privada).	Tres poemas cortos.
1899	<i>Teuila</i> (20 poemas) (edic. privada).	Teuila.
1905	<i>Prayers Written at Vailima, with an introduction by Mrs. Stevenson.</i> ¹¹	Oraciones escritas en Vailima, con una introducción de Mrs. Stevenson.
1905	<i>Tales and Fantasies.</i> —Contiene: <i>The Misadventures of John Nicholson; The Body-snatcher: Story of a Lie.</i>	Relatos y fantasías. —Contiene: Las desventuras de John Nicholson; Los ladrones de cadáveres, La historia de una mentira.
1912	<i>Memoirs of Himself.</i>	Memorias de él mismo.
1913	<i>The Poems and Ballads of Stevenson.</i>	Los poemas y baladas de Stevenson.
1915	<i>Poetical Fragments.</i>	Fragmentos poéticos.
1916	<i>The Waif Woman.</i> ⁶	La mujer abandonada.
1916	<i>An Ode of Horace: book II, ode III.</i>	Una oda de Horacio: libro II, oda III.
1921	<i>When the Devil was Well.</i>	Cuando el diablo era bueno.
1928	<i>The Castaways of Soledad.</i>	Los naufragos de Soledad.
1950	<i>Salute to RLS.</i>	Saludo a RLS.



ROBERT L. STEVENSON. Robert Louis Balfour Stevenson (Edimburgo, Escocia, 13 de noviembre de 1850 - Vailima, cerca de Apia, Samoa, 3 de diciembre de 1894) fue un novelista, poeta y ensayista escocés. Stevenson, que padecía de tuberculosis, sólo llegó a cumplir 44 años; sin embargo, su legado es una vasta obra que incluye crónicas de viaje, novelas de aventuras e históricas, así como lírica y ensayos. Se le conoce principalmente por ser el autor de algunas de las historias fantásticas y de aventuras más clásicas de la literatura juvenil, *La isla del tesoro*, la novela histórica *La flecha negra* y la popular novela de horror *El extraño caso del doctor Jekyll y míster Hyde*, dedicada al tema de los fenómenos de la personalidad escindida, y que pueden ser leída como novela psicológica de horror. Varias de sus novelas continúan siendo muy famosas y algunas de ellas han sido varias veces llevadas al cine en el siglo xx, en parte adaptadas para niños. Fue importante también su obra ensayística, breve pero decisiva en lo que se refiere a la estructura de la moderna novela de peripecias. Fue muy apreciado en su tiempo y siguió siéndolo después de su muerte.

Notas

[1] Divinidad hindú que, en ciertas ceremonias, se paseaba en una carreta gigantesca bajo cuyas ruedas se arrojaban algunos fanáticos para ser arrollados. <<

[2] M. D.: doctor en Medicina; D. C. L.: abogado; Ll. D.: doctor en Letras; F. R. S.: miembro de la Sociedad Real. <<

[3] Filósofos pitagóricos célebres por la amistad que les unía. <<

[4] «Hyde» se pronuncia igual que «hide», y significa en inglés esconder, y «Seek», buscar. <<

[5] Doctor John Fell (1625-86), obispo de Oxford, que popularmente fue reconocido como ejemplo de esa clase de hombres que resultan espontáneamente antipáticos sin que se tenga ninguna razón concreta que lo explique. <<

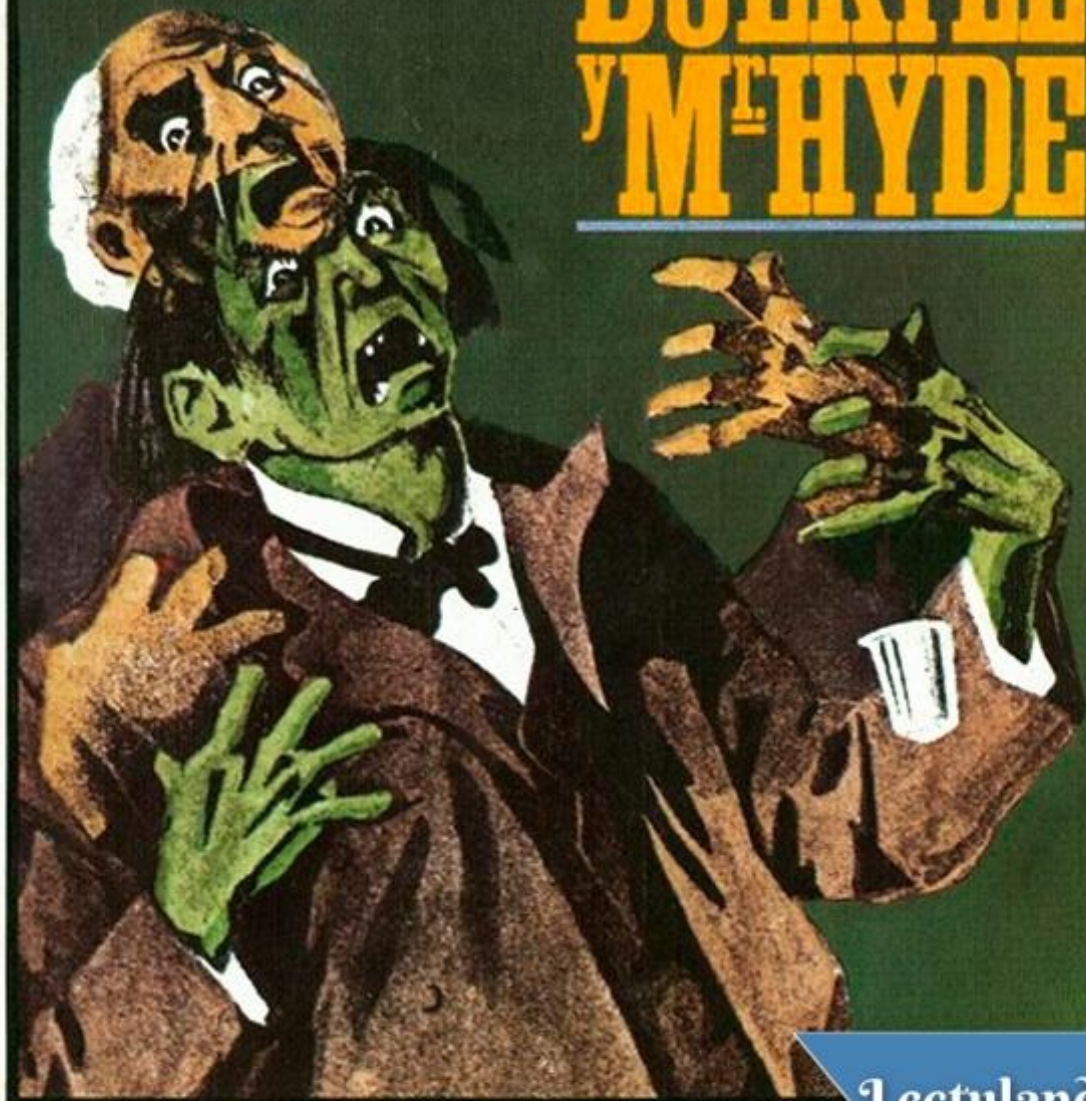
[6] Alusión a la tragedia de Casio y Bruto, según se trata en la obra *Julio César*, de Shakespeare. <<

[7] Bebida espirituosa. <<

TUS
LIBROS



ROBERT L. STEVENSON
EL EXTRAÑO CASO DEL
**Dr. JEKYLL
y Mr. HYDE**



Lectulandia

